

CRÍMENES DE CAFETERÍA

Cuentos largos de café vol. 3

A top-down view of a white coffee cup with a gold rim, filled with dark coffee. The cup is surrounded by a large pile of dark brown coffee beans on a rustic wooden surface. A silver spoon is visible at the bottom of the cup.

UNA
COLECCIÓN
DE JORGE
SACHA

Crímenes de cafetería

CUENTOS LARGOS DE CAFÉ
VOL. 3

Jorge Sacha

Imagen de portada: dashu83, extraída de Freepik.com

Conectar con Jorge Sacha:

Facebook: @JorgeSacha.escritor

Twitter: @JSachaEscritor

Instagram: *jorge.sacha*

Correo electrónico: jorge.sacha.escritor@gmail.com

Copyright © 2019 Jorge Sacha

Todos los derechos reservados

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra a través de cualquier medio o forma. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual contemplada por ley en el Código Penal.

ISBN: 9781090735423

Estimado/a lector/a,

éste nació más obeso que sus hermanos.

El primogénito, “El viaje sin retorno”, parco de palabras, directo al grano, escuálido, responsable, de rendimiento mediocre en la escuela pero con las ideas claras, dio el pistoletazo de salida a esta serie de libros, los “Cuentos largos de café”.

El segundón, “Matar al millonario”, pese a que mostraba una cierta tendencia a la perversión, todavía caminaba por una senda decente. Mejor alimentado, más temperamental y al mismo tiempo paciente y ordenado.

Pero con el alumbramiento del nuevo benjamín de la familia, “Crímenes de cafetería”, todo se ha desbaratado. Berreando desde que se posó en nuestro mundo, no ha cesado de molestar a quienes se atreven a conocerle. De aficiones oscuras, morbosas elucubraciones y desviado camino, imposible de enderezar, persigue manosear la moral y los nervios.

Así, la presente obra ofrece un conjunto de historias cortas de crímenes insólitos que tienen el común denominador de que en (casi) todos ellos sucede un quebrantamiento de la ley. No le pido que resuelva los casos en sí, sino más bien la amalgama viscosa de dudas morales que infectará su integridad. Si usted tiene mundo, reconocerá harta veracidad en los relatos; si por contra juzga inverosímiles mis historias, me permito humildemente recordarle que la realidad siempre supera a la ficción. En cualquier caso, le invito a que no deje de disfrutar visitando los recovecos en penumbra de su ser que estos cuentos quizás alumbrarán.

Si bien este libro es independiente de los dos anteriores, lo es menos de lo que el segundo lo era del primero. Las conexiones de “Crímenes” con sus hermanos mayores son a veces sutiles (o casi invisibles), mientras que otras son obvias y requerirán una lectura previa (en cuyo caso se avisará). Sin más, disfrute.

Es usted quien busca al café, pero él quien le encuentra.

El café no le hace mejor detective, pero despierta, ducha y viste al que lleva dentro.

Si le gusta el café, ¿qué tal si antes de comenzar su lectura se levanta y prepara uno? Solo, con leche, cortado, americano, hawaiano, cafezinho, turco, vienés, irlandés, galao, amaretto, espresso, manchado, latte, cappuccino, del tiempo, carajillo, de olla, ristretto, breve, corto, largo, flat white, de sobre, mocca, instantáneo, frappé, descafeinado o bombón; como usted lo prefiera, pero que palpite en su mano mientras con la otra sostiene las vibrantes páginas de este libro. Y si no le gusta el café... bueno, puede hacerse un té. Le querremos igual...

1. [Embarcarse hacia la vida](#)
 2. [Águila irreal](#)
 3. [Compromé tete conmigo](#)
 4. [El joven viejo](#)
 5. [El amor de los perros](#)
 6. [Cortar los problemas de raíz](#)
 7. [La cafetería del mar](#)
 8. [El hacha de Caicay](#)
 9. [Luchar por amor](#)
 10. [En la linde](#)
 11. [Encerradas](#)
 12. [Mi mejor amiga](#)
 13. [Las mejores palabras de nuestro idioma](#)
 14. [El chico que dormía a mi derecha](#)
 15. [Dentro de la montaña](#)
 16. [Año nuevo, vida nueva](#)
 17. [No cierres Café Largo](#)
 18. [Vulnerable](#)
 19. [Un viaje a Japón](#)
 20. [El sombrero amarillo](#)
 21. [... y no permitir a los alumnos aventajar al maestro](#)
 22. [En la cripta](#)
- [Epílogo: La primera persona](#)

1. Embarcarse hacia la vida

Laura tenía por costumbre de acabar el día tomándose un café, reminiscencia de sus tiempos de universitaria, cuando el crepúsculo sólo significaba el comienzo de sus tediosas sesiones de estudio en época de exámenes. En algún momento posterior de su vida decidió proseguir con esa costumbre, que le recordaba aquella etapa tan turbulenta y emocionante. Su compañero de trabajo, Ramón, le dijo:

—Pídetelo para llevar y vamos al espigón. Yo me pido otro.

—Pero Ramón, ¿qué dices, hombre? El espigón está apartado. Y me tengo que ir a casa.

—¿Para qué? ¿No sales nunca de tu rutina? Sales de la oficina, te tomas el café mirando el mar desde la barandilla y después te vas corriendo. Te noto intranquila. Venga, un día es un día. Te vendrá bien tomar el aire. Es sólo un paseo hasta el espigón.

—Si te pides café ahora no podrás dormir.

—Tú lo tomas todos los días.

—Yo estoy acostumbrada, tú no.

Nada más salir del edificio, un golpe de viento casi le hizo derramar a Laura su café.

—¿Seguro que es buena idea? Hace un aire del demonio.

—Sí, mujer. Es una brisita.

—No sé yo...

—Además, te tengo preparada una sorpresa.

—¿Una sorpresa? ¿A mí?

Una vez en el extremo del espigón, al que Laura llegó con grandes dosis de caballerosidad por parte de Ramón, éste escupió las palabras a la cara de la mujer:

—Laura, sé que tu marido te maltrata.

La expresión de ella alternó entre varias emociones, primero sorpresa, después enfado y finalmente congoja. Sin embargo, permaneció en silencio.

—Puedes confiar en mí —añadió Ramón—. La sociedad ya no consiente estas cosas, las mujeres no debéis callar.

—Lo siento, pero creo que no ha sido buena idea venir al espigón. Me tengo que ir, me esperan en casa...

—Tu marido.

—Y los críos, tengo que hacerles la cena.

—Es viernes, tú lo has dicho, deja que tu marido se la prepare por una vez. Está desempleado en casa, ¿no?

—Sí. Menuda sorpresa me has dado. Bueno, que tengas buen fin de semana. Nos vemos el lunes, Ramón.

Laura se levantó de la roca y Ramón la imitó, agarrándola de la muñeca.

—Laura, por favor. Aquí estás a salvo. Confía en mí. Aún no te he dado la sorpresa.

Ella titubeó, pero finalmente accedió.

—Bueno, me quedo un rato.

—Tómate por una vez tu café tranquilamente. Además, el viento ha amainado.

La mujer permaneció pensativa unos instantes; después, dijo:

—Perdona mi reacción. Que saliera el tema me ha puesto nerviosa. Tú y yo trabajamos juntos desde hace unos diez años, ¿no? Te tengo confianza, así que te confieso que tenías razón y que no estoy pasando por un buen momento.

—Cuéntamelo, desahógate.

—Me cuesta hablar de esto. Nunca lo he hecho.

—Estamos lejos de cualquiera que nos pueda escuchar. No sabes lo terapéutico que puede ser que lo expulses todo. Venga.

—Mi marido ya no es el que era. Cuando nos conocimos era todo atención, cariño y buenas palabras. Y se ha transformado tan despacio que no me he dado ni cuenta. Le ha cambiado incluso la cara, pero no sólo porque haya envejecido. Todos envejecemos, pero a él se le ha agriado la expresión.

—¿Cómo fueron esos primeros años tras conoceros, Laura?

—Muy bonitos. Estábamos siempre juntos, salíamos mucho, viajábamos también. Tenía detalles conmigo y cada día me regalaba palabras hermosas. Recuerdo una ocasión en que organizó una yincana para que encontrara mi regalo de cumpleaños. Fue increíble, dejó pistas por toda la ciudad. El regalo fueron unos billetes de avión para Nueva York, el lugar que yo siempre había querido visitar. La semana que pasamos allí fue algo de otro mundo. No cabía en mí de felicidad. Echamos tantas fotos que al volver hicimos un álbum. Lo miraba miles de veces sin cansarme. Me tenía enamorada.

—¿Ya no lo estás?

—¿Cómo podría estarlo? No es la misma persona. Cuando ahora ojeo ese

álbum de fotos, veo dos extraños de viaje en una ciudad fría. No sé si fue la boda, o el nacimiento de nuestros hijos, o quizá que perdiera el empleo y no haya encontrado nada en años. Como te decía, apenas sonrío y se enfada mucho, por las cosas más tontas. Los críos le tienen miedo, no creo que sea simple respeto.

—¿Y tú? ¿Le tienes miedo?

—Supongo —contestó Laura tras pensárselo unos segundos—. Me entra ansiedad cada vez que tengo que volver a casa, porque no sé si me voy a encontrar besos o palos. Sobre todo pienso en mis hijos, pasan más tiempo con él que conmigo. Me horrorizo a veces imaginando que les ha podido hacer algo. Por eso me voy corriendo siempre después de mi café.

—Sin embargo, está bien que hayas mantenido ese ritual del café. ¿Sabes? Me parece una imagen muy evocadora y sensual verte apoyada en la barandilla de la oficina y mirando al mar mientras te lo tomas al atardecer.

—¿Qué dices, Ramón? Yo puedo ser de todo menos sensual.

—Te equivocas en eso. Parece como si el mar fuera tu único confidente, y te abres a él para compartirle tus penas.

—Hablas muy bien, Ramón. Así que siento que no sea nada como te lo imaginas.

—En otras ocasiones, te observo quedarte embelesada contemplando el mar a través del ventanal de la oficina, mientras trabajas.

—¿Sabes en lo que pienso a veces cuando hago eso?

—¿En qué?

—En cómo sería entregarme a él. Al mar, quiero decir. Salir, lanzarme desde las rocas y dejarme llevar. Y que se haga su voluntad. Si éste me retiene para sí, quizás sea lo mejor.

—Puede que te devuelva a la orilla, sana y salva.

—Entonces sería como una señal de que debo continuar. Al menos hasta que me entren ganas de volver a arrojarme.

—¿Y por qué no te arrojas?

—Por mis hijos.

—¿No te vale la pena intentar salir de esta situación? Se merecen algo mejor, ¿no? Aunque por ti misma ya no lo hagas, quizá debas hacerlo por ellos.

—Sin duda. Si por algo sigo viva, no te quepa duda, es por ellos.

—En vez de lanzarte tú al mar, ¿no has pensado nunca lanzar a tu marido?

—No digas tonterías.

—No son tonterías, ¿por qué has de sacrificarte tú, la oveja blanca? Deshagámonos de la negra.

—¿Qué quieres decir con “deshagámonos”?

—No estaría nada mal que ese hombre desapareciera de la faz de la tierra, ¿no te parece?

Laura no contestó a eso, sólo agachó la cabeza mientras esbozaba una leve sonrisa. Finalmente, dijo:

—Ramón, espero que estés hablando en broma.

—Sí, mujer, no te preocupes. Pero sí quería hacerte pensar en una vida alternativa.

—No hay vidas alternativas, ésta es la que tengo.

—El divorcio no es una opción, ¿verdad?

—Para nada. Aunque yo no se lo haya insinuado, él se ha adelantado varias veces a la idea y me ha dejado claro que me prefiere muerta que rehaciendo mi vida con otro hombre.

—Si nos viera a ti y a mí aquí solos, ¿qué haría?

—Uy, se pondría hecho una furia. Más te valdría tirarte al mar y nadar hasta las Canarias por lo menos.

—Eso no ocurriría, si se enfrentara a mí moriría.

—Eres un fanfarrón.

Ramón sonrió y permaneció en silencio unos segundos. Después, dijo:

—Laura, ¿cuántas veces te ha puesto la mano encima tu marido?

—Más de las que puedo contar con los dedos. Pero no sé si quiero entrar en detalles.

—No hace falta. ¿Y a tus hijos?

—Gracias a Dios, no. Aun así, les habla de una manera que no me gusta nada y les castiga mucho. A veces les castiga a no salir de su cuarto cuando quiere ver tranquilo el partido, lo tengo comprobado. Si eso es un modelo de educación para un hijo, que baje Dios y lo vea. Le tienen miedo, y yo tengo miedo de que tengan miedo. Ahora mismo estoy pensando en ellos, y que están solos con él. Me debería ir yendo.

—No te preocupes por tus hijos, están a salvo.

—¿Y tú qué sabes?

—¿Te imaginas a tus hijos creciendo sin la amenaza constante que supone la mano enfadada de su padre?

—Sería peor para ellos no tener padre.

—¿Tú crees?

—No me están gustando las cosas que insinúas, Ramón.

—Puede que te asuste un poco, pero en el fondo te agrada la perspectiva. Hace unos segundos te he visto sonreír por primera vez hoy, cuando te has imaginado una vida sin él. Sé que no sonríes demasiado cuando estás con tu familia.

Ramón tiró mano del bolsillo interior de su chaqueta y extrajo una fotografía, que mostró a Laura. Ésta, sorprendida al principio y horrorizada después, dijo:

—¿Tú me has hecho esta foto?

La instantánea mostraba a Laura paseando con su familia por un parque de atracciones.

—El único que sonríe aquí es tu marido —continuó Ramón—. ¿No crees que te mereces una vida mejor?

—Ramón, ¿tú me espías a mí y a mi familia?

—Espiar es una palabra muy fuerte. Piensa como la niña que un día fuiste; así quizá me veas como tu ángel de la guarda.

—Un ángel de la guarda no me haría fotos.

—¿Por qué no, si es para protegerte?

—Ramón, mira, te agradezco el interés que muestras con mi situación, pero creo que estás cruzando una línea que no debes.

—Nunca hay una línea que respetar cuando se trata de ayudarte. Lo hago encantado.

—Yo no te estoy pidiendo que lo hagas.

—Una persona en peligro de muerte no debería necesitar pedir ayuda para recibirla.

—Está oscureciendo, debería irme a casa.

—¿Por qué, si se acerca el momento de la sorpresa que te había prometido?

—Bueno, pues dámela ya.

—No puedo aún, tiene que hacerse oscuro del todo.

—No estoy segura de querer tu sorpresa.

—Laura —el tono de Ramón era firme—, no hay vuelta atrás. No puedes irte.

Las primeras estrellas se dibujaron en el cielo sobre el océano, y el viento, pese a haber amainado, se tornó más frío.

—¿Qué quieres decir con que no hay vuelta atrás?

—La sorpresa está a punto de llegar, no te puedes ir justo ahora.

—Pero, ¿cómo viene? ¿En barco?

—Lo has adivinado.

—Ramón, no es mi cumpleaños y no celebramos nada. No tienes por qué regalarme nada. Y me preocupan algunas insinuaciones que has hecho. De verdad que me quiero ir, no me retengas, por favor. Tengo bastante con lo mío.

—Soy tu ángel de la guarda, y te pido que te quedes un poquito más. ¿Por qué no me cuentas más cosas de tu marido?

—¡Porque no quiero!

Laura se puso de pie y arrojó el café entre las rocas. El oscuro líquido se fundió con las aguas del mar, que debido a la hora avanzada de la tarde eran casi del mismo color.

—Laura, sé razonable. —Ramón se levantó a su vez y la agarró de la muñeca, pero esta vez con más fuerza.

—Ramón, ¿qué has hecho?

—Tú no lo sabes, pero he estado cuidando de ti desde hace tiempo. Me he preocupado por ti más de lo que quizá debiera, no lo sé. Pero una vez comencé no pude parar, pues vi lo que había y sentí la necesidad de ayudarte. Lo he estado planeando todo a fuego lento, durante meses. Tú te mereces una vida, una buena vida. Sin miedos, sin amenazas, sin dolor.

—Te lo repito, ¿qué has hecho?

—Nada que el destino no me reclamara a gritos que hiciera —contestó Ramón, aún sosteniendo a Laura de la muñeca—, y lo he hecho por ti, no me importa acarrear con las consecuencias si las hubiera. Hace años que sé que tu marido te hace la vida imposible, a ti y a tus hijos. Los pequeños Daniel y Marta viven con la tensión a diario, y eso ha de cortarse de raíz. Consulté con un psicólogo, me aseguró que todo lo vivido en la infancia nos marca de por vida, y más si son sucesos desagradables como las constantes amenazas, insultos y malos tratos en casa. Les puede generar traumas y dificultades de todo tipo, que arrastrarán con seguridad durante el resto de sus días. A estas alturas ya sólo se puede rezar para que no afronten su juventud de la mano de la depresión o las drogas.

—¿Has consultado a un psicólogo?

—Y a más personas, profesionales de lo que hacen. Hoy vas a empezar una nueva vida, Laura, una vida que yo te regalo. Es un regalo de amor puro y desinteresado como el que yo siento por ti, y no quiero agradecimiento ni

recompensa, pues mi mayor premio será que puedas vivir en paz con tus hijos. Sin un hombre que te grite, te golpee, te insulte y te viole a diario. Sin un padre que ponga en peligro a sus hijos.

Laura ya no contuvo las lágrimas. Trataba de desasirse, sin éxito, del agarre de Ramón.

—Quiero irme a casa.

—Ya viene tu regalo. Ahí está.

Una pequeña embarcación se aproximaba en la oscuridad de la noche marina.

—¿Por qué lo has traído aquí? —preguntó ella entre sollozos.

—Uno ha de despedirse de su vida anterior si desea empezar una nueva.

La barca entró en contacto con las rocas del espigón. Un hombre con pasamontañas la dirigía con un gran remo, y un bulto grande se extendía a sus pies.

—Como te he dicho, Laura, lo he planeado todo muy bien, y no va a haber consecuencias para ti. Sólo has de abrazar tu nueva vida, eso es todo. Ahora, ven. Confía en mí por última vez.

—¿Y mis hijos, están bien?

—Lo están, como te he dicho. No te preocupes por ellos ahora.

A la mujer no le quedaban fuerzas para oponerse y se dejó llevar. Con la ayuda del hombre de la barca, ambos subieron a bordo. Se dirigieron mar adentro. Ella estaba helada y petrificada.

—Has de despedirte de tu marido —dijo Ramón—. Experimenta todas las sensaciones que broten en ti, sin reprimirlas, para después dejarlas marchar.

Ramón se agachó junto al bulto y destapó un extremo, dejando a la vista el rostro del marido de Laura. Ésta se arrodilló junto a él y le tocó la cara helada. Enmarcada por unos ojos cerrados y unos labios blancos, la acritud viciaba su rostro, mas suavizada por las bondades del descanso eterno. Laura abrió las esclusas al torrente de sentimientos: dolor, rabia, miedo, paz, alivio, desasosiego, esperanza. Añoranza por los tiempos felices del pasado que se consumieron como una vela en la oscuridad. Terror por lo que había vivido durante los últimos años y que no parecía desvanecerse pese a la muerte de su causante. Esperanza por todo lo bueno que podía germinar y crecer de nuevo en su vida. Sintió un reflejo de amor, una sombra de odio, un atisbo de justa venganza. Ese hombre había ocupado un terrible papel central en sus grises días, y ahora, sin previo aviso, se había marchado. Pensó en sus hijos y en cómo les comunicaría que no verían más a su padre; se preguntó cómo se

sentirían al respecto, y si sería bueno o malo para ellos a la larga. Recordó las innumerables ocasiones en que la mano de ese hombre le había causado heridas, cortes, contusiones y magulladuras, y de cómo sus hijos, sin comprender, la observaban retorcerse de dolor en el suelo y deshacerse en lágrimas. Decidió que se trataba de algo que no quería en su vida y que por tanto no extrañaría. Ningún niño jamás debería ver a su madre debatirse en un pozo de sufrimiento. Contempló a su marido por última vez; le dio un beso de despedida en la frente y le volvió a cubrir el rostro.

—Laura —le dijo Ramón, posándole la mano sobre el hombro—, es el momento de permitir que la mar se haga cargo; es una madre bondadosa, acogerá a tu marido con cariño en su seno y le dará un lugar mejor que el que tuvo en vida.

Estaba todo preparado. La envoltura del cadáver se hallaba unida con cuerdas a unas piedras que se encargarían de sumergir su cuerpo.

—Entre los tres lo arrojaremos.

Y allí, a unos kilómetros de la costa, bajo la bóveda de la noche norteña, el cuerpo del hombre fue entregado a las aguas.

2. Águila irreal

Me disgusta la gente que tiene pájaros en jaulas como mascotas. Sé que se trata de una costumbre bastante extendida, pero no la comparto. Los pájaros, por definición, son animales de libertad, de aire, de cielo, de inmensidad. No se les puede reducir a los límites acotados por los terribles barrotes. Algunos apenas pueden desplegar sus alas. Pero si algo no puedo tolerar es un águila real encerrada en una jaula. ¡Un ave tan grande como un águila, que puede alcanzar el metro de longitud! Está en una jaula grande, a medida, pero aun así es poco espacio para el bicho. No me considero un defensor de los animales, pero siempre existen límites que no se deberían cruzar.

Soy un profesor entregado en la educación de los niños. He de hacer horas extra fuera del colegio, debido a un esfuerzo económico al que nos hemos comprometido mi mujer y yo para mudarnos a una casa en las afueras. Para ello ofrezco clases particulares. Lo cierto es que se trata de un trabajo que disfruto. Poder atender individualmente a los niños con dificultades y responsabilizarme de su superación me resulta enriquecedor. Sin embargo, no estoy dispuesto a tragar con todo para embolsarme unos euros extra. Si un asunto me molesta en grado intolerable como es el caso, me siento impulsado a hacer, o por lo menos decir, algo aunque peligren mis ingresos.

Resulta que los viernes por la tarde-noche acudo al domicilio de esta familia que tiene el águila para dar clase de repaso de varias materias a los dos hijos, Adrián y Damián. La madre nunca está cuando voy, y el padre, que se pasa horas enteras en la cocina, parece respetar escrupulosamente la hora y media que tienen contratada conmigo, pues rara vez me interrumpe. Por tanto, durante ese tiempo estoy con los dos niños, de doce y diez años, en un salón pequeño de decoración opresiva (por lo clásicon), y el águila aprisionada en su jaula. El padre siempre se cuida de cerrarnos la puerta para que no nos llegue ruido de la cocina, donde él desarrolla sus artes culinarias (imagino). Adrián es el mayor y tiene el pelo castaño claro y ojos oscuros. Damián es justo lo contrario: rubio y de ojos verdes. Son los dos muy callados y buenos, sólo hablan cuando les pregunto algo y se muestran atentos en mis explicaciones.

Cuando Cristóforo, el padre, me hizo pasar por primera vez al salón y vi el águila, no pude ver nada más. Era consciente de que dos niños me observaban y de que Cristóforo hablaba, pero para mí sólo existía el animal

en su jaula.

—Cristóforo —digo, interrumpiéndole—, ¿cómo tenéis un bicho tan grande encerrado en una jaula?

—Oh, por favor, llámame Cristof. Y no te preocupes por Platón, él está bien así.

—Pero hombre, no puede ni desplegar las alas.

—Ni lo necesita. No le sirven para nada si está en una jaula. ¿No te parece?

Me giro y observo sus ojos azules. Su lógica es irrefutable a su manera. Ante la incómoda idea de que quizás estoy presionando la amabilidad de mi cliente, decido no añadir nada por el momento, pero sigo contemplando al animal mientras Cristof abandona el salón y cierra la puerta. El ave se encuentra inmóvil como una estatua, con sus ojos ocres fijos en mí, el nuevo elemento en escena.

—¿Ha dicho que se llama Platón?

—Las cortinas de este salón siempre están corridas —reflexiono en voz alta, mientras Adrián y Damián terminan un ejercicio de sintaxis—. Ni siquiera le permitimos al pobre animal observar el cielo. Ese cielo que le han prohibido.

Los niños me ignoran, lo cual es bueno para ellos, si lo que digo no tiene nada que ver con las lecciones. A veces me pregunto por qué necesitan clases de apoyo. Aprenden rápido, no parecen tener dificultades.

—¿Por qué necesitáis clases de apoyo?

Damián continúa con el ejercicio, pero Adrián levanta la cabeza y me dice:

—Para que no se nos olvide.

—Para que no se os olvide, ¿el qué? Parece que ya os sepáis las lecciones.

—Para que no se nos olviden las lecciones.

Me consta por mi experiencia que a veces hablar con un niño no conduce a ningún lugar en concreto. Debería ser algo que hablara con Cristof en todo caso. Si es que debiera. Los problemas internos de casa son un tema delicado e ignoro qué dinámicas pueda tener esta familia. Por otro lado, mi vocación docente me conmina a preocuparme por el bienestar de mis alumnos. Algo he de hacer al respecto.

Es el tercer viernes que vengo a dar clase a Adrián y Damián. Miro a Platón el águila. Sigue impassible, con la mirada fija en mí. Idea extraña, a

veces me da la impresión de que desea comunicarse conmigo. Pero no le he visto aún abrir el pico. Por supuesto, no es que al abrirlo fuera a formular una oración con significado. Su mirada fija e incómoda hace que en mi mente comiencen a bullir estas bizarras ideas.

—Necesito ir al baño —dice Adrián.

—Yo también —le secunda Damián.

Se levantan y se marchan corriendo.

—Pero muchachos, no vayáis los dos a la vez...

No me hacen caso. Al abrirse la puerta me llegan los ruidos de la cocina, de ollas al vapor y algo friéndose. A Cristof debe de gustarle cocinar de verdad. Me dijo que era ingeniero informático... Un ruido a mis espaldas interrumpe mis pensamientos.

Me giro y Platón el águila está revoloteando dentro de la jaula, tratando de desplegar infructuosamente sus alas, al tiempo que abre y cierra su pico produciendo unos sonidos parecidos a palabras. ¿A palabras? El ave parece sentirse incómoda. Me acerco y hago gestos conciliadores, como si me pudiera entender. Y parece que me entiende: de hecho, habla mi idioma.

—Ayuda. Ayuda. Ayuda —dice sin parar.

—¿Que te ayude a qué? —le respondo, sintiéndome un poco idiota. ¿Desde cuándo hablan las águilas? Sabía que era algo de lo que eran capaces los loros, incluso los cuervos. Pero las águilas... Sin embargo, Platón contesta una frase coherente:

—Ayuda a los niños. Ayuda a los niños. Ayuda a los niños...

—¿Ayudar a los niños? Es lo que hago. Quiero decir, vengo para eso precisamente.

Adrián y Damián entran de nuevo en ese momento y el águila adopta al instante su anterior postura: alas plegadas, inmóvil, hierático.

—Chicos, ¿por qué se llama Platón vuestra águila?

—No lo sé, también la compró Cristof —contesta Adrián.

Me llama la atención que apelen a su padre por su nombre propio. Aunque no es usual, lo he visto alguna otra vez, por lo que decido no darle importancia. Miro de nuevo a Platón y ahí está, escrutándome con sus ojos perfectos. Con la vista que tienen estos animales, me pregunto si verá más de mi persona de lo que yo mismo soy capaz. Ahora sé que sí quería decirme algo. ¿A qué debería ayudar a los niños, según el águila? ¿Acaso están en peligro? Sacudo la cabeza en cuanto me doy cuenta de que estoy tomando en

serio las palabras pronunciadas por un pájaro, que probablemente las ha memorizado quién sabe dónde y cuándo.

En ese momento entra Cristof.

—Niños, ¿os gustan los higadillos? —dice, interrumpiendo la clase y cambiando la impresión que me había formado de él al respecto. Lleva una pequeña bandeja con hígados en una mano y un enorme cuchillo de carnicero en la otra.

—No —contesta Adrián.

—¡No, no, no! —responde Damián.

Me resulta imposible ignorar la sangre que recubre completamente el cuchillo. Va ataviado con gorro y delantal, como los carniceros de profesión. Me mira de reojo. Hace un gesto que no sé interpretar. Parece que me va a decir algo, pero gira sobre sí mismo y se va.

Mientras vuelvo a casa, reflexiono acerca de lo extraño que es todo. No sabría decir exactamente qué, aparte del águila parlanchina. Pero me da mala espina. Intuyo que algo no es como debería. Cristof es extraño, y la relación que tiene con sus hijos también. Hay algo poco natural en ella. ¿Es de él de quien trata de advertirme el águila? Voy a hacer algo respecto al animal también. Definitivamente lo voy a liberar. No está bien que esté encerrado en esa jaula, es demasiado pequeña para él. Se acabó.

El siguiente viernes acudo a la casa de Cristof dispuesto a liberar al animal. Cuando llego, Adrián no está. Sólo Damián. Eso, naturalmente, me despista de mi propósito inicial.

—¿Dónde está tu hermano?

—No es mi hermano —contesta el crío, para mi sorpresa.

—Espera, ¿cómo que no?

—No.

—¿Y qué es?

—No es mi hermano.

—Bueno, da igual. ¿Dónde está?

—No sé.

Estos niños son una fuente inagotable de información. Se me ocurre la posibilidad de que tengan algún trastorno. El águila me observa, imperturbable. Busco al padre. Nunca es él quien me abre la puerta, pero imagino que se encuentra en la cocina. Y no me equivoco.

—No te adelantes —me dice cuando me ve entrar en ella.

Miro mi reloj. He sido puntual, no sé a qué se puede referir.

—No me he adelantado, Cristof. ¿Dónde está tu hijo Adrián? —recalco la palabra “hijo”. Tengo que resolver este asunto. Como profesor de infantil, no lo puedo dejar pasar.

—No es mi hijo. —Por alguna razón, esperaba esa respuesta. Sin embargo, Cristof no añade nada más. Batidora en mano, me mira a mí y a la puerta alternativamente, como dando a entender que he de salir. No lo hago de inmediato. Observo la cocina. Es de dimensiones considerables, lo que no parece óbice para que la tenga hecha un desastre. Multitud de ingredientes aquí y allá, trozos de carne, condimentos, verduras, utensilios, y sobre todo suciedad. Mucha suciedad. Parece que no limpia tanto como cocina.

—Cristof... ¿tú qué eres? —le digo, ya perdido el respeto.

—Me gusta crear.

—Pues has creado una pocilga aquí. ¿Puedo coger un refresco?

Señalo el frigorífico, pero se interpone con rapidez y me dice:

—Ve y dale la clase a Damián, te estoy pagando esta hora. —Con la mano que tiene libre coge un bol de la encimera—. Toma esto de aperitivo.

Lo cojo y lo miro. Es perejil. Nada más.

—¿Comes perejil como aperitivo?

—A todas horas. Ve con Damián. Luego te llevo espinacas.

Me doy la vuelta y me dirijo al salón, dispuesto a ocuparme de Platón y de Damián.

—Damián, por favor. Necesito que me cuentes la verdad. Pienso que le puede haber pasado algo malo a Adrián. —El muchacho alza su tímida mirada de ojos verdes—. ¿Cómo llegasteis a esta casa, Adrián y tú?

El chico parece estar pensándose si responderme o no. Giro la cabeza para mirar a Platón. Ahí está, con su sempiterna pose estática. Maldito pájaro. ¿Por qué habla sólo cuando no hay nadie más que yo en la sala? Me entran ganas de decirle a Damián que salga un momento, aunque temo que Cristof le haga algo. Bien pensado, lo voy a hacer. Al fin y al cabo, están juntos toda la semana. Si le quiere hacer algo se lo podría hacer cuando yo no estoy. Además, interrogar al chico es inútil.

—Damián, ve al baño a hacer pis. No quiero que me interrumpas la clase luego.

—No tengo ganas.

—Da igual, ve y echa lo que tengas.

El muchacho se levanta a regañadientes y sale del salón.
Miro a Platón inmediatamente. Y lo que espero ver se cumple.

Ahí está el pajarraco, sacudiendo violentamente las alas en una jaula que a todas luces le queda estrecha. Mueve las patas, abre el pico, sacude las alas. Me planto ante él y le digo con seriedad:

—Háblame.

—Sí. Te hablo. Te hablo. Te hablo. —Maldito pájaro. Es inteligente.

—¿Por qué sólo me hablas a mí?

—Los niños no entienden. Los niños no entienden. Los niños no entienden. —Pese a su irritante su costumbre de repetir todo tres veces, intento no cogerle manía por el momento—. Cuentan a él. Cuentan a él. Cue...

—Te refieres a Cristof, supongo —digo antes de que termine su tercera alocución—. ¿Con él hablas?

—¡No! Él es problema. Él es problema. Él es problema.

No sé qué hacer. Mi deseo es liberar a Platón, llevarme a Damián y denunciar a Cristof a la policía, pero... ¿cuál sería mi acusación? ¿Cuál mi prueba? Mi único testigo es un águila. Es de locos, necesito algo más sólido. Me da miedo sólo de pensarlo, pero...

Tengo que abrir el frigorífico de Cristof.

En cuanto Damián vuelve del baño, Platón adopta de nuevo su inmóvil postura. Es increíble la velocidad de reacción que tiene el pajarraco. El muchacho se sienta, dócil, y abre su libreta de ejercicios y su libro de texto.

—¿Cristof está siempre en la cocina? —Me mira levemente y vuelve a bajar la vista hacia la libreta—. Espérame un momento. Tengo que hablar una cosa con Cristof, tu padre.

Recalco esta última palabra, pero no obtengo reacción por su parte. Por Dios, ¿qué le han hecho a este niño? Y, sobre todo, ¿qué le han hecho al otro? Salgo del salón dedicando una mirada al águila. Me la devuelve y me sigue con ella. Voy a acabar teniendo sueños con este animal. Y me dará lecciones de filosofía.

Al salir al pasillo, lo primero que noto es la ausencia de los habituales ruidos procedentes de la cocina debidos al quehacer culinario de Cristof. ¿Habrà parado, por primera vez en su vida, de cocinar? Cuando entro en

dicha dependencia no hay nadie y la luz se encuentra apagada. Prefiero que siga así, sólo necesito la iluminación interior del frigorífico. Sin embargo, a través de las siluetas en la oscuridad, percibo que el desorden sigue siendo la nota dominante. Voy a tratar de guiarme gracias a esas formas hasta el electrodoméstico, ubicado al fondo de la cocina. Antes de avanzar, aguzo el oído para comprobar si capto algo. Nada. Asomo también la cabeza por el pasillo. No hay moros en la costa. Me doy la vuelta y me adentro en las profundidades de la asilvestrada cocina de Cristof. Entra algo de luz por la ventana del deslunado, la suficiente para ver las formas de encimeras y un par de sillas. Percibo el inconfundible aroma a café recién hecho. ¿Quién en su sano juicio tomaría café por la noche? Cuando me encuentro a mitad de camino, noto que algo me toca la pierna. Del susto que me da casi tropiezo con un cubo de basura. ¿Qué me ha tocado? ¿Tienen más mascotas aparte del águila?

—Profesor, he resuelto el problema de matemáticas —me dice Damián, alzando lo que parece una libreta. Maldito niño.

—¡Damián, vuelve ahora mismo al salón! —le ordeno en susurros.

Obediente, se da la vuelta y desaparece. ¿Cómo demonios se ha acercado a mí tan sigilosamente? Espero unos segundos para recuperar el aliento tras el susto. Acto seguido llego al frigorífico. Al posar la mano sobre el mismo, me paralizó. Algo me impide abrirlo. No me atrevo. Noto una vocecilla interior recalando lo cobarde que soy. De un manotazo abro la puerta y observo el interior. Nada fuera de lo normal. Salsas, botellas de agua, refrescos, fiambre, verdura, fruta... Un contenido normal para un frigorífico. Algo dentro de mí suspira de alivio... ¿Qué esperaba encontrar? En fin, volveré con Damián y a la realidad.

Entonces me doy cuenta de que me falta por examinar el congelador.

No quiero hacerlo, pero lo voy a hacer. ¿Por qué? Como digo, ¿qué espero encontrar? Nada, pero lo voy a comprobar para quedarme tranquilo. Poso la mano sobre el borde para abrirlo. De nuevo permanezco petrificado. Miro en dirección a la entrada de la cocina. No sé por qué, pero esperaba toparme con los ojos del águila fijos en mí. Sólo distingo la penumbra del pasillo. Hago fuerza para abrir el congelador. Al hacerlo, una bocanada de frío me invade. No veo nada, pues los congeladores no tienen luz propia. Abro la aplicación de linterna de mi móvil e ilumino la escena. Y entonces se me imprime en la retina la imagen más impactante que he visto en mi vida. Haciendo realidad

todos mis temores, y materializando aquellas respuestas a las que no deseaba contestar, encuentro la prueba que necesitaba: Adrián está allí, cortado en pedazos ordenados en diferentes estantes, y envuelto en envases de plástico. Sus ojos marrones se encuentran abiertos y orientados hacia fuera. Parecen mirarme. Cierro de golpe la puerta. Otra vez me quedo paralizado. Pero no es momento para eso. Si había alguna ocasión indicada para actuar, es ésta.

Corro hacia el salón. Damián está sentado, plácidamente inclinado sobre su libreta. Por fin me dispongo a hacer lo que quería hacer desde el principio. Abro de un manotazo la jaula de Platón y le ofrezco mi antebrazo. El pájaro, inteligente, reacciona de inmediato y se posa sobre mí. Vuelve a la vida: agita las alas, zarandea la cabeza en todas direcciones. A continuación, agarro de la muñeca a Damián y lo levanto, he de admitir que sin demasiada delicadeza.

—¿Qué pasa? —protesta.

—Guarda silencio, en eso eres bueno.

Cuando me dispongo a sacar a ambos del salón, Cristof aparece y me asesta una lacerante cuchillada en el bíceps.

—No te puedes marchar con mis mejores manjares.

Sale sangre a borbotones. Sin embargo, no puedo dejarme caer, hay mucho en juego. Con el brazo sano, doy un empujón a Cristof. Tras trastabillar, recupera el equilibrio y se prepara para otro envite.

—Profesor malhadado, ¿por qué has tenido que incordiar?

En ese momento, Platón se separa de mi brazo y se lanza salvajemente sobre la cara de Cristof con sus poderosas garras por delante, mientras sus frenéticas alas originan un gran revuelo en la entrada al pasillo. Hiere sin piedad al hombre en la cara. Después de lo que he visto en el congelador, esto no me produce apenas impresión. Cristof trata de zafarse del ave, pero ésta, en su inmensidad, le corta toda posibilidad de maniobra. La sangre mancha las patas de Platón y con una mano tapo los ojos de Damián para que no vea el rostro desfigurado del hombre. Sin embargo, Cristof logra recomponerse y asesta varios tajos a Platón, que le dañan de manera superficial. Ante la situación, la rapaz cambia de estrategia y abandona la lucha. Sin darme tiempo a reaccionar, se lanza sobre Damián y cierra ambas garras sobre su camiseta. Sin darme tiempo a asimilar lo que veo, soy testigo de cómo alza en volandas al pequeño sin aparente esfuerzo y atraviesa con él el salón.

—¡Abre ventana! ¡Abre ventana! ¡Abre ventana!

Entiendo perfectamente el mensaje. A estas alturas, siento que puedo

confiar en Platón. Se comporta de manera demasiado “humana” como para obviarlo. Mientras Cristof trata de recobrase, aprovecho para correr hasta la ventana y abrirla. En cuanto lo hago, el ave, con su firme agarre sobre el niño, sale disparada al exterior, y ambos vuelan hacia el atardecer en la ciudad.

Despierto. Estoy en una cama de hospital y tengo un gotero puesto. Llamo a la enfermera. Enseguida acude junto con un agente de policía. La enfermera me dice que esté tranquilo, que me encuentre estable y fuera de peligro pese a la pérdida de sangre. Se marcha y me deja a solas con el agente. Éste me informa, muy amable y adelantándose a mis preguntas, de que Damián está a salvo y siendo atendido en servicios sociales.

—Ese degenerado de Cristóforo tenía montada una verdadera carnicería en casa —dice—. Repugnante. Usted está fuera de toda sospecha, profesor, no se preocupe. El niño nos ha contado lo sucedido. Además, algunos testimonios preliminares de vecinos coinciden en señalarlo a él. Debería usted dar gracias a esos vecinos; si no hubieran dado la voz de alarma por el escándalo que estaban los dos formando con la pelea, estaría todavía en el suelo abrazado a ese monstruo en un baño de sangre. Los encontramos a ambos inconscientes. No tema, no está en este hospital, sino en el de la policía, detenido.

Gracias a las palabras del agente, comienzo a recordar. Tras la partida de Damián y el águila, Cristóforo y yo continuamos enzarzados en una pelea durante varios minutos. En algún momento, mis recuerdos finalizan.

Cuando pregunto al agente por Platón el águila, me dice:

—¿Qué águila? Nadie me ha mencionado un águila. El niño fue encontrado desorientado en la calle. Ahora, si no le importa, me gustaría hacerle algunas preguntas...

He soñado con el águila, como había augurado. A la postre agradezco haber soñado con ella y no con Adrián, pues la última imagen que guardo de él tardará en dejar de atormentarme. Platón se encontraba al fondo de una oscura y profundísima caverna. Encadenada por ambas patas a la pared de caliza, lucía una barba crecida y una expresión humanamente lastimera.

—Joven —me dice, pese a que no tengo nada de joven—, has de saber que el mundo de las ideas es una porquería. Me he pasado la vida aquí encerrado pensando en el mundo real sin saber nada sobre él —agradezco que ya no

repita todo tres veces—, sólo para llegar a la conclusión de que la buena vida consiste en aire fresco en la cara, unas garras limpias y un buen cordero que despedazar.

—Vaya, Platón, ¿no te estarás pasando a Epicuro?

—Déjate de chorradas. ¿Por qué no te callas y me sacas de aquí? Venga, libérame y te llevaré volando a donde quieras. El mundo será nuestro.

Recuerdo con vaguedad haber experimentado esa sensación de vuelo. Platón me agarraba firmemente y me portaba a gran altura. No sentía vértigo alguno. El mundo se hallaba bajo mis pies y el poder corría por mis venas como el veneno más adictivo.

Soñar que uno vuela es la experiencia más maravillosa que existe.

3. Comprométete conmigo

—Siendo como eres fotógrafo profesional, una habría esperado que trajeras contigo el trípode y lo utilizaras.

—La vida no es estática, Sandra. Y yo me propongo retratar la vida.

—Creía que me querías retratar a mí.

—Y tú eres mi vida.

No me merece la pena recordar más veces que esta relación comenzó porque existía una herida profunda que precisaba sanación. Sin embargo, una vez sanada la herida, no había nada que celebrar. Quizá las maravillosas fotografías que me regalaba, y me sigue regalando, sean un aliciente; no lo niego. Aquí, en los jardines de la ciudad, a la sombra de un avellano y mecida por el rumor del viento, me dejo llevar.

Dejarme llevar ha sido mi labor desde que superé el horror de la ruptura con Tristán, el hombre de mi vida; aquél que jamás debió escaparse de ella. Las cosas no podían ir bien si no estaba con él.

Sin embargo, he hallado la manera de suturar la herida, como digo, y de seguir adelante.

—¿Por qué no vamos a tu casa? —me dice Abel—. Me gustaría retratarla también. Para poder completar mi composición sobre ti.

Abel me ve como una obra de arte. A veces me pregunto si siente más amor por mí o por las obras que nacen de esa habitación roja suya que se me antoja como un santuario prohibido en el que desarrolla macabros rituales. Se me ha ocurrido que vamos a dar el paso. Quizá me ayude a disipar mis dudas sobre mis sentimientos.

—Es buena idea que vengas a mi casa, sí.

Deja de guiñar un ojo tras la cámara y bizquea mientras me sonrío en su estupor.

—¿Sí?

Siento los nervios como un hormigueo en el estómago. Esta situación es siempre excitante para mí. La reacción de Abel a la naturaleza de mi nido puede hacerme decidir que, después de todo, se gane la oportunidad de llenarme como mujer. Me sorprende ilusionándome ante la idea de que nos entendamos, nos compenetremos y nos comprometamos si acepta mi ser en su totalidad, incluido el ocre pasado que acarreo. Tristán solía decir que lo

más importante es compartir. Y eso voy a hacer, abrirme en canal y compartir todo mi ser. Incluidas aquellas partes de mi ser que me avergüenza mostrar.

Una vez en el recibidor de mi casa, los nervios me hacen romper en un estallido de emoción. Me lanzo a sus brazos y le beso. Me siento esperanzada como una niña.

Él avanza despacio, como el espeleólogo que explora una cueva por primera vez, temeroso por lo que pueda hallar. Esgrime su cámara ante él como un arma, inmortalizando cada momento, pero yo le guío de la mano para tranquilizarlo. Sólo quiero que penetre en mi mundo y lo abrace como suyo, y en adelante todo sea compartir. Después de todo, no puede ser tan difícil, ¿verdad que no?

Cuando le hago pasar a mi habitación, mi recinto sagrado, no obstante, su reacción me desconcierta. Tras disparar la última fotografía, da un paso atrás y baja la cámara, trastornando mis ilusiones. Su rostro refleja horror. No era la emoción que esperaba contemplar en sus facciones. Se vuelve sobre sus pasos y abandona mi hogar con un portazo. Se marcha así, silente mas desconsiderado, de mi alienada vida.

Por la noche me consuelo abrazando a mi gran amor bajo las mantas. Hace tiempo que Tristán se quedó rígido, pero no se lo tengo en cuenta. Dejar a una persona es un proceso de duelo, casi tan doloroso como ser dejado, o eso dice mi psicóloga. He intentado retenerlo en mi vida. Sé que mi relación con él es irreparable, mas jamás estuve dispuesta a colocar distancia entre nosotros. A veces pienso que la herida no está tan curada como pensaba.

Agarro su brazo momificado y rodeo con él mi cuerpo desnudo.

4. El joven viejo

Incluso en verano, vestía su uniforme largo y negro. Era presumible que le obligaban a ello por normas de la empresa, pero mirándolo uno sospechaba que no le suponía ninguna molestia; y también uno se daba cuenta de que, pese a ser un hombre joven, de no más de veinticinco años, parecía viejo. Quizás el peinado, quizá la expresión, quizá la manera sobria de mirar al mundo que le rodeaba, no lo sabía bien uno. Aparcaba por las mañanas su patinete eléctrico en el pequeño almacén de la cafetería y unas horas más tarde daba de comer trocitos de pan a los gorriones de la terraza; entremedio, trabajaba algunas horas, portando con gesto adusto y elegante el aparatoso carrito donde recogía los platos sucios de los estudiantes. Uno de éstos llegó un día a sugerir que se trataba de una persona venida, en viaje temporal, desde el siglo XIX, pues le resultaba más sencillo imaginarlo sirviendo canapés en la alta sociedad decimonónica que en una vulgar cantina universitaria de éstos nuestros decadentes tiempos. Uno diría también, al observarlo, que portaba una vida tranquila. El joven viejo no reflejaba emociones en su rostro más allá de una placidez proporcionada por la consonancia con el trabajo.

Y sí, si de algo podía presumir nuestro amigo Norberto, que así se llamaba, era de placidez.

Pese a que ocultaba un cadáver en su casa.

Si un observador externo contemplara cómo el muchacho se ocupaba de dicho cadáver, habría comenzado a notar enseguida elementos bizarros. Para empezar, no parecía alarmado o trastornado en absoluto ante la condición exánime de la persona a la que solía corresponder el cuerpo. Por el contrario, lo mimaba y le dedicaba todo tipo de atenciones. No parecía preocuparle el hecho de que pronto empezaría a descomponerse y lo mejor sería brindarle digna sepultura. Entendamos, claro está, que, en el caso de que él hubiera sido el asesino, brindarle digna sepultura significaba en cierto modo entregarse. Así que otorguémosle, por el momento, el beneficio de la duda.

Desde el principio había hecho buenas migas con la señora, de nombre Mercedes y edad sesenta y largos. Vecina del mismo rellano, el quinto. Entrada en carnes, mofletes rosados y gafas que distorsionaban cómicamente

sus ojos. Con el marido enterrado y olvidado desde hacía décadas, y los hijos emigrados y también bastante olvidados, era de las que usaba las escaleras en vez del ascensor para empaparse mejor de los cotilleos vecinales. Se levantaba a las siete de la mañana y horneaba pasteles para las amigas que vería por la tarde en la plaza, lo cual la redimía en cierto modo de lo anterior, sobre todo a los ojos de dichas amigas, que andaban ávidas de pasteles y habladurías. Pese a todo, a la mujer le agradaba mantener cierto porte y *glamour* en sus maneras, como por ejemplo en su forma de hablar, reminiscencia de una época en la que vivió de manera francamente acomodada.

Amable, había dado la bienvenida a Norberto a su nuevo piso con unas pastas elaboradas por ella misma, en un despliegue de buena educación que no se ve con frecuencia hoy en día. Norberto lo supo apreciar en todo su valor, como joven viejo decimonónico que era. De hecho, en reciprocidad, una vez completó su mudanza y el piso fue apto para recibir visitas, la invitó a su casa para ver juntos una película de vaqueros. El largometraje en cuestión no era otro que “Solo ante el peligro”.

—Espero, joven, que no sea una indirecta de que se siente usted solo ante el peligro en mi presencia —dijo, tras lo cual una risita adolescente gobernó su rostro.

—No, señora, para nada —contestó Norberto, con su media sonrisa y moviendo los brazos en arcos amplios, como era su costumbre.

—Bueno, en ese caso, aceptaré su invitación gustosa. —Y cerró la puerta en las narices del chico—. ¡Llevaré palomitas caseras! —añadió en un grito para hacerse oír.

La sesión de cine se hundió en la bizarría más incómoda desde el minuto uno. Al acometer la empresa de sentarse en el sofá, Mercedes tropezó con uno de sus soportes y, si bien no cayó ella, sí lo hizo la mitad del contenido del bol de palomitas caseras que gentilmente había traído. Éstas, ingratas, se esparcieron por todo el sofá, provocando desasosiego en el pobre Norberto, que aquella tarde se había tomado la molestia de extraer todas las fundas del mismo, lavarlas, secarlas y volverlas a colocar. No obstante, esgrimió su media sonrisa como escudo anti-malestar. Entre ambos recogieron a las malhadadas y las retornaron a su bol.

—He limpiado el sofá esta tarde, podemos tomarlas.

A Mercedes no le pasó inadvertido el hecho de que hubiera limpiado el

sofá justo el día en que ella lo visitaba. Decidió que era más probable que lo hubiera hecho por darle una buena impresión a ella que porque le tocara hacerlo (por ejemplo, como consecuencia de la reciente mudanza).

—Además, son palomitas caseras, sería un crimen no tomarlas por tan tonto motivo.

—En efecto, Mercedes. Estoy de acuerdo.

El sofá en cuestión, debido a su morfología, favorecía adicionales situaciones bizarras. Se trataba en realidad de un modesto *cheslong* de dos plazas: una corta para sentarse y una larga para tumbarse. Dicha morfología desencadenó un debate entre ambos:

—Mercedes, siéntese usted en la parte larga, así se puede tumbar y estará más cómoda.

—Oh, no, ése sin duda es su sitio. Póngase usted ahí. No voy a venir yo y a arrebatarse su lugar habitual.

—No es mi lugar habitual, y aunque lo fuera, le invitaría igualmente a que lo ocupara.

—Claro que lo es. Teniendo ambas opciones y viviendo solo, ¿por qué iba a escoger la menos cómoda? Insisto en que no soy ninguna usurpadora. Me sentaré en la parte corta.

—Insisto. Es usted mi invitada. Y, por tanto, deseo ofrecerle lo mejor que tengo. No aceptaré un no por respuesta.

Ambos se quedaron mirando el uno al otro en la penumbra del salón, pues a estas alturas únicamente la luz que el televisor emitía iluminaba la estancia. Transcurrieron unos segundos incómodos. El hecho de que la pantalla ya mostrara el título y la melodía de la película casi hizo percibir a Norberto un rodamundos paseándose entre los dos, acompañado por el sonido del viento y el silbido de un vaquero con una espiga entre los dientes.

—Bueno, usted gana, caballere —capituló finalmente la señora Mercedes, mientras se esforzaba por acomodar sus posaderas sobre la butaca larga.

—¿Café? —inquirió Norberto, mientras Gary Cooper, congelado en pantalla, observaba a Mercedes volver del cuarto de baño.

—¿Café, por la noche?

—Siempre es buena hora para tomar café.

—Venga, pues un café sea, que no se diga que mi intención es ofender a mi anfitrión.

Por supuesto, Mercedes era una señora y acompañó a Norberto a la cocina.
—¿Le está gustando la película? —preguntó Norberto, mientras lo preparaba.

—¡Mucho! Aunque lo importante no es la película, sino la compañía. —
Otra vez la risita adolescente—. ¿Y a usted las palomitas caseras?

—Mucho también, ¿dice que las hace usted?

—Con estas manitas que Dios me dio. Que son mágicas, por si no lo sabe.

La corta experiencia no le permitió a Norberto generar una respuesta adecuada a dicha afirmación, mas sí que le indujo a reflexionar. Reflexionó hondamente durante varios segundos.

—¡Joven! ¡El café!

Norberto retiró la cafetera del fuego y lo sirvió.

—¿Quiere azúcar, Mercedes?

—Sí, medio terrón sólo, que ya tengo bastante con la dulzura de usted.

La media sonrisa del joven era ahora de color rojo intenso.

De nuevo tumbada en el *cheslong*, Mercedes comenzó a sorber el café a sonoros tragos, tras haber realizado treinta y nueve compulsivas vueltas con la cucharilla para disolver el medio terrón de azúcar que nuestro atento Norberto había primorosamente cortado para ella. Se lo acabó también con cierta compulsión y dejó la taza sobre la mesa de café.

Norberto, por su lado, se tomó su tiempo para terminárselo. Su porte decimonónico no le permitía sino disfrutar del placer de degustar con aplomo el divino líquido. Sintió que Mercedes lo oteaba de reajo, como para comprobar el estado de su deglución. Y se hallaba en lo correcto, pues en cuanto él dejó la taza sobre la mesa, la señora dijo:

—Joven, estoy siendo muy egoísta. Hay sitio aquí para los dos, le haré un hueco en la parte cómoda.

Norberto observó con gesto adusto a Mercedes en la oscuridad. Ésta se había echado a un lado y acariciaba con la palma abierta el espacio que había dejado libre.

—Véngase aquí, hombre. Cabemos los dos sin problema.

—No se preocupe, señora, para lo que queda de película...

—Para lo que queda de película estará usted cómodo, señorito.

Tras titubear unos segundos, Norberto accedió y se colocó en la parte larga del *cheslong* junto a Mercedes.

La cual colocó su mano, como dejada caer, sobre el muslo del muchacho.

Los créditos finales caían como una melancólica lluvia sobre la pantalla. O como la mano de Mercedes, que acariciaba la pierna de Norberto como quien no quiere la cosa. Sin embargo, Norberto, para sorpresa del mismo Norberto, no hizo nada para revertir la situación. De hecho, pese a que la película había terminado, no movió un dedo. Permaneció en esa postura, recibiendo las bizarras caricias de la señora Mercedes.

Y a nuestro joven viejo le gustaba.

Así que permitió que la mano de la señora siguiera su curso y obrara en su cuerpo lo que hubiera menester; él no interpondría queja alguna. Envalentonada ante la falta de oposición, ella comenzó a describir un arco más pronunciado con sus caricias, hasta que finalmente la trayectoria de su mano hubo de tocar indefectiblemente la regia zona ubicada entre las piernas. Norberto efectuó un ligero brinco y se arrepintió de haberlo efectuado; no deseaba comunicar la señal de que desaprobaba dicha acción. Una pulsión ancestral y libidinosa hervía en su cerebro reptiliano. Todavía más embravecida frente a la consistente ausencia de rechazo, la señora Mercedes masajeó aquello que prosperaba bajo los tejidos sintéticos de aquel pantalón fabricado en Bangladesh. Finalmente, Norberto respondió como un resorte. De un salto se lanzó con su boca sobre la boca de la señora. Lo que siguió fue una pronta una invitación para proseguir en el dormitorio, no importa por parte de quién, y el resto es historia.

—¡Ay joven, ay joven, ay joven! Lo que me hace usted sentir.

—¿Sí?

—Sí, y he de decir que ésa no es la respuesta que esperaba por su parte.

—Lo siento. Estoy anonadado.

—¿Por qué? ¿Qué espera usted de mí?

—No lo sé.

—Ah, los jóvenes de hoy en día no saben nada.

—Bueno, tengo una idea, pero no sé si le gustaría.

—Dígamela.

—Mejor no, Mercedes.

—Me lo terminará diciendo.

—¿Y usted qué espera de lo nuestro?

—Yo espero lo que pueda usted imaginar y mucho más, señorito Norberto
—sentenció Mercedes al tiempo que volvía a abalanzarse sobre sus labios,

con el corazón colmado de sensaciones burbujeantes.

Al cabo de los días de bizarra relación con Mercedes, nuestro joven viejo se sinceró consigo mismo y se confesó que ella despertaba en él pasiones y sentimientos de calibre intenso. Se hallaba a un paso de niño de reconocer que estaba perdidamente enamorado de la señora Mercedes.

Pero había un problema. Un problema que siempre había abofeteado su vida. Y era el momento adecuado para afrontarlo, tras numerosos procesos de introspección y auto-sinceración.

—¿Me ha estado rehuendo hoy, señorito?

—No, Mercedes.

—¿Acaso no corresponde mi amor?

—Sí correspondo su amor, Mercedes. Pero existe un obstáculo que me molesta y no sé si podremos sortearlo. En concreto, no sé si usted estará dispuesta a sortearlo.

—Diga, Norberto, lo que sea. Haré lo que haga falta para complacerle, señorito. ¿Cuál es ese obstáculo que impide nuestra relación?

—¿Sí? ¿De verdad desea saberlo? No será de su agrado.

—Sí, sí, lo deseo con toda mi alma. ¡Dígalo!

—¿Hará usted todo lo necesario para complacerme, para darme gusto?

—Oh, sí, no se imagina lo dispuesta que me siento a hacer lo necesario para complacerle a usted y darle gusto. Dígame lo que es y lo haré.

—Bueno, es más bien algo que le tengo que hacer yo a usted.

—Entonces no diga más. Me dejaré hacer por usted. Lo que sea. Por Dios, dígame lo que me tiene en un sinvivir.

—De acuerdo.

Nuestro joven viejo tragó saliva, miró al suelo y volvió a mirar a la señora Mercedes. Finalmente, con voz ronca y gesto adusto, dijo:

—Está usted demasiado viva para mi gusto.

5. El amor de los perros

Dedicado a Saray Ramírez

Adoro a los perros. Son animales fieles y llenos de amor hacia sus dueños, a los cuales siempre aguardan y nunca abandonan. Por ello odié a una mujer que conocí durante un breve periodo de mi vida. Contaré la historia desde el principio, para que se me entienda bien.

Se trataba de una mujer a la que yo limpiaba la casa. Me había contratado porque, según ella, se sentía ya demasiado mayor para eso y prefería que lo hiciera otra persona. Por mí no había problema, me daba trabajo para el verano. Sin embargo, una la veía corriendo de aquí para allá con una energía que ya quisieran algunos adolescentes y se preguntaba si realmente no podía ocuparse o es que no quería. Era gracioso verla corretear como si no hubiera un mañana, con su cara cuadrada, sus ojos verdes, sus labios siempre pintados de rojo y los mofletes amarillos, todo lo cual le daba una apariencia semaforil.

Soy estudiante de ingeniería de caminos y durante los veranos necesito trabajar de lo que sea. Mi familia no es boyante y todo lo que pueda aportar con mi esfuerzo es bienvenido. A mí no me parece mal. Cuando se tienen veinte años, no hay otra cosa que hacer en verano más que pasar el día panza arriba. Y trabajar para esta peculiar mujer, de nombre Artimaña (en fin...), era de todo menos aburrido. La vieja era pura energía, puro nervio.

Estas ideas pasaron a segundo término cuando la mujer empezó a darme malas sensaciones... Ocurría algo muy extraño en esa casa. Y pobres animalitos... cada vez que, en el día de hoy, recuerdo el caso, me dan tanta pena que derramo alguna que otra lágrima.

El primer día que trabajé para Artimaña me quedé impresionada por la casa en que vivía. Aunque no me gusta conducir, no tuve más remedio que hacerlo, puesto que se encuentra a las afueras, en una urbanización acomodada. Una residencia con todas las letras: su perímetro vallado, sus setos, su jardín, su piscina (la cual nunca le vi usar pero que siempre tenía llena), su garaje con coche y la vivienda en sí, con su estructura de dos pisos con bordes de piedra. En fin, de telenovela venezolana.

Artimaña apenas tuvo tiempo para mí. Ni me enseñó la casa por dentro.

Sólo me dio unas directrices vagas.

—Tú limpia, niña. Limpia sin parar. Como una posesa.

—Ya, pero...

—Limpia todas las partes de la casa, menos la habitación de mi hija. De ésa me encargo yo.

—¿Ah, pero tiene una hija? ¿Vive con usted?

Y había desaparecido. Nunca vi a la susodicha hija, supongo que hace mucho tiempo que no vivía allí. Artimaña no paraba de salir y entrar a casa. Todavía no sé cómo podía mantenerse tan ocupada una persona que no parecía dedicarse a nada en particular; de hecho era jubilada. El resultado es que me pasaba la mayor parte del tiempo yo sola en una casa enorme, hablando con los muebles. No me atrevía a poner música. El poco trato que tuve con Artimaña me hizo comprobar el mal genio que tenía.

Una vez, mientras limpiaba la mesa del salón, noté una presencia a mi espalda.

—¡Niña! ¿Qué haces? —El susto que me pegó casi me hizo caer sobre la mesa.

—Por favor, no haga eso. Avíseme cuando entre.

—Estoy en mi casa, voy y vengo a mi antojo.

—Sí, pero puede hacerlo sin matarme de un susto. Estoy limpiando el comedor. He terminado con la cocina hace un rato.

—¡Vale!

—Una cosa le quiero preguntar, ¿puedo enchufar el aire acondicionado mientras esté yo aquí?

—¡No, que gasta mucho!

Y sin más volvió a salir como una exhalación. Me quedé enfurruñada, maldiciendo a la mujer por sus malas maneras y su falta de consideración. La turbación se me pasó al instante cuando vi cruzar el salón a los cinco minutos a un perro *yorkshire* de una puerta a otra.

—Uy. ¿De dónde ha salido esta criaturita?

Artimaña no tenía mascotas. Yo le pregunté al respecto en nuestra primera entrevista. Incluso con la escasa experiencia que tengo, sé que es una de las cosas básicas que hay que saber cuando se trabaja en limpieza del hogar. Fui en pos del animal. Lo cogí al final del pasillo y le di carantoñas. Me pueden los perros, como digo.

—¿Y tú de dónde has salido, amor?

No tardó en cogerme confianza. A los pocos segundos ya me miraba con

ojillos de cordero degollado y me lamía los dedos. Busqué a Artimaña, *yorkshire* en mano, para preguntarle. Pero no estaba. En fin, dejé al animalito libre por el jardín y continué trabajando.

Cuando Artimaña volvió, la abordé.

—Artimaña, ¿no me dijo que no tenía mascotas?

—Y no tengo —me contestó, abriendo como platos sus ojos verdes.

—¿Cómo que no? ¿Y el *yorkshire*?

—¿Qué *yorkshire*?

—Mujer, el *yorkshire*. Ha entrado esta tarde en el salón cinco minutos después de que lo hiciera usted pegándome ese susto. Debe de estar por el jardín, lo he dejado fuera. —Se quedó pensativa durante unos segundos, y finalmente dijo:

—Ah, vale, vale, vale, el *yorkshire*. Sí, niña, verás, es que me gusta el de la perrera y he ido a comprarle un perro. Venga, vete ya que he de salir.

—¿Ha ido a comprar un perro sólo porque le gustaba el empleado? ¿Y adónde va a estas horas?

—No he contratado una niña para que me pregunte cosas a todas horas. Me recuerdas a mi hija. Ale, ale, a casa.

Al día siguiente, llegué mosqueada. Nada más marcharse la señora Artimaña Dios sabe adónde, busqué al perrito. Lo busqué por todas partes, pero nada, no estaba. Eso me inquietó más aún. Limpié con ahínco. Dicen que cuando mejor se limpia es cuando se está enfadado. Y es verdad. Pero me relajé hablando conmigo misma. En voz alta, total en la inmensa casa mis únicos interlocutores, como digo, eran los muebles. En este caso, la gran cristalera del salón a la que me esforzaba por sacar brillo.

—Bueno, quizás Artimaña se sienta tan sola que tenga que recurrir a esas, ejem, artimañas para conocer gente... Aunque haya utilizado al animal, quizás ahora se ocupe de él y éste le haga compañía. Debe de habérselo llevado a dar un paseo. A crear lazos...

Por debajo del avellano del jardín deambulaba un labrador.

Salí corriendo. Sí, ahí estaba el animal. Lo toqué, no alucinaba. Lo noté algo aturdido, como al *yorkshire* del día anterior. Como con una necesidad no resuelta. ¿Pero dónde estaba éste?

Artimaña se encontraba en otra parte del jardín, regando unos geranios con indolencia, como si se hubiera dedicado a ello toda la vida.

—¡Artimaña! —le grité ya desde lejos—. Artimaña, ¿de dónde ha salido ahora el labrador? ¿Dónde está el *yorkshire* de ayer?

La mujer se quedó inmóvil mirándome con la regadera en alto, con cara de mal humor. Sabía que no saldrían perlas de su boca, pero no me importaba.

—¿Qué labrador? Aquí no hay campesinos ni tierras que labrar, sólo te he contratado a ti para limpiar, niña.

—No se haga la loca, sabe perfectamente a lo que me refiero. El perro, de raza labrador, que está paseándose por el jardín.

—Niña, no hay ningún perro paseando por el jardín.

Me tenía negra. Como una furia llegué hasta el labrador y lo llevé ante Artimaña, que había reanudado su labor de regar las plantas. Ahora tenía un puro encendido en la mano libre.

—¡Este labrador! —le espeté.

Artimaña no miró al perro. Me miró a mí con sus ojos de semáforo.

—Niña, ¿por qué metes las narices donde nadie te llama? Hoy volví a visitar al de la perrera, ya te dije que me gusta. Así que le compré otro perro.

—¿Y así va a seguir comprando perros hasta que consiga una cita con él? ¿Dónde está el *yorkshire*? Y no me diga que qué *yorkshire*.

—Lo devolví, majadera. Se meaba por todas partes. Y deja de hacer preguntas.

—¡¿Qué?!

No cabía en mí de irritación, pero Artimaña tiró la regadera y el puro al césped y se dirigió al garaje como tantas otras veces. Mientras la observaba salir en su flamante Mercedes Benz antiguo de color rojo vivo, la odié con toda mi alma. Aplasté con mi sandalia el puro con tanta rabia que lo dejé plano. Pero qué bien limpié aquella tarde.

Al día siguiente, estaba preparada para cualquier cosa. Si aparecía un *dobermann*, un *pitbull* o incluso una manada de lobos en el jardín, no me iba a sorprender. Al abrirme la cancela, Artimaña tenía la mirada clavada en el suelo. Es la actitud de quien oculta algo, lo sé perfectamente gracias a mis sobrinitos. Le dije directamente, saltándome el saludo:

—¿Dónde están los perros?

—Niña, no hagas preguntas. Te despido y me quedo tan ancha. Pues por ahí estarán. Adiós.

No encontré a los perros y eso que busqué por toda la casa, empleando mi primera media hora de jornada para eso. Cuando me puse a pasar la

aspiradora por los pasillos del piso superior, una idea comenzaba a rondar mi mente, molesta. ¿En qué perrera te dejarían devolver un perro para comprar otro? Me parecía muy raro. O tenía negocios sucios que no acababa de entender con el hombre de la perrera, o algo que no quería ni imaginar sucedía con los animales. No, era reacia a pensar que les estuviera haciendo algo malo. Por muy loca que estuviera Artimaña, tenía su corazón... ¿no?

Entré en la habitación de su hija. Estaba asombrosamente impoluta, casi me daba reparo pisar su moqueta. Decorada con tonos violetas, desprendía ternura por todas partes. Todo se hallaba muy bien colocado: los cojines sobre la cama, los libros ordenados en las estanterías, los cuadros, las estatuillas, todo en armonía. Había una foto sobre el escritorio. Una chica joven, de unos veinte años, de ojos claros, cabello rizado, expresión risueña. Es curioso, se me parecía bastante. Pese a mi enfado con Artimaña, no pude evitar sentir que estaba profanando algo importante y salí de la habitación.

Unas horas después, Artimaña apareció de nuevo a mis espaldas, mientras me dedicaba a rascar el hollín de la campana.

—¡Niña! ¿Cómo va la limpieza? —Me golpeé la cabeza contra el metal.

—¡Au! ¡Señora, le tengo dicho que no me pegue estos sustos!

—Pero es que tienes la cabeza ahí metida, de todas formas no me ibas a oír llegar.

—¿Dónde están los perros? —Mientras pronunciaba estas palabras, un *fox terrier* graciosísimo asomó por entre las piernas de Artimaña. Mi boca se abrió hasta casi alcanzar el suelo—. Pero bueno...

—No contestes mis preguntas con otras preguntas. ¿Cómo va la limpieza?

—O me dice ahora mismo dónde están el labrador y el *yorkshire*, y de dónde ha salido éste ahora, o le denuncio a la protectora de animales.

—¡Ay, qué pesada! Desde luego, eres igualita que mi hija. Se los he devuelto al chico de la perrera y le he comprado éste —dijo Artimaña, dando un ligero puntapié al animal.

—Ni se le ocurra patearlo.

—Recontraconcha de tu madre —respondió la señora, dando media vuelta y saliendo de la casa como una exhalación. Por primera vez le noté un acento extraño.

Ese día acabé extraordinariamente cansada, no sé muy bien por qué. Quizás el enfado consumía mis energías. Decidí darle un día más a la vieja

para que me aclarara todo. Si no lo hacía tomaría medidas, me dije mientras forzaba mi vista a fijarse en la carretera. Sin embargo, mi mente caminaba por otros derroteros, de manera que fui recuperando una imagen almacenada en mi memoria. Una imagen que había visto varias veces limpiando en la casa, pero que había preferido ignorar, no incluir en la ecuación.

Era la imagen de una puerta. Una puerta que llevaba al sótano...

Esa noche soñé que Artimaña era una mujer loba que devoraba mis entrañas. Por suerte no recordaba los detalles. Con malestar y mucho cansancio acumulado, volví a casa de Artimaña para trabajar. Cuando llegué, la cancela estaba abierta. Y la puerta de la casa también. Era signo de que Artimaña no quería enfrentarse a mí y de que tenía mucho que ocultar. Un ladrido proveniente de la parte trasera del jardín me hizo correr hasta allí. Un *huski* siberiano miraba fijamente a unas palomas que se posaban sobre el limonero. No me lo podía creer. Di unas caricias al *huski*, y noté la misma ansiedad que había notado en los demás. Pobres criaturas... Bien, Artimaña no estaba y no parecía tener intención de dar señales de vida. Tenía vía libre para investigar. Agarré al *huski* por el collar y me lo llevé conmigo. Prefería no perderlo de vista por miedo a que desapareciera también, y yo en verdad agradecía la compañía en aquella solitaria mansión.

La puerta que llevaba al sótano se encontraba bajo las escaleras que conducían a una pequeña despensa desde un extremo de la cocina. Traté de girar el pomo pero estaba bloqueado. Me extrañó que la cancela de la verja y la puerta de la casa estuvieran abiertas pero no lo estuviera la puerta del sótano. A lo mejor no tenía nada de extraño, pero en aquellas condiciones de sospecha me pareció intrigante. Acerqué el oído a la madera. No sé si fue sugestión mía, pero me pareció percibir algo. En todo caso, era algo demasiado tenue como para aventurarme a adivinar de qué se trataba. El *huski* pareció ponerse nervioso. Se movió de un lado a otro, dio saltos, incluso ladró un par de veces en dirección a la puerta. No necesitaba más por mi parte. Allí dentro había algo. Volví a pegar el oído. Parecía como si... desde lejos... una vaga respuesta a los ladridos del *huski*... no, no estaba segura. ¿O sí?

—¡Niña! ¿Qué haces?

Me volví y la cara semafórica de la vieja me asustó por enésima vez.

—¡Señora!

Esta vez la mujer no se entretuvo en hablar conmigo. Me agarró de los

pelos con furia y estrelló mi cabeza contra la pared.

Me sentía húmeda y acalorada. Tuve la impresión de haber soñado con cientos de lenguas gigantescas lamiendo mi cuerpo desnudo, horrible... Desperté con un sudor frío. Me pareció que algo del sueño continuaba más allá de éste. *Estaba siendo lamida de verdad*. Abrí los ojos y no distinguí nada. Estaba completamente oscuro. Entré en pánico. Me levanté de golpe y las lenguas retrocedieron. Entonces los noté.

A mi alrededor había perros. Muchos perros. No los podía ver pero escuchaba sus gemidos, su respiración, el sonido característico de sus pisadas. Lentamente me agaché y alargué mis manos en el vacío. Toqué cabezas caninas, suaves y agitadas, y volvieron los lameteos. Sabía que me rodeaban. Allí había muchos más que el *yorkshire*, el labrador, el *fox terrier* y el *huski* que yo había conocido, aunque algo me decía que éstos también se encontraban allí. ¿Artimaña había estado acumulando a los animales en su sótano? Porque no me cabía duda de que es ahí donde me hallaba. La vieja me había encerrado tras noquearme. Maldita bruja... Me sentí terriblemente cansada. Me dolía la cabeza por el golpe. Me senté en el suelo y fui atacada por el amor de los perros.

—Bonitos, ¿desde cuándo estáis aquí?

Como reaccionando a mi voz, se agitaron más aún y gimieron. No estoy segura de cuánto tiempo permanecí así, pero debió de ser un rato largo pues recuperé algo de mi fuerza y comencé a pensar con más claridad. La suficiente para terminar de asustarme de verdad. Tras tantear las paredes durante varios minutos, con los canes enrollándose en mis piernas para ponérmelo más difícil, logré dar con la escalera. La trepé con las manos por delante hasta que toqué la puerta. Encontré el pomo y lo manipulé pero se encontraba bloqueado. De repente me acordé de que no me había desprendido del móvil en ningún momento. Me toqué el bolsillo y no tenía nada en él. Obviamente, Artimaña me lo había sustraído. ¿Qué pretendía, qué iba a hacer conmigo? ¿Me iba a dejar allí encerrada?

La vieja lo hizo.

Me resulta difícil, incluso ahora que ha pasado el tiempo, relatar el sufrimiento que padecí. Durante algo más de una semana permanecí en ese sótano en la más total oscuridad, en compañía de los perros. Los animales me daban todo el cariño y compañía que necesitaba, pero pronto las necesidades

comenzaron a llamar a mi puerta. Había varios cuencos con comida para perros y agua, pero me negué a alimentarme con ello. Era para los animales, y algo me decía que Artimaña iba a dejar de llenarlos, ahora que yo estaba allí. Respecto a las otras necesidades... por suerte el sótano tenía un cuarto de baño propio, cuyas luces (¡sorpresa!) tampoco funcionaban. Pero la cisterna sí, lo cual era un gran alivio, y además serviría para rellenar el agua de los cuencos. Así que, en realidad, la única necesidad no satisfecha para mí era la de alimento, lo que me permitió resistir en cierto modo. Artimaña no parecía haberse ocupado nunca de los deshechos; el olor terminó por incrustarse en mi cerebro y aunque era molesto me acostumbré un poco a él. En un sofá tomado por los animales, me hice un hueco, donde pasé tumbada y acariciándolos la mayor parte del tiempo, esperando a que alguien me echara en falta y denunciara mi desaparición. Sin duda mi familia lo haría en cuanto no volviera ese día del trabajo, por lo que no paraba de preguntarme por qué tardaban tanto en venir a por mí. Lo primero que registrarían sería la casa donde trabajaba. Era obvio, ¿no? Pese a la dificultad que imponía la oscuridad, conté el número de perros que había, y más tarde supe que no me equivoqué: veintitrés, incluidos el *yorkshire*, el labrador, el *fox terrier* y el *huski* que yo había visto. Así que la maldita vieja había estado acumulando perros desde antes de que yo entrara a trabajar con ella. ¿Por qué me había contratado entonces? ¿Meter a alguien en su casa no es un riesgo para alguien que sabe que está cometiendo un delito? Tuve mucho tiempo para pensar, y llegué a la conclusión de que la mujer, simplemente, estaba loca.

Más tarde comprobé que no había errado el blanco para nada.

—Blanca, hija, ¿estás ahí?

Me acerqué corriendo a la puerta.

—Sí, aquí estoy. —No me llamaba así, pero estaba dispuesta a seguirle la corriente a la vieja.

—¡Blanca, niña! Qué alegría. ¿Has hecho ya los deberes de la universidad?

—Emm... sí, mamá, ya me puedes dejar salir.

Silencio durante varios segundos, en que sentí que me jugaba la vida literalmente.

—No —contestó, tajante—. Te dejaré un poco más, para que los repases. Además, es peligroso salir.

—¡No, no! ¡Espera... mamá! —grité con todas mis fuerzas—. ¡He

terminado y los he repasado, por favor, déjame salir!

Hasta que me sacaron de allí, perdí casi diez kilos. Soy de complejión natural delgada, así que cuando me vieron al salir a la luz debí de parecerles indistinguible de una anoréxica. Me encontraba en lamentables condiciones físicas, malnutrida, baja de defensas y extremadamente vulnerable a infecciones. Hube de seguir un tratamiento específico para recuperarme.

Es por ello que me enorgullezco al recordar que me mantuve en la voluntad de no alimentarme con la comida de los perros, pese al horroroso agujero que sentía en el estómago, que me había hecho incluso verla con buenos ojos. Por suerte, aunque ésta se terminó a los tres o cuatro días, ningún animal murió. Eso sí, todos estaban desmayados de hambre y les ofrecieron a los pobres un buen festín de las reservas de la vieja. Yo, por mi parte, aunque apenas podía agarrarme a los brazos del enorme policía que me sacó de allí, logré señalar el frigorífico con un dedo tembloroso. Al abrirse éste, se me mostró un mundo de maravillas. Mientras devoraba su comida, los ojos verdes de la vieja me observaban, iracundos, desde el fondo de la cocina. Estaba esposada y otro policía la sujetaba del hombro.

Como parte acusadora y víctima del proceso (en la que resta decir que el juez me dio la razón y la vieja tuvo que ingresar en prisión y pagarme una indemnización generosa), fui informada de todos los detalles del caso. Artimaña no había estado comprando los perros, sino robándolos a los vecinos de diferentes urbanizaciones. Por eso estaba siempre fuera de casa. Iba a otras zonas, vigilaba, decidía qué perros era más fácil sustraer y ejecutaba sus robos. Dado que yo la vi traer un perro cada día mientras estuve allí, es comprensible que dicha actividad delictiva le ocupara todo el día. Por supuesto, tras ser tratados para que recuperaran su natural estado físico tras la inanición, los animales fueron devueltos a sus dueños. ¿Pero por qué los robaba la vieja? Durante la instrucción del caso, el abogado de Artimaña esgrimió estos motivos como atenuantes. Ella, hacía más de treinta años, había perdido a su hija de veinte como consecuencia de las mordeduras de unos perros adiestrados para matar, que a sus reeducadores se les escaparon del centro en que trabajaban. Se dio la mala fortuna de que se toparon con la muchacha en su camino. Artimaña había sufrido un trastorno por estrés postraumático al observar a su hija destrozada por los perros. El atenuante no le sirvió, por supuesto, pero se sometió a un tratamiento psicoterapéutico para

enfrentar aquella pérdida que aún, treinta años después, no parecía haber superado y de algún modo le había conducido a actuar de aquella extraña manera conmigo.

Yo, por mi parte, pude extraer algo positivo de la horrorosa experiencia. Mientras me pudría en el sótano de la vieja, sentí un amor incondicional que me ayudó a resistir: el amor de los perros. Ellos se alimentaban de su comida, pero yo me alimentaba de su cariño. No miento cuando afirmo que pasé la mayor parte del tiempo abrazada a unos y a otros, víctima agradecida de sus lametazos y de sus patitas incansables que insistían en trepar por mi frágil cuerpo. Estoy segura de que todo habría sido muy diferente sin ellos.

Muy, muy diferente. No me cabe duda de que no habría quien escribiera estas líneas.

6. Cortar los problemas de raíz

No tuvimos tiempo de despedirnos.

Otros destinos de trabajo, otras ciudades, otros países. Ni siquiera estoy seguro de que ella quisiera despedirse de mí, sólo tengo indicios. ¿Qué indicios? Era amable conmigo, me sonreía y reservaba para mí las mejores palabras. Llegué a observar cómo trataba a algunos de sus clientes en la cafetería, y tengo que reconocer que me causó respeto. En otras palabras, no me habría agradado encontrarme en la piel de esos clientes. A mí, sin embargo, desde el día uno, me atendió con una sonrisa honesta en los labios. Esos labios... todavía me cuesta recordarlos sin excitarme ligeramente. Carnosos y rosados, fluyeron tantas palabras agradables a través de ellos.

Posteriormente hubo momentos incómodos, lo reconozco, estoy seguro de que se debieron más a mi falta de experiencia en asuntos de relaciones que a la indecisión de nuestros sentimientos. Ella hacía todo lo posible e incluso lo imposible por labrarse una carrera como actriz, y eso, debo confesar, también me confundió. Los momentos en que pensé que ella ensayaba un papel conmigo fueron cuantiosos.

Le ayudaba a practicar escenas para audiencias. Cuando lo hacía, me transmitía su emoción y yo alcanzaba a sentir que estaba participando de la gestación de una futura estrella de Hollywood. Nos reíamos durante horas en esas sesiones que yo creí inocentes en su casa y que quizá no lo fueran; maldita educación puritana por mi parte, ¿cuántas oportunidades me habrá hecho perder por tapiármelas con esos valores precavidos y tan al extremo respetuosos con las mujeres al punto de negarme el arrojito para seducirlas? Que ella me prendiera del brazo mientras me sonreía y me pedía que repitiera mi línea con más ardor, aquello debía de significar algo. ¿No?

Ella ya no está. Ni siquiera está la ciudad en la que nos conocimos, pues ambos la hemos abandonado. No se puede luchar contra la corriente de la trayectoria profesional de uno. Este mundo nos obliga a trabajar para comer, y si las oportunidades laborales surgen lejos hay que emigrar lejos.

¿Y si la contactara?

¿Le escribiera un correo, un mensaje de texto, o incluso la llamara...?

¿Me seguiría reservando esas palabras cariñosas, o tendría a alguien a su lado que las merecería todas? Lo desconozco todo sobre ella, ¿seguiría trabajando en cafeterías? ¿Le habrá ido bien en alguna audiencia? Quizás

haya conseguido al menos un papel para un anuncio, o incluso para alguna serie o película... La curiosidad navega por mis venas y lo inunda todo. Quiero saber... Mi vida ahora mismo dista de ser interesante, y conocer algo de la suya la podría mejorar. No tengo nada que perder... Siento que, entonces, muchas cosas pudieron suceder y no sucedieron. ¿Es tarde para ello, ahora que soy más viejo, más experimentado y resabiado? Yo la quería y en realidad... creo que nunca la he dejado de querer.

Voy a escribirle un correo, es la opción que menos respeto me inspira.

Ha contestado a mi correo y me ha dado una oportunidad.

Una oportunidad, entiendo que para vernos, charlar y ponernos al día. No quiero echar campanas al vuelo sólo con una respuesta por correo electrónico, que por cierto ha sido más escueta y desangelada de lo que me esperaba, para ser sincero. Han brillado por su ausencia la efusividad, la sorpresa y la alegría. Pero uno ha de luchar por lo que quiere contra viento y marea, ¿no es así? ¿Quiero realmente eso? Estoy seguro de que a estas alturas de mi relato algún lector pensará que estoy loco, pero no es así. Sólo soy un hombre con una herida en el corazón. Una que fue provocada por una oportunidad perdida, seguida del lamento eterno del fracasado. Por tanto, puede que sea un fracasado, pero no un loco.

En cuanto me bajo del tren, me dirijo hacia la sucursal del banco donde me ha dicho que trabaja. Me pidió que no fuera allí directamente, sino que la esperara a que terminara su turno de trabajo a las cinco de la tarde. No quiero esperar, voy a darle una sorpresa. Al menos alguna pregunta que me acuciaba me la ha respondido sin percatarse de ello, la de si había conseguido triunfar en el mundo de la actuación. Es patente que no.

Me divierto pensando que he decidido comprar una casa en esta ciudad y necesito por tanto solicitar una hipoteca. Eso me da una razón para entrar en el banco, y pediré que me atienda Amanda. No, mejor la señorita Aragonés, nos comportaremos con *glamour* desde el principio esta vez. Vida nueva, nuevas costumbres. Al entrar en la sucursal, por tanto, pregunto por ella con esa distinguida denominación. El hombre de seguridad al que pregunto me mira alzando una ceja y me contesta:

—El señor Aragonés, sí, su mesa es aquélla de la esquina.

—Señorita —le replico, con cierta indignación. ¿Trabaja allí y no sabe ni de qué sexo son los empleados?

Me dirijo hacia la mesa. Me siento sin mirar. Y cuando miro, tengo

delante a un rudo hombre de barba poblada.

—Perdón, me he equivocado de mesa. —Me levanto y observo a mi alrededor. Sin embargo, el hombre me dice:

—Siéntate, Ernes. Soy yo, Amanda. Quiero decir, Amador —me contesta el hombre.

Me siento lentamente. Ahora mismo no existe ninguna diferencia entre una estatua y yo.

—Te dije que esperarás a que terminara mi turno.

Es un miembro de la especie humana. Hasta ahí, no tengo dudas y todo bien, todo correcto. Pero es un ejemplar masculino, un *hombre*. Como yo. Dos hombres que según mi perspectiva se repelen, como los polos del mismo signo. Viste traje y corbata. De manos rugosas, canosa mata de pelo, rasgos suaves y redondeados, que sugieren cierta feminidad tras la inicial rudeza aportada por su densa y *hispteriana* barba. ¿Dónde están esos labios que me excitaban? Apenas alcanzo a verlos entre los pelos de su bigote. Porta unas gafas que le hacen pequeños los ojos, y lo que más me llama la atención es su mirada de inseguridad que se advierte tras los cristales. En el conjunto de sus rasgos hay algo terriblemente familiar. Me niego a elucubrar más allá. El viaje ha sido entretenido. Creo que me vuelvo a casa. Mi antigua ciudad no estaba tan mal para vivir, la añoro repentina y terriblemente.

—Adiós, Amanda.

Hago amago de levantarme de nuevo, pero esta vez él (o ella) me agarra del brazo.

—¿Huyes? —me dice.

—Sí, eso parece. —No se me ocurre nada mejor, o más honroso, que decir en este momento.

Pero me vuelvo a sentar. Reacción de pánico inicial controlada, la curiosidad y la decencia, o quizás el brazo que no me deja ir, ganan la partida. Él juega a pasearse el bolígrafo entre los dedos. Supongo que lo hace para calmar los nervios. Yo también estoy nervioso. Me encuentro ante el gran amor de mi vida. Y descubro que tiene barba, y... no sé si más cosas.

—Ernes... no sé si voy a poder explicarte ahora, estoy trabajando. Por eso te decía de vernos después. ¿Entiendes? Si te digo las cosas es por algo.

Miro de nuevo su mano. La tiene peluda y venosa, incluso distingo su sudor. Ha de ser sudor frío, porque el aire acondicionado está a tope. Me cuesta creer que esa mano hace cinco años era una mano delicada y femenina.

Una mano que por supuesto no sudaba bajo ninguna circunstancia.

Ante la situación no me queda otra que proponerle vernos por la noche. Necesito algunas horas para reflexionar. Y después cenaremos juntos en un restaurante. Tendremos una cita.

¿Quién quiere la cordura en esta vida sin sentido? ¿Para qué sirve? ¿Para vivir un poco más y mejor? ¿Qué importa? La mujer de mis sueños es ahora un hombre, la vida carece de toda decencia para conmigo. Me dirijo al restaurante sin ninguna expectativa en absoluto, bajo la bochornosa noche de esta ciudad extranjera. Con la actitud del que sabe que está soñando y sólo aguarda despertar, experimento los singulares vericuetos de este viaje.

La velada tiene lugar en un antro carente de toda clase, de toda distinción. Esperaba algo mejor de una aspirante a actriz de Hollywood. Lo olvidaba, ya no es tal cosa. Ahora sólo es Amador, el que te atiende en el banco del barrio. Cómo se ha desplomado en la escala social, o, para ser exactos, en sus aspiraciones al respecto. Debe de haberse dejado todo el dinero en las operaciones necesarias para su transformación. Bueno, en todo caso voy a intentar que me invite él, ya que ahora es más hombre que yo.

Nos saludamos con un apretón de manos y entramos. Tengo el impulso de apartarle la silla, pero rectifico a tiempo. El movimiento brusco provoca que nuestras frentes colisionen.

—Empezamos bien... —digo mientras nos sentamos.

Es curioso, pero la transformación de Amanda ha tenido como efecto que estar con ella deje de imponerme. El hecho de que ya no sea objeto de mi deseo implica que no hay nada por lo que alterarse en nuestra interacción, lo cual conlleva a su vez que a mi estilo le parezca una pérdida de tiempo dar rodeos.

—¿Por qué te cambiaste de sexo, Amanda?

—Por favor, Ernes. Espera un poco. Ni siquiera hemos mirado la carta todavía. Vamos a pedir primero, ¿te parece?

—Bueno, como entrante puedes explicarme por qué has roto mis sueños de esta manera...

—¿Tus sueños?

Ha sido mucho tiempo de represión. Mi reflexión apasionada ha consistido en un caldo que se ha cocido a fuego lento, a la vez que silencioso incluso para mí, durante más de cinco años. Dentro de una olla que ha acumulado calor debajo de una tapa de auto-negación que nadie se ha molestado en

levantar en todo este tiempo. Y ahora se levanta. Los vapores se extienden por la estancia de mi existencia, transmutándose en palabras quejumbrosas que no advierten sobre dónde se posan, pero que impasibles quizá hieran como dardos emponzoñados.

—¡Amanda, yo estaba loco de amor por ti!

El camarero, cartas en mano, se detiene por unos segundos sin saber bien cómo proceder.

—¿Y por qué no me lo dijiste, idiota? —contesta ella. ¿Me parece percibir una mirada vidriosa en sus ojos? ¿Qué significa esto?

—¿Qué significa esto? —digo, verbalizando mi pensamiento. Es demasiado importante como para no hacerlo.

—Significa que yo a lo mejor sentía algo parecido por ti.

—¿A lo mejor?

El camarero deposita las cartas en un borde de la mesa y se retira.

—Espera, ¿tú estabas enamorada de mí? —le pregunto.

—Ahora ya da igual que lo diga. Sí, estaba enamorada de ti. Pero tú nunca te decidiste, creía que no te interesaba, o que no te interesaba lo suficiente. De hecho, llegué a pensar que eras *gay*.

—¡¿Qué?! ¿Yo *gay*? Perdona, pero el maricón aquí eres tú. Bueno, en realidad no sé muy bien lo que eres.

—Soy transexual. Un hombre atrapado en el cuerpo de una mujer, o lo era. Y lo de *gay* lo digo porque jamás me mencionaste a otras mujeres, o novias que hubieras tenido, y tampoco te lanzaste conmigo.

—Pero a ti te gustaban los hombres. ¿Eso ha cambiado?

—No, no ha cambiado.

—Entonces ahora eres *gay*.

—No. Digamos que me he percatado de que me atraen más las mujeres. Soy bisexual, en realidad. Por suerte mi orientación casa bien con mi transformación, pues, en definitiva, prefiero a las mujeres.

—Mmm, ¿ya no queda nada de mujer en ti?

—Ya veo en lo que piensas cuando te explico algo muy importante para mí.

—De acuerdo, pero... ¿te han puesto ya el muñequito entre las piernas?

—Como comprenderás, no voy a responder a esa pregunta viendo las malas maneras y la falta de educación y de sensibilidad por tu parte.

—Recuerda que me quieres.

—Te quería. Y ni siquiera, sólo era un enamoramiento tonto.

La pregunta que le he hecho sobre su miembro es clara. Diáfana. Obvia, transparente. Pero sabía que no me la iba a contestar. Yo deseo conocer la respuesta. Ya que mi vida se ha convertido en un carnaval, voy a intentar que sea divertida e interesante; mi propósito a partir de ahora: descubrir si Amanda puede ya orinar de pie.

—¿Cómo te metiste en la banca, Amanda? Tú ibas para actriz.

—Por favor, llámame Amador —me contesta mientras sostiene amaneradamente una copa de vino blanco.

—¿Por qué? —pregunto con curiosidad.

—¡Porque soy un hombre!

—Pues aún tienes que trabajar en tus maneras. Se te notan las maneras, Amanda.

—¡Amador!

—Sí, eso.

—Si me demuestras que das señales de aceptarme como soy ahora, te contaré el porqué del cambio de mis aspiraciones laborales... Aunque no sé, no te veo tolerante.

—Yo soy muy tolerante. Tanto que me voy a ir de fiesta esta noche contigo.

—¿Sí?

—Sí, en honor a nuestro antiguo amor, que se marchitó cual flores en el verano tardío. Cual ancianos ante la siega de la muerte. Cual cerveza al sol.

—Qué poeta. Voy a necesitar alcohol. Mucho alcohol.

—Y yo, Amanda, y yo.

El resto de la cena transcurre por derroteros más “normalizados”. Llega un punto en que incluso el camarero ha dejado de tener miedo de acercarse a nuestra mesa, pues nuestra conversación se ha tornado inofensiva. Tras la comilona, que para mi grata sorpresa supera la apariencia del local, nos dirigimos a un lugar cercano de copas. No es que la conversación allí mejore o se torne más interesante en algún turbio sentido, pero no puedo dejar de notar ciertas oscilaciones inesperadas en el interior de mi mente. Y en ello parece haberse dado una correlación directa con la cantidad de alcohol ingerido. En la penumbra del local, bombardeado por los ritmos insidiosos de una música electrónica que habría hecho bien en quedarse dentro del cerebro que la ideó, mis venas asaltadas por batallones de moléculas alcoholizadas y

mi rabia y melancolía sacadas a relucir, con un toque de añoranza por los tiempos en que estaba perdidamente enamorado de una mujer, que era una mujer de la cabeza a los pies y de los pies a la cabeza, contemplo las facciones de Amanda, tan reminiscentes de mis emociones más profundas, con una obsesión de la que ella hace acuse de recibo y me habla en estos términos:

—Ernes, me miras igual que cuando pasábamos las tardes juntos en mi casa, hace cinco años.

La ingesta de licor ha sido de las que tienen consecuencias. Ambos tambaleantes, no tenemos otro remedio que caminar de vuelta a su casa apoyándonos el uno en el otro.

—Duerme en mi casa, el hotel te pilla lejos. Vivo solo.

Produzco un berreo afirmativo. No soy capaz de emitir una respuesta más clara, pero él me entiende. Caminar hasta mi hotel se me antoja una odisea mayor que la Ulises. Además, pese al baño etílico en que se lava mi alma, no he olvidado el propósito que me he auto-asignado hace apenas unas horas.

Necesito comprobar si la transformación de Amanda en Amador está completa.

No me pasan desapercibidos varios intentos de Amanda por darme un abrazo, y además sentido, justo antes de retirarse a su cuarto y tras haberme mostrado el de invitados. Los esquivo con dificultad y me encierro en la habitación. Pongo la alarma para media hora.

Transcurrido dicho lapso, deambulo, tambaleante, por las estancias del apartamento de Amanda. Tropiezo con la puerta de su habitación. Espero no haberle despertado. Eso echaría por tierra mi estrategia de esperar media hora. Abro la puerta. No veo nada. Coloco los brazos por delante de mí y llego hasta su cama, no sin darme el golpe de rigor en la espinilla. ¿Por qué duelen tanto los golpes ahí? No noto movimiento. Amanda no parece ser de las de sueño ligero. Tanteo el lecho y toco su pierna. Es peluda. Sigue sin moverse. Continúo trepando por su extremidad, hasta llegar a su holgado pantalón de pijama. Deslizo la mano hasta el lugar donde debería encontrarse su miembro viril.

Y ahí está.

Para asegurarme de que no es postizo o relleno, introduzco la mano dentro del pantalón. En efecto, allí hay un pene con sus correspondientes testículos.

Lo manoseo bien para cerciorarme de que todo está en orden. En principio parece una operación correctamente realizada. ¿Cómo habrá conseguido Amanda estos aparatos? ¿Serán de un muerto?

—Maldita Amanda, ¿me cambiaste por esto? Eso no está bien, ahora vas a ver.

El camino de ida y vuelta a la cocina se me hace más llevadero, ahora que el motor de la rabia impulsa mis músculos. Tijeras en mano, entro de nuevo en su cuarto.

—No se puede ir contra natura, Amanda.

Toco de nuevo su cuerpo. Se encuentra en la misma postura en la que lo dejé. Palpo para encontrar de nuevo su pantalón. Lo bajo lentamente un palmo y blandito las tijeras, cual arma de liberación.

—Maldita seas, tú y yo íbamos en camino de tener algo muy bonito.

Coloco las tijeras abiertas sobre la base de su miembro y comienzo a cerrarlas.

—Y lo vamos a tener.

Mirando retrospectivamente y reflexionando desde el interior de estas cuatro paredes carcelarias, quizá no haya valido la pena. Los resultados han sido desfavorables para todos. Amanda ha perdido su miembro viril y ganado una depresión. Tampoco debería haber arrojado su pene, a través de la ventana, a los perros del callejón, pues de haberlo recuperado no me habría exigido una indemnización tan alta. Y, en fin, yo me pudro aquí pagando condena por mi delito.

—¿Me puedes traer un café, por favor, Matías?

El seguridad gruñe, pero me hace el favor. Sé que en el fondo siente simpatía hacia mí. Conoce mi caso. Es una impresión que he notado también en algunos compañeros presos.

—Gracias —le digo cuando me lo trae.

Con el primer sorbo del divino líquido, lo veo todo más claro. Es increíble hasta qué punto somos pura química. En todas las esferas de la vida, incluidas las relacionales. Pues el amor es química también. Sólo se trata de hallar la fórmula correcta.

Y creo que la acabo de hallar.

Unos días después, cuchillo en mano, el cual me ha costado muchísimo trabajo conseguir, me lo coloco en la base del miembro en la comodidad de

mi catre. Antes he hecho referencia a la poca importancia que tiene la pérdida de la cordura. Insisto. ¿Para qué esforzarse en mantenerla, en esta breve y absurda vida? En la penumbra de mi celda sigo mis conexiones mentales desbaratadas. Son mis únicas amigas ahora y me comunican lo que he de hacer.

Amanda verá un acto de amor en la acción que me encuentro a punto de perpetrar. Él ha perdido su pene, le regalo el mío. Él prefiere a las mujeres ahora; pues bien, comienzo mi transformación desde este momento. Ya no habrá obstáculos.

Por fin podremos estar juntos.

7. La cafetería del mar

Selana se secó el sudor de la frente y apoyó la fregona contra la pared. Lo único que le apetecía era salir a mirar las estrellas. Y, con suerte, el reflejo de la luna en el agua. Esa imagen siempre le había parecido evocadora y relajante. Le dijo a su jefe:

—Salgo dos minutos a tomar el aire, estoy muy cansada.

—Que sea uno —le respondió la voz de Rhand desde el despacho. Se oía el tintineo de las monedas de la caja registradora.

Selana agarró su café (descafeinado, pues era tarde) y salió a la terraza. El ímpetu del viento veraniego la zarandeó y casi le hizo derramar la bebida. Se apoyó en la barandilla y contempló el firmamento. La luna era atravesada por unos cirros afilados, mas se colaba suficiente luz como para apreciarse el vaivén de las olas.

—No soy feliz. Es lo único que sé. Esto ha de cambiar —dijo para sí.

Todos los clientes se habían marchado, así que no le importaba pensar en voz alta.

—Cuando era pequeña no me imaginaba que mi vida sería así.

Degustó el sabor del café mientras se daba la vuelta y apoyaba la espalda en la baranda. Esa cafetería en mitad de la nada, *en mitad del mar*, una estrecha franja que la conectaba con tierra, y agua, agua por todas partes; eran los elementos que conformaban su mundo. En un principio la idea de trabajar ahí le pareció atractiva, pero con el tiempo se dio cuenta de que era un trabajo más, con las estúpidas normas de siempre y el jefe molesto de turno. Cinco años allí le hicieron sentir que se estaba perdiendo algo, que debía mover ficha y descubrir el mundo. Rhand, al contratarla, le aseguró que todo sería diferente en ese trabajo, que sólo debía ser paciente; que sería feliz en ese lugar.

—Bah, menuda bobada corporativa. Seguro se la hicieron decir. —Ya lo veía salir de la trastienda para ir en su busca—. No, desde luego que no me imaginaba mi vida así.

—¿Y cómo te la imaginabas? —contestó una voz de mujer a sus espaldas, desde el mar, que causó un enorme sobresalto en la muchacha. Se le cayó el café al agua.

Selana no tuvo oportunidad de indagar; tenía a Rhand delante de ella.

—Espera, Rhand, un minuto más. He notado...

—Ni un minuto ni medio. Hemos de cerrar y me quiero ir a casa. Para dentro.

A regañadientes, Selana caminó con Rhand hacia el interior del establecimiento, concluyendo para sí que estaba cansada y oía cosas que no existían más que en su cabeza.

—Rhand, ¿puedo preguntarte algo?

—Ahora no, por favor, acaba tu turno y luego si quieres charlamos mientras andamos hasta los coches.

Por la pasarela, que a Selana le daba la impresión de que se prolongaba con el paso del tiempo, ambos caminaron juntos por enésima vez.

—Rhand...

—Estás habladora hoy, ¿eh?

—Sí.

—Bueno, di.

—¿Cuáles eran tus sueños de niñez?

—¿De verdad? No me esperaba una pregunta tan cursi. Estoy cansado, los únicos sueños que me interesan son los que voy a tener esta noche durmiendo.

—Rhand, en serio. Tú y yo deberíamos hablar más, nos pasamos el día juntos y aun así no sabemos nada el uno del otro. No nos relacionamos con otras personas en todo el día.

—¿Y los clientes?

—Yo no contaría a los clientes. Con ellos la relación es distinta. Y tú enseguida me miras mal si me entretengo demasiado con alguno de ellos.

—Regento un negocio. Mucho tiempo invertido en un cliente es tiempo tomado de otro.

—No es de eso de lo que te quería hablar. Te estás yendo por las ramas.

—Es que no estoy de humor, Selana. ¿Por qué no me preguntas cuáles son mis sueños de niñez a la hora de la comida, por ejemplo?

—¿Qué mejor que hacértelas en esta pasarela marina bajo la noche estrellada?

—Si por algo te valoro como trabajadora es por tu persistencia, y la estás demostrando una vez más. Hablemos de cosas profundas. Tú ganas.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu sueño?

Rhand se tomó su tiempo para responder. Contempló las baldosas de la

pasarela y finalmente dijo:

—Bucear por el fondo del mar.

Selana se detuvo en seco.

—¿De verdad?

—Sí, Selana. Sí. ¿Te dice algo que montara una cafetería mar adentro?

—¿Por qué no me lo habías contado nunca?

—Nunca me lo habías preguntado.

—Yo creía que la cafetería estaba ubicada de esta manera como reclamo para clientes. Aun así, sigues sin cumplir tu sueño, ¿verdad?

—Siempre hay maneras alternativas de acercarse a los sueños de uno.

—No me parece suficiente.

—Sé que no es lo mismo. Pero es lo que hay.

—¿Por qué no te compras un traje de buzo y lo cumples? No me parece un sueño tan inalcanzable.

—Me da respeto el mar.

—Vaya, un empresario que monta un negocio en mitad del mar resulta que le tiene miedo.

—Yo no he dicho miedo. He dicho respeto.

—Bueno, no te sulfures, no voy a tentar tus ganas de hablar ahora que lo he conseguido. ¿Por qué quieres visitar el fondo del mar? Si es que me quieres responder a eso.

—Es mucho intimar por hoy, Selana, y además hemos llegado al aparcamiento. Buenas noches.

—¡Pues mañana me lo cuentas!

—Ya veremos. —Y, sin embargo, a Selana le pareció que ésta última frase no la dijo Rhand, pues era una voz femenina y parecía provenir del mar.

Selana ya tenía preparada su estrategia, y la pondría en marcha al día siguiente. Se había pasado toda la noche reflexionando, y vio más claro que nunca que no había venido al mundo para trabajar en ese lugar aislado. Así que durante toda la siguiente jornada pidió trabajo a los clientes sin que Rhand se enterara. Tras servir a cada uno de ellos, en el momento en que recogía la cuenta y la propina, les despedía con un casual “por cierto, si tienen trabajo para mí háganmelo saber. Me gustaría cambiar”. Tan ilusionada estaba con su nueva idea, que, cuando le preguntó a Rhand a la hora de la comida por qué quería visitar el fondo marino y éste le contestó con gruñidos varios, no insistió.

Al atardecer quedaban pocos clientes. Se sentó unos minutos en la terraza.

—Así que por eso me sacabas el tema de los sueños. Te estás replanteando cosas —dijo Rhand, sentándose a su lado.

—¿Cómo?

—Quieres cumplir tus sueños lejos de aquí, ¿no es así?

Selana, perpleja, no supo qué decir.

—¿Crees que no me iba a enterar de que has estado pidiendo trabajo a mis clientes?

—Yo no he estado...

—No te atrevas a mentirme. Si tanto deseas trabajar en otro lugar, coge tus cosas y márchate. Estás despedida.

Selana recorrió la pasarela, por primera vez sola desde que empezó a trabajar allí hace cinco años. Y de esa manera le pareció más larga que nunca. No es que la compañía de Rhand hubiera sido estimulante, sólo era su única opción. Un silencio sepulcral la acompañaba, sólo interrumpido por el suave mecer de las olas a ambos lados.

De repente sintió una extrañeza inusual, que no fue capaz de explicarse. Una sensación de que el mundo había cambiado, con su consiguiente vértigo rampante, la inundó. En un principio pensó que ello se debía al hecho de que acababa de ser despedida. De un trabajo que no la autorrealizaba, pero despedida al fin y al cabo. A nadie le agrada el rechazo, del tipo que sea, y un despido es un rechazo. Sin embargo, la extrañeza parecía abarcar más y proyectar largos tentáculos. Incluso le pareció que el color del mar a su alrededor era más añil, más mate, más oscuro. Sacudió la cabeza y miró al frente. Llegaría hasta el aparcamiento en la costa, entraría en su vehículo y conduciría hasta su casa, donde se echaría en brazos de su familia para ser consolada, y al día siguiente le sonreiría a la vida por haberle empujado, si bien de manera brusca, a perseguir su sueño. Pues, si quería cumplir su sueño, dejar el trabajo era un paso que tendría que tomar tarde o temprano.

—Bueno, de vuelta a la realidad. Todo parece normal ahora.

Cuando ya se hallaba a unos veinte metros del aparcamiento, una sensación más aguda aún de irrealidad la azotó como un viento marino.

—¿Estás segura, Selana? —le preguntó una dulce voz a su derecha.

Provenía del mar.

Asomada a la barandilla de la pasarela, Selana no distinguió a nadie en

aquella dirección. Sólo agua. Sin embargo, si todo había cambiado ahora, ¿qué le impedía desviarse un poco del trazo tan convencional que se había marcado para las próximas horas e investigar de una vez por todas quién era esa submarinista (o lo que fuera) que la perseguía y la acosaba? Se quitó las zapatillas, dejó la mochila en el suelo y se lanzó al mar.

La profundidad era escasa a esa altura, al fin y al cabo se hallaba próxima a la costa. Veía a través del agua sin problemas gracias a los hilos blancos de la luz de la luna. Las rocas en el fondo y una exigua fauna marina fue lo único que contempló Selana al sumergirse. Sin embargo, percibió un extraño temblor. Supuso que se trataba de una corriente marina. Intentó aguantar todo lo que pudo sin respirar; su rabia le forzaba a desear resolver cuanto antes el asunto de las voces que le hablaban. Vio, entre dos rocas, un vaso de café de su cafetería. “Hay clientes muy cerdos”, pensó, para inmediatamente darse cuenta de que ya no eran sus clientes y por tanto no debían importarle.

De repente el onírico panorama que se desplegaba ante sus ojos se oscureció. ¿Una nube había cubierto la luna? El cambio le produjo un estremecimiento. Las corrientes marinas comenzaron a empujarla con mayor vehemencia. No podía resistir mucho más, necesitaba salir a la superficie y respirar. Se movió frenéticamente hacia arriba mas sintió que ahora la corriente la empujaba hacia abajo. El pánico hizo presa de ella. Imprimió más fuerza a sus extremidades y consiguió aproximarse a la superficie. Un segundo antes de emerger, le pareció vislumbrar una silueta en las profundidades. Parecía un hombre orondo y de pelo largo.

¿Rhand?

La bocanada de aire que inhaló al salir le produjo un enorme placer, pero éste le duró poco pues la imagen que observó al hacerlo le sobrecogió. El cielo estaba *rasgado*, a falta de una palabra mejor. Nubes de un gris casi negro jalonaban un cielo de un extraño color morado. Percibía distorsiones en algunas partes del firmamento, como si se tratara de un dibujo emborronado. Y la luna... estaba herida. Unas líneas rojas la cruzaban, y juraría que manaba sangre de ellas. Le aterró tanto la imagen que se zambulló de nuevo, una vez recargados los pulmones. Si no fuera porque los ojos se le llenaron de agua, sabía que en su lugar lo harían las lágrimas. Buscó a la figura que había identificado como Rhand, pero no la halló. Quizá se había movido. Buceó en la dirección en que le pareció verlo, y tras unas rocas finalmente lo encontró, de espaldas en el fondo marino, agachado al lado de lo que parecía

una figura humana inerte.

Las corrientes remitieron y pudo aproximarse a ellos. No le cupo duda de que se trataba de Rhand. Le tocó el hombro y éste se giró, mostrando unos ojos desorbitados que parecían ver a través de ella. Velaba a la persona que yacía junto a él: una chica joven de hermoso rostro, con un vestido de colores y zapatos relucientes. ¿Estaba muerta?

—Hola, Selana. Siento haberte despedido —dijo Rhand.

Pudo escucharlo perfectamente pese a que se encontraban bajo el agua. Unas burbujas temblorosas brotaban de su boca.

—No pasa nada. Trabajar en la cafetería del mar no era lo que quería.

—¿Y qué querías?

Ahora la voz de Rhand se hallaba cargada de paciencia y comprensión, atributos que jamás había mostrado con ella antes.

—Eso no importa ahora. ¿Quién es ella?

—Es mi hermana pequeña. Murió por mi culpa.

—¿Estás seguro de que está muerta? Si te digo la verdad, no lo parece. Quizás esté dormida.

—¿Bajo el agua?

Selana sacudió la cabeza de nuevo. Otra vez la sensación de extrañeza la agarrotó. ¿Era ése el mundo en el que había vivido sus veinticinco años, o acaso había traspasado un umbral que la había transportado a uno semejante, pero a la vez diferente?

—Hace más de veinte años ella desapareció cuando celebraba con sus amigos una fiesta en la playa de noche —dijo Rhand—. Por supuesto, había mucho alcohol, locura e inconsciencia veinteañera. El caso es que cuando alguien se dio cuenta de que ella no estaba, había pasado demasiado tiempo como para que la encontraran.

—Pero la has encontrado tú.

—Sí, por fin. Y tarde, nunca volverá a ser la misma. ¿Me comprendes, Selana? —No. Ciertamente no entendía nada, y se estremeció al constatarlo una vez más—. A los tuyos les cuesta entender la vida, lo siento, Selana. No te dejes guiar por tus sentidos, creo que van a empezar a ser tus enemigos.

Selana reaccionó al fin. Hasta esa tarde su vida había sido normal y predecible, hasta podría calificarla de aburrida. Sin embargo, todo lo que le estaba sucediendo desde que su jefe la despidiera no podía ser real. Tenía razón cuando intuyó que el mundo había cambiado. De repente recordó que tenía que respirar y nadó frenéticamente hacia la superficie. Rhand alzó un

brazo y gritó:

—¡Selene!

Mas ella no detuvo su carrera. Sólo esperaba no toparse con la imagen de la luna herida y el cielo desencajado una vez más. Quería que las cosas volvieran a ser aburridas. Respiró hondo al entrar en contacto con el aire, y se topó con un cielo normal, y con una luna de aspecto corriente. Trepó a la pasarela y, sin preocuparse por hallarse mojada, se colocó los zapatos. Cargando con su mochila, reanudó su marcha hacia el aparcamiento. Cuando por fin entró en su coche y lo arrancó, se convenció que había vuelto todo a la normalidad. Regresaría a su casa y descansaría; al día siguiente comenzaría a buscar trabajo, en un lugar que la hiciera más feliz que la cafetería del mar.

Echó un último vistazo a ésta a modo de despedida silenciosa; no halló la estampa pacífica que esperaba. Rhand corría por la pasarela con el cuerpo de su hermana en brazos. Se dirigía hacia donde Selana se encontraba. Conforme se acercaba, la imagen fue cambiando. La silueta de su jefe fue adoptando tonos oscuros, indefinidos, su rostro una mueca terrorífica y sus rasgos tintes más de monstruo que de ser humano. Transcurrieron apenas unos segundos cuando Selana fue testigo de cómo una bestia deforme y horrorosa daba saltos sobre su capó, mirándola con unos ojos viscosos y repletos de ansiedad. La hermana yacía en el suelo, hecha un guiñapo.

Selana parpadeó con fuerza varias veces y cuando volvió a mirar a su capó no había nada. Examinó su alrededor y tampoco. Sin embargo, ya no se encontraba en el aparcamiento.

Sino en la pasarela.

Confusa, salió del coche. Sintió que algo había embotado su mente durante la hora anterior, pero ese algo se había marchado y podía pensar con claridad. El motor del coche estaba en marcha, pero la parte delantera mostraba una ligera abolladura, como si acabara de sufrir un impacto. Los faros se encontraban encendidos.

E iluminaban algo...

Algo tendido en las tablas de madera de la pasarela. Algo que sangraba y que no se movía. Algo con la forma de su antiguo jefe. El cadáver de Rhand.

8. El hacha de Caicay

—Gracias por recogerme, hermano —digo mientras cierro la puerta del coche—. Llevo más de veinte kilómetros con el dedo levantado, me duele el metatarso de la mano. Al menos los metatarsos de la espalda los tengo acostumbrados a mi mochila gigante.

—No hay de qué. ¿Cómo te llamas? —dice él mientras vuelve a arrancar.

El tío es un hombre enorme, debe de pesar más de cien kilos, y más de ciento veinte. Me cuesta creer que pueda entrar y salir de este coche, y que sus piernas no se le atasquen por debajo del volante al frenar o acelerar.

—Me llamo Caicay.

—¿Caicay? ¿Qué nombre es ése?

—Pues uno, hermano.

—¿Y cuántos años tienes?

—No lo recuerdo.

—¿No? Yo tengo diecisiete.

—En cada pierna. Venga, eres mucho más mayor. —Me mira con desconfianza. Prefiero que mire a la carretera, así que le pregunto—: ¿Y tú cómo te llamas?

—Jesús.

Se concentra en la carretera y no habla durante los siguientes minutos. Al final le digo:

—Oye, hermano, disculpa si te he ofendido. Estoy agradecido de que me lleves. Eres la única persona con corazón que ha aparecido hoy.

—Tranquilo, no hay problema. Es verdad que tengo unos cuantos más años. ¿Pero qué importa?

—¿Qué importa? Sí, es verdad, qué importan esas mierdas. Lo importante es que estamos vivos, y podemos dar y recibir amor. No me malinterpretes. Paz.

—Estás un poco chalado, ¿no? El mundo está jodido.

—¿Todo bien, hermano? Te veo estresado. Me puedes contar tus problemas si quieres.

—Nada, tranquilo. Estoy bien.

—Somos dos viajeros que se han encontrado en un cruce de caminos y quizá no se vuelvan a ver. Aprovecha para soltar toda tu mierda. Jesús, suéltala.

—No tengo mierda que soltar. Soy el mejor. Odio a mi familia y no tengo amigos, pero no tengo mierda que soltar.

—Yo no tengo familia, y mis amistades duran semanas.

—El trabajo es una mierda, pero soy el mejor. Nadie me quiere, todos me odian, no tengo novia desde hace trece años. Pero no te preocupes, porque yo soy el mejor. Los sábados por la noche me pongo programas basura en la tele y engullo hamburguesas dobles, y después me meto en el cuerpo varios boles de palomitas mientras empiezo películas que nunca termino. Pero no te preocupes, Caicay.

—Eso es, hermano. Suéltalo. Sigue.

—El mundo es una gran bola apesotosa que si sigue girando va a comenzar a esparcir mierda por la galaxia. He pensado muchas veces en lo fácil que sería acabar con todo, y no sé por qué te estoy diciendo esto.

—Mira, una cosa te digo. No importa lo que hayas hecho o lo que hagas, mereces respeto siempre. Incluso si cometes errores, eres digno de recibir amor. No importan tu apariencia, tus aptitudes, tu peso, tu edad ni nada. Vales la pena. Nadie puede quitarte eso. ¿Todo eso lo sabes, hermano?

—Sí que lo sé, soy Jesucristo.

—¿Cómo?

—Me llamo Jesús, ¿recuerdas? Mi madre no me puso ese nombre en vano. Pero ya te digo que no te preocupes. Hace un par de meses viajé a las Islas Vírgenes por trabajo y aproveché para violarme a una furcia de catorce años. Eso me hizo sentir bien. Tengo que buscarme a otra pronto, porque como ves me estoy viniendo abajo.

—¿Qué has dicho?

El ruido del tráfico y de la música me impide estar seguro de lo que he oído. Bajo el volumen del aparato.

—Que violé a una chica de catorce años. En las Islas Vírgenes. Tiene gracia, ¿no?

—Esa mierda está mal, hermano. Muy mal.

—Me has dicho que podía soltarte toda mi mierda, que éramos dos desconocidos que no volverían a verse y que paz y amor y toda esa basura *hippie*.

—Eso también está mal, hermano, no insultes mis creencias.

—Bueno, está bien. Encima de que me escuchas, no te trato bien. Disculpa.

—Olvidado. Pero no tienes remordimientos por lo de la niña, tío...

¿Tienes remordimientos?

—Remordimientos, ¿por qué? Soy Jesucristo.

—No. Jesucristo no violaría a una muchacha de catorce años.

—Sí que lo haría, Jesucristo puede hacer lo que quiere.

—No es así cómo funciona el rollo, amigo.

—Vas a ver.

—Voy a ver, ¿qué?

No me contesta pero acelera. Y no debe, puesto que delante de nosotros sólo hay coches parados en un semáforo. Entonces da un volantazo hacia fuera de la carretera, donde se encuentra un empleado de carreteras junto a su camión de cemento.

—¡No! ¿Qué haces, loco? —le grito. Estiro los brazos para alcanzar el volante, pero el peso de mi mochila y el manotazo que él me da en la cara me lo impiden.

Jesucristo estrella su coche contra el trabajador.

Yo estoy ileso, pero el empleado no lo parece. Salgo corriendo del coche y me acerco para ayudarle. Tiene las piernas atrapadas entre el coche y el camión, mientras se queja a grito pelado. A unos pocos metros hay una autocaravana de comida rápida, atendido por dos mujeres. Las dos salen alarmadas, una de ellas corre para ayudar también. Jesús permanece dentro del coche y no hace nada: ni lo mueve, ni sale de él, ni parece preocupado por lo que acaba de provocar. Al verlo, la mujer, que se dirigía hacia él, cambia su rumbo y trata de socorrer al empleado, que aúlla como un lobo en luna llena. Me dirijo hacia Jesús para sacarlo del coche a ostias y poder mover yo el vehículo. Al ver a la mujer, Jesús sale con una velocidad que no me esperaba. Miro el tamaño de la puerta y me vuelve a sorprender que haya cabido por ahí. Es un tío muy grande. Como un oso. De hecho, agarra a la mujer por detrás y le hace el abrazo del oso. En dos segundos así la puede matar. La mujer está rellenita también, pero nada comparada con él. Ese cabrón puede romperle el cuello con facilidad, como si fuera un lápiz. En fin, él lo ha querido.

—¡Si tú eres Jesucristo, yo seré tu Anticristo!

Rebusco entre mi mochila mi pequeña hacha de mano, que tan útil me ha sido siempre y que de tantos problemas me ha sacado. Esta vez me va a sacar del mayor de mi vida. O, mejor dicho, del de la vida de la mujer. Levanto el hacha y asesto golpes, uno tras otro, uno tras otro, en la cabeza hueca de

Jesús. A los aullidos del trabajador se unen los de éste, y veo cómo empieza a salir la sangre de entre su pelo enmarañado.

—¡Hijo de puta, malnacido, te mereces morir! —le grito—. ¡Tú no eres Jesucristo! ¡No le llegas ni a la suela del zapato! ¡No, hermano, ni a la planta del pie, porque él era tan humilde que no usaba zapatos, y tú violas niñas en las Islas Vírgenes y atropellas trabajadores de carreteras!

Pierdo la cuenta de cuántas veces le clavo mi hacha en la cabeza, pero incluso cuando ya está en el suelo sin moverse sigo cebándome con su azotea. La mujer me coge de los hombros:

—¡Ya está bien, muchacho! ¡Ya está!

Le doy unos cuantos hachazos más y paro. Hay sangre por todas partes.

¿He matado a Jesucristo?

Eso creía, pero no. El maldito oso es resistente como él solo. La policía llega; por suerte los testigos no dudan en defenderme. El empleado se encuentra bien, si no tenemos en cuenta unos cuantos huesos rotos. La policía me toma declaración y me obliga a esperar un buen rato. Al final se llevan a Jesús y al empleado, éste último en camilla. Mientras la mujer me lleva del hombro hasta su establecimiento, pienso en lo que acabo de hacer.

—Es la ola más grande que he surfado en mi vida, hermana.

Con el café humeante entre las manos, la música de ukelele de fondo y las dos mujeres haciéndome caso, cada una a un lado, me siento mejor.

—Al final todo se reduce a dar amor, hermanas. El amor que recibís es igual al amor que dais. Una cosa os digo. No importa lo que hayáis hecho en el pasado, merecís respeto siempre. Incluso si cometéis errores, sois dignas de recibir amor. No importa vuestra apariencia, aptitudes, altura, edad ni nada. Valéis la pena. Nadie puede quitaros eso. Todo eso lo sabéis, ¿verdad, hermanas?

9. Luchar por amor

Soy de la opinión de que hay que darlo todo por amor. Ésta es la fuerza que mueve al mundo, la que nos impulsa a hacer grandes cosas, muchos gurús empresarios y de éxito lo dicen, y si tantos lo dicen no pueden estar equivocados. Las personas a las que amamos son únicas y se merecen toda nuestra atención, y qué menos que lo demos todo por ellas. Sin embargo, como todo el mundo sabe, no siempre las relaciones triunfan aunque uno de los dos lo dé todo. Es necesario que ambos lo hagan. Relataré mi historia amorosa truncada, para demostrar que por mi parte sólo surgió amor y devoción, y por la de él ingratitud y crueldad.

Nos conocimos a través de una aplicación de móvil para conocer gente. En cuanto vi su foto, algo cambió dentro de mí. No sé por qué, pero sabía que él daría que sí a la mía y que pronto podríamos hablar. Era como si el destino me estuviera susurrando *spoilers* al oído de lo que iba a suceder. En efecto, a la hora ya se nos abrió el *chat* para conversar. Al principio he de confesar que me pareció una persona *normal*, por decirlo así. Un hombre de treinta y ocho años, soltero, estatura media, calvicie a mitad de evolución, su domingo ideal consistía en barbacoa en el jardín y tarde de fútbol. No he conocido nunca a un hombre más estándar. Sin embargo, yo sabía, *algo dentro de mí me lo decía*, que era un hombre especial. Y yo quería descubrir qué era. Este factor me mantuvo enganchada a él durante los primeros días de conversación a través de la aplicación, y durante nuestras primeras citas en persona también. Fue lo suficiente para enamorarme.

Las mencionadas primeras citas fueron bien, con muchos nervios y emoción por mi parte, y creo que en ese punto también por la suya. Al menos al principio. Después me pareció que se acomodaba a la situación y me trataba como si me conociera de toda la vida. Eso me hizo sentir cierta familiaridad y seguridad, pero el problema es que la situación cambió con rapidez. Al sentir esas positivas reacciones por su parte, comencé a implicarme más en nuestra relación y a preocuparme más por él. Sin embargo, esto se lo tomó de mala manera. Yo sólo quería saber qué hacía cuando no estaba conmigo, pero no me lo decía.

—¿Por qué lo quieres saber? —Prácticamente me escupió la pregunta tras su sorbo de café.

—Bueno, sé que te gusta ver deportes y tomar cervezas con los amigos —

comencé, amable—, pero me gustaría saber qué más haces. Pasamos mucho tiempo separados el uno del otro. ¿Te estoy agobiando?

—Un poco, ahora que lo dices. Me escribes demasiado.

—Ah, ¿sí?

Me rompió el corazón con ese comentario. Mi alma hundió un pie en la piscina de dolor que impregnaría mi vida en esa época.

—Sí, me preguntas muchas cosas. Parece que lo quieres saber todo.

—Quiero saber todo de ti porque me vuelves loca.

—Ya veo que te vuelvo loca —dijo, mientras torcía el gesto en una mueca que me desagradó. Tampoco era el tipo de comentario que esperaba.

—Y más que lo voy a estar.

Pagué mi consumición y me marché. Deseé hacerle la vida imposible a quien yo había abierto las puertas de mi corazón sólo para que aparcara dentro su desidia y desprecio. ¿Desde cuándo mostrar interés por alguien es causa de repudia? Me sentí herida y ofendida.

Durante las siguientes semanas intensifiqué mis mensajes con él. Le preguntaba cómo le había ido el día, a qué hora se había despertado, a cuál había vuelto del trabajo, qué había hecho después de éste, qué estaba viendo en la tele, qué estaba cenando y qué pijama llevaba puesto. Al principio contestaba mis preguntas, pero pronto pasó a hacerlo sólo con algunas de ellas, y además con malos modales. A los pocos días, dejó de contestarme en absoluto. Le pregunté qué le pasaba, por qué no me contestaba, y se me ocurrió que quizá le había pasado algo. Sabía que no era así, que sólo me estaba evitando, pero la excusa de preocuparme por él me animó a visitarle en su casa. Ya no nos veíamos en persona, y eso me tenía alarmada. No podía deshacerse de mí tan fácilmente.

Fui a su adosado cerca de la medianoche, tras haberle inundado el teléfono de mensajes preguntándole dónde estaba, qué le pasaba y por qué no me contestaba. Al llegar, observé que las luces se encontraban apagadas. Por suerte, había sido previsor y me había hecho una copia de su llave. Pasé la cancela de su jardín y me dirigí con pasos cautelosos hasta la puerta. Con una maestría en sigilo que no creía poseer, abrí, entré y cerré. Con mayor prudencia todavía, subí las escaleras hasta su habitación. Tenía la puerta abierta, pude observar que dormía a pierna suelta. Acerqué un taburete a su cama y me senté. Esperé a que mis ojos se habituaran a la oscuridad y entonces me dediqué a observarlo. Al menos seguía vivo. No le había

ocurrido nada. Si había dejado de hablarme es porque no quería saber nada de mí. Pero no, eso no lo podía permitir. Me tenía allí, en su cuarto, contemplando su respiración tranquila mientras soñaba con mundos prohibidos para mí. Sabía, porque me lo había dicho y yo lo había comprobado, que tenía un sueño profundo y resultaba difícil despertarle. Aproveché eso a mi favor. Quería examinar a mi hombre. Me levanté del taburete y comencé a desnudarme con sensualidad. Le dediqué un *striptease* que el muy ingrato no observó. A los pocos minutos me encontraba totalmente desnuda. Me metí en la cama con él. Encendí la aplicación de linterna del móvil y alumbré su cara. Tenía bastante fe en que no se despertaría por ello. Llevaba la barba crecida, pues era viernes y se afeitaba sólo los domingos. Me encantaba el aspecto rudo que le daba esa barba descuidada. El poco cabello que tenía estaba despeinado, y una camiseta de tirantes me permitía contemplar sus brazos y parte de su pecho. Sentí un fuego en mi interior. Ése era mi hombre, y no estaba dispuesta a que se marchara de mi vida. De ninguna manera. Acaricié su cuerpo lentamente, primero su cara, su cuello, y después su pecho. Continué descendiendo por dentro de su camiseta, y noté la humedad entre mis piernas. Agarré su mano y la dirigí a ese punto, que yo abrí para él. Sin embargo, tras unos segundos de disfrute, un atisbo de razón me golpeó: no era el momento. Hube de contenerme y detener nuestras manos; no deseaba que se despertara y pensara que soy una chiflada que se cuela en su casa y en su cama de noche.

Unos papeles sobre su mesita de noche llamaron mi atención. Salí de la cama y la rodeé para llegar a ellos. Se trataba de un billete de tren. Me fijé en los detalles. El muy malnacido tenía previsto marcharse al día siguiente de viaje, a pasar el fin de semana en la capital. Y los billetes eran para una persona. ¿Dónde encajaba yo en ese viaje? En ningún sitio. Me estaba excluyendo.

Mi sangre se fundió en mi piscina de dolor interno. No podía aceptar que se fuera sin mí. ¿Qué se le había perdido en la capital? ¿Por qué se marchaba sin avisarme? No lo consentiría. ¿Acaso iba a citarse con alguna furcia lejos de mí? Dejé el billete de tren en su mesita, y lo observé a él durante diez minutos más, allí plantada en la oscuridad.

Me apetecía matarlo. Asfixiarlo con la almohada, sacarle los ojos... Pero no. Yo quería irme de viaje con él. Y lo haría. Me vestí, volví corriendo a mi casa y compré el mismo billete de tren para la capital.

No necesité mucho tiempo para hacer la maleta, de hecho agarré una mochila, la llené de ropa y salí de casa. Sin embargo, volví a entrar en ella para coger el cuchillo más grande y afilado que tenía en la cocina. Lo acomodé entre las telas y me dirigí a la estación. Vi a mi hombre desde lejos. Estaba solo. Si iba a verse con una zorra, al menos no era con una de mi ciudad. El gentío de la estación me permitió seguirlo sin problema por el andén y después por el interior del tren. Localicé dónde se sentó y yo lo hice unas diez filas de asientos más atrás. Durante el aburrido viaje me dediqué a mirar en Internet las mejores maneras para deshacerse de un cadáver.

Mi hombre se dirigió directamente a un hotel de mala muerte. Hube de esperar en la calle para registrarme después de que él subiera a su habitación. Por suerte, pese a que yo no sabía cuál le habían asignado, el recepcionista me alojó a mí en la contigua. Lo supe porque se trataba de un edificio antiguo y las paredes dejaban pasar todos los sonidos; pude captar cómo deshacía la maleta y sus pisadas por dentro del cuarto. Pegué mi oído y aguardé a que llamara a alguien por teléfono. Si iba a verse con alguien, sería un buen momento para contactarle y decirle que ya estaba allí. Sin embargo, no lo hizo. Y mantuve mi oreja pegada a la pared durante al menos una hora, hasta que por fin decidió abandonar el hotel. Escuché cómo se duchaba, se vestía, se preparaba y salía por la puerta. Aguardé unos minutos y salí yo. Antes de ello guardé el cuchillo en un bolsillo interior de mi cazadora.

Al salir a la calle, pude atisbarlo al final de ésta, justo antes de que girara hacia otra. Corrí y desde entonces me fue fácil perseguirlo. Se paseó por la ciudad. Parecía un turista, mirando a todas partes y caminando despacio. Finalmente, se sentó en una terraza y pidió una cerveza. ¿Era allí donde se citaría con su furcia?

Busqué una terraza cercana e hice lo propio. Agarré un periódico de los que tenían en el local y, siguiendo el cliché de detectives, me cubrí con él mientras lo observaba desde el borde. Qué pena que no completara la imagen con una gabardina y un sombrero.

Mi hombre parecía disfrutar del sol y de la cerveza. Se sentaba en una postura relajada con las piernas estiradas. No era consciente del escaso tiempo de paz que le restaba, a él y a su prostituta. Supuse que pronto la llamaría. Pero no lo hizo. ¿Estaba esperando a que ella saliera de trabajar o algo por el estilo?

El día fue agotador.

Después de la cafetería, deambuló durante el resto de la mañana por otras partes de la ciudad. Fue a comer a un restaurante (yo comí en uno cercano desde el que podía vigilarlo), y después visitó el estadio de fútbol. Qué tortura. No tuve más remedio que entrar yo también. Más tarde dio otra vuelta, esta vez por un centro comercial y se dirigió al hotel para descansar. Escuché, oído en pared, cómo se quitaba ropa y se tumbaba en la cama. Por suerte, en todos los lugares a los que había ido había mucha gente y no tuve dificultades para camuflarme. En ningún momento efectuó una llamada telefónica. Quizás ahora era el momento, ¿qué mejor que llamar a su furcia cuando él estaba ligero de ropa en su cama de hotel?

Pero tampoco ocurrió.

Cuando salió para cenar, de nuevo lo seguí pese a las ampollas que me habían brotado en los pies. Cenó solo en un bar bastante cutre, con una tele que proyectaba fútbol. ¿En serio? ¿Ése era su plan? En esta ocasión no pude esconderme bien pues no había locales cercanos, así que me quedé en un portal en la acera de enfrente, lo más discreta que pude.

Pero no fue suficiente. Cuando estaba terminando de cenar, y coincidiendo con el descanso del partido, me vio. Primero frunció el ceño como para asegurarse de que sus ojos no le engañaban. Traté de disimular pero fue tarde. Pagó la cuenta y salió en mi dirección. No traté de escapar. Si había uno que debía escapar del otro, era él de mí. Por su bien.

Cruzó la calle mirándome con expresión de asombro y se plantó frente a mí.

—¿Tú qué haces aquí? —me preguntó.

El guantazo que le propiné se escuchó por toda la calle. Varias personas se giraron, pero continuaron su camino tras mi mirada amenazante.

—¿Dónde está tu puta de la capital?

—¿Perdona? —Su rostro cambió totalmente y expresó un odio intenso—. ¡Estás loca! ¿Piensas que he venido aquí para verme con alguien y me has seguido? ¿Cómo te has enterado de que venía? Yo no te lo dije.

—Te visité anoche y vi el billete de tren.

—¿Qué? ¿Entraste en mi casa?

—Y en tu cama. Estuve a punto de matarte, pero no lo hice. Prefería hacerlo después de saber con quién vas a verte aquí.

—Estás completamente loca. Te voy a denunciar a la policía ahora

mismo...

—¿Dónde está ella?

—¡No hay ella! ¡He venido a la capital para alejarme de ti, simplemente! ¡No te aguanto! Voy directo a la policía, esto es acoso.

—No, no vas directo a la policía. No he podido averiguar quién es tu furcia, pero no importa.

Ya tenía una mano dentro de mi abrigo, aferrada con fuerza al mango del cuchillo. Ello me permitió extraerlo con rapidez y atacar al que había creído mi hombre. Pero no era más que un espantajo, un deshecho, escoria humana. Le asesté varias cuchilladas en el cuello antes de que pudiera reaccionar. Aunque se defendió después, estos primeros envites fueron suficientes para ponerlo a mi merced. La sangre manaba de su yugular con un brío similar al de una fuente. Sus piernas se doblaron y me miró con ojos de cordero degollado, y nunca mejor dicho. Había incompreensión en sus ojos, melancolía y quizá remordimiento.

—Estaba en tu mano hacer las cosas bien —le expliqué—. No quisiste. El juego se juega a mi manera, ¿sabes?

Hundí el cuchillo varias veces más, en la clavícula, las costillas y los brazos. El charco de sangre que se formaba a sus pies se extendía como una alfombra que lo llevaba a la antesala de la muerte. Las personas que había cerca se detuvieron en su andar y en un primer momento quedaron petrificadas por la escena, pero pronto se abalanzaron sobre mí y me arrebataron el cuchillo de las manos. Mientras me neutralizaban, observé cómo los ojos del hombre que tanto quise, ya desde las baldosas del pavimento, buscaban respuestas entre los recovecos de mi alma.

Alma mía que había abandonado la piscina de dolor y se dejaba inundar por un bálsamo de profunda indiferencia por lo que había de suceder a partir de entonces. Ya nada importaba.

10. En la linde

No sé qué hago aquí.

Me encuentro rodeado de mentes igualmente dispersas, sólo que en ellas es posible que lata el sordo sonido de la ambición. De manera que aún siguen en mayor o menor medida, alrededor de la onda. Yo, por mi parte, me encuentro lejos. Soy un valor atípico, extremo, un *outlier*, como dicen los *snoobs*. Mientras resuenan en las marmóreas paredes los inertes armónicos de la voz de la ponente, un tensor ubicado en algún retiro de mi interior se rompe. Lo noto. No estoy loco; simplemente percibo el sabor del desgarró. Constató que me he roto.

Tras varias charlas en las que apenas he sido capaz de prestar atención a media frase, nos permiten descansar durante media hora para el café. Corro hacia la máquina para ser el primero en servirme. El líquido cae, indolente, mientras lo contemplo como si contemplara la caída de mi espíritu en las negras profundidades. Cuando tomo el primer sorbo, corroboro mi descenso a los infiernos. El tensor desgarrado ahora se baña en un mar de agua sucia. Que me sirvan un mal café me lo tomo habitualmente como un insulto. En las circunstancias presentes, lo vivencio como la más flagrante de las ofensas. Dejo la taza sobre la mesa y me dirijo al baño a enjuagarme la boca.

Cuando salgo, un hombre de alrededor de cincuenta años entra. Es entonces cuando experimento mi primer impulso destructivo. Dicho impulso no se ejecuta debido a que mi propia sorpresa es una fuerza mayor en intensidad. El hombre se salva, y no por falta de deseos de asesinarlo por mi parte. Percibe mi mirada y me la devuelve brevemente, continúa su camino. Inconsciente de que acaba de salvar la vida.

Unos días después vuelvo a sentir un impulso similar. Derrotado emocionalmente tras mi jornada laboral, decido salir a dar un paseo. Mis pasos me hacen desembocar en un parque demasiado grande, con demasiadas zonas oscuras y demasiado inhóspito en la más que probable opinión de mi víctima. Nada más verla me enerva la idea de que esté paseando sola a esta hora avanzada de la tarde. ¿Cómo se atreve? Es joven, no es el lugar adecuado para ella. Este tipo de pensamientos son nuevos para mí. Nunca antes me habría irritado algo así. Y existe una ausencia completa de deseo

sexual. Sólo anhelo de muerte. Me dirijo hacia ella con paso acelerado y se gira, sobresaltada por el sonido de mis pasos. Su rostro muestra alarma al principio, y después miedo al constatar mi mirada fija en ella mientras acorto la distancia. Cuando repara en que poseo motivos aviesos, exclama, sobresaltada:

—¿Qué quieres?!

—Matarte.

Ella grita pero nadie más se encuentra en esta sección del parque. La agarro de la muñeca y del cuello, y la conduzco hasta unos árboles frondosos que proyectan generosas sombras. Las ramas inclinadas de un roble centenario son testigo de cómo la vida de la joven se diluye entre mis manos.

Manos que no sueltan presa de su níveo cuello hasta que siento sobre mi piel su último aliento.

Despierto con una lentitud mayor a la acostumbrada. Un malestar recorre mi cuerpo y mi mente. Mi contacto con las sábanas parece asegurado con pegamento. Durante varios minutos me siento más dormido que despierto. Los detalles de mis visiones oníricas aún rebañan los costados de mi cráneo. Dolor verdoso dentro de mi cerebro escolta mi retorno a la realidad. He soñado que soy un asesino... frío y despiadado. Sin sentimientos, sin ápice de compasión. Como un rompecabezas mi alma se descomponía y dejaba de tener sentido para siempre. Ha sido el peor sueño de mi vida. Y no me cabe duda de que es reflejo del vuelo bajo en que planeo en mi día a día. El perfil lamentable al que me he acostumbrado no me permite sentir mucho más regocijo del que he experimentado en mi travesía por los campos de Morfeo. Sin embargo, es mejor. Tiene que ser mejor. Cualquier cosa es mejor que eso.

El sudor recorre mi espalda mientras palpo el suyo con las yemas de mis dedos. Tiembla bajo mi contacto. No entiende lo que está sucediendo, a juzgar por la expresión de su rostro, pero no me importa. Sólo me importa aquello que puedo experimentar yo, en el aquí y en el ahora. El hedor de un contenedor abierto nos alcanza. En circunstancias normales desinhibiría mi apetito carnal; en las actuales, lo excita. La oscuridad del callejón nos envuelve como lo harían las sábanas de mi cama si nos encontráramos en ella. El frío hace crepitar nuestro vello corporal, pero yo disfruto de otras fuentes de calentamiento. Me es indiferente que ella padezca. Todo gira alrededor de mí.

Continúo deshaciéndome de sus prendas. Las lanzo, sintiéndome un jugador de baloncesto, al interior del contenedor. Creo que ella está vencida por el frío. No opone resistencia. Nadie la puede salvar. Nos encontramos en una calle trasera, a la que no dan puertas ni ventanas, ni es alumbrada por farola alguna, ocultos en la oscuridad de la noche. El murmullo de la ciudad nos es cercano y a la vez ajeno. Puedo deleitarme enteramente con mi presa. Quizá sea mi premio por la vida que me ha tocado vivir.

Voy a disfrutar del regalo, pues. Sólo cuando le arrebato el último trozo de tejido que la protege, me digno a explorar las zonas íntimas de su piel, igual que un niño que sólo comienza a jugar una vez ha retirado el envoltorio completo de su nuevo juguete. Pues así la veo, como una recompensa karmática por mis continuos reveses. Tras arremangarme me percató de que ella se halla inactiva, más de lo que debería. La oscuridad no me permite observarla bien, pero sospecho que ha perdido el conocimiento. Hasta el más pequeño de sus músculos ha abandonado su tensión. Me aproximo a su rostro para comprobar su expresión. Tiene la mirada perdida bajo unos párpados entornados y la boca entreabierta. En efecto, se encuentra inconsciente. Eso añade un grado de interés a mi perversión.

Con un estremecimiento de excitación me despojo de mis ropas y acuso el filo del aire gélido sobre mis poros. Mas únicamente la violación que estoy a punto de perpetrar apagará este fuego.

¿Qué se ha roto en mí? ¿Y por qué se ha roto? Al tratar de enfocar la mirada hacia mi pasado, una turbia pantalla se erige, roja y dolorosa, entre mi conciencia y mis recuerdos, con el fin de impedirme comprender la raíz de mis acciones. Por tanto, en lo que a mí respecta, no hay motivo para ellas.

Un molesto sonido penetra mis tímpanos. Como un filo ardiente atravieso varias capas de materia cerebral para retornar al mundo real. Esa máquina del demonio, el despertador, sacude mi ser y al mismo tiempo lo salva. Otra pesadilla ha golpeado mis entrañas y me ha hecho experimentar una vida peor todavía que la que tengo. Si es que eso es posible. No sólo soy un asesino, ahora también un violador. El cual, por cierto, disfruta más si su víctima se encuentra inconsciente. ¿Estas ideas se originan en mí? Nunca he albergado una idea tan siniestra en vigilia, ¿cómo es posible que lo haya hecho durante el sueño? El sudor empapa mi torso y me cuesta despegarme de las sábanas. Me levanto para enfrentarme a otro horroroso día.

Cuando llego al trabajo, la oficina me parece más gris de lo habitual. Mis compañeros, en simbiosis con sus teléfonos, hablan en voz más baja de lo habitual también. Lo cual, por cierto, agradezco. Deben de haber olvidado tomar sus cafés mañaneros. Yo también, pero prefiero no desayunar que engullir el pútrido café de la máquina del pasillo.

No llego a sentarme en mi cubículo cuando acuso un doloroso apretón en el codo. Me giro. Es mi jefe, Octavio. Su cara se asemeja a la de un oso en plena escaramuza con otro de su especie, y no sólo por su gesto agresivo sino también por la gran cantidad de vello que puebla casi todos los recodos de su cara. Me arrastra hasta su oficina y cierra la puerta. No le importa si me siento o no, él sí lo hace y coloca sus enormes garras sobre la mesa.

—¡Como vuelvas a llegar tarde a tu puesto de trabajo, no entras más en esta empresa! Te he dado varios avisos pero no me haces ni caso. —Me siento lentamente. Echo mano al objeto que guardo en mi bolsillo—. Cuando tú llegas tarde haces que se acumule el trabajo para tus compañeros y para ti mismo cuando llegas, repercutiendo en que damos un peor servicio al cliente.

Me gustan desde hace tiempo las navajas suizas. Las colecciono, y desde que tengo una cantidad respetable siempre elijo una por las mañanas para llevarme a la calle.

—No he llegado tarde tantas veces, y además compenso con el gran trabajo que realizo aquí.

—¿El gran trabajo que realizas aquí? ¿Quieres hacerme reír o enfadar? ¿Cuál de las dos?

—Ninguna de las dos. Mejor sufrir.

Con la habilidad mejorada durante años en mis ratos libres, extraigo mi navaja suiza y abro una de las hojas más afiladas. La clavo en la mano izquierda de Octavio. La hundo hasta su base. El oso no grita. Efectúa un gemido y una mueca de dolor, pero no grita. De hecho, no hace nada más. No sé si es la sorpresa la que le impide reaccionar, pero aprovecho para remover el filo dentro de su carne y agrandar la herida. Descubro que lo estoy disfrutando. La sangre brota a pequeños pulsos. Tanto me interno en la tarea que no veo venir el otro puño de Octavio.

Es como un meteorito impactando sobre la Tierra. Todos los tejidos de mi piel y músculos faciales se retuercen. El tabique nasal se rompe. La mandíbula se desencaja, lo cual es acompañado por un atroz dolor. Mi globo ocular derecho se desplaza en una órbita que no es la suya. Mis dientes son

sacudidos hasta el nervio. Una cortina negra se cierne poco a poco sobre el escenario, para finalmente cubrirlo por completo. El dolor es tan intenso que mi alienada mente se desconecta. ¿Es, por fin, el sueño permanente el que viene a visitarme?

Ya no distingo la realidad del sueño ni, en mi caso, el sueño de la pesadilla. Tumbado en la cama y con dolor en la cara, no consigo recordar los acontecimientos del día. Tendido boca arriba, distingo en la oscuridad las humedades del techo. No es la mejor estampa para deleitarse la vista al tratar de dormir. Escucho ese siseo misterioso que sólo percibimos cuando hay un verdadero silencio. Y noto algo diferente... ha habido un cambio en mi cuarto; una sombra donde nunca hay una sombra. En ese espacio nunca hay nada, ningún mueble, ningún cuadro, ninguna silla. Sólo pared. Ahora hay una sombra. El sudor frío hace acto de presencia en mi piel. Muevo mis ojos a lo largo de esa forma desconocida, mas nada en ella me resulta familiar. Me percato de que parece tener una cabeza y unos brazos. ¿Es el karma el que viene a por mí? ¿He hecho en la realidad todos esos actos horribles?

Trato de moverme para escapar o al menos defenderme del intruso que habita mi cuarto, mas para mi sorpresa y terror mi cuerpo entero se halla paralizado. Sólo mis ojos se pueden mover.

La sombra se desplaza en mi dirección.

Tiene el tamaño de una persona, pero al mismo tiempo desprende un carácter... inhumano. Percibo unas protuberancias en su espalda que se despliegan mientras se aproxima. Abre los brazos y los coloca sobre mi lecho. Lo que estoy viviendo ha de ser irreal... Sin embargo, lo experimento como horrorosamente cierto. El miedo se me concentra en el estómago y me provoca arcadas. La silueta oscura se está posando sobre mí. Coloca los brazos a ambos lados de mis hombros y las rodillas a ambos lados de mis caderas. El colchón se hunde bajo su peso. Percibo otra protuberancia en la parte baja, a modo de cola larga y oscilante. Mis ojos inspeccionan con horror todos los detalles. Me resulta especialmente malicioso que sea la única parte de mi cuerpo que puedo mover. Trato otra vez de infundir energía a mis extremidades, pero nada. Es como si una camisa de fuerza invisible me mantuviera inmóvil. Por fin me atrevo a observar su rostro, pero la oscuridad no me permite apreciar demasiados detalles. Unos ojos malévolos y unos dientes prominentes. Unos salientes extraños en su frente. Acerca su rostro a mí, acompañado por el resto de su cuerpo. Me orino encima. El demonio

sigue acortando la distancia hasta que entra en contacto conmigo. Está caliente y desprende un olor que recuerda a algo que ha permanecido cerrado mucho tiempo. Su rostro toca el mío. Experimento una sensación nueva y al mismo tiempo comprensible. *Noto como si yo fuera cada vez menos.* Sucumbo al más profundo de los terrores. Mi esencia se escabulle entre mis órganos, mis músculos y mi piel, y el ser apostado sobre mí parece crecer con tan valioso alimento. Sus ojos se iluminan poco a poco; él prospera mientras yo me desactivo. Ojalá esto sea un sueño. Esto sí, sobre todas las cosas, deseo que sea una inenarrable pesadilla. Nada más que una pesadilla.

Sin embargo, yo cada vez me siento menos yo. Cada vez queda menos de mí, hasta que apenas permanece el suficiente yo como para decir... soy.

11. Encerradas

Prisas. Tras toda una tarde de largas horas en que podrían haber recogido y haberse marchado, ahora Lía y Numi tienen prisas. Lo cual no es óbice para que Numi trate de concluir algunos asuntos, justo cuando la facultad está a punto de cerrar.

—Déjame que envíe este correo.

—¿Ahora? Envíalo cuando llegues a casa.

—Lo tengo casi redactado, mira... no lo voy a dejar así...

—Numi, ¿te crees que Vicon Mártez va leer tu correo a estas horas? —Lía se queda un momento pensando y finalmente se contesta a sí misma—: Bueno, sí, es probable.

—Es sólo un segundo.

Lía mira la hora preocupada. Nunca se han quedado hasta tan tarde. Son más de las nueve. La hora en que normalmente suena la sirena de aviso de cierre.

—¿Por qué no suena la sirena? ¿Se cierra más tarde hoy?

—Noo —contesta Numi girándose en su silla—. ¿Por qué iba a cerrarse más tarde hoy?

—¡No lo sé, envía tu correo!

Cuando Lía y Numi salen del despacho, lo notan todo muy oscuro.

—Uy, han apagado las luces —dice Lía.

—Estará programado para que se apaguen a las nueve.

Lía saca su móvil y activa el modo linterna. No tardan en percatarse de los siniestros que parecen los pasillos de la facultad iluminados de esa forma.

—Numi, a ver si nos han dejado encerradas...

—Calla, no llames a la mala suerte. Seguro que no.

El ascensor no funciona.

—Venga, utiliza las escaleras por primera vez en tu vida —dice Numi.

—Oye, que yo utilizo las escaleras a veces.

—Sí, las mecánicas. Ilumina bien, no nos la peguemos.

De la misma manera en que un malévolo difunto descendería a los infiernos, así acometen Lía y Numi la bajada desde el cuarto piso a la planta baja de la facultad de psicología.

—Cómo cambia todo cuando no hay luz —dice Lía.

Más allá de dos metros sólo la imaginación alcanza a vislumbrar. En las esquinas se forman ominosas sombras, los escalones se asemejan a obstáculos insalvables colocados en ese lugar por una mente retorcida, y el silencio se convierte en heraldo de la muerte. Quizá Numi y Lía no tengan estas percepciones tan dramáticas, pero ello no implica que el narrador mienta.

Al llegar a la planta baja, más oscuridad y más silencio. No hay nadie. Los amplios pasillos que conducen a las aulas son recorridos por un aura de misticismo debido al contraste con su vibrante vida durante el día. Mas los ojos de Lía y Numi están fijos en otro lado: en la puerta, la cual se encuentra cerrada y tiene la persiana bajada.

—Lía... sí que nos han encerrado.

—Eso ya lo veo. ¿A lo mejor la puerta trasera aún está abierta?

Mientras atraviesan el vestíbulo a toda velocidad, la luz de la luna penetra los ventanales del patio interior e impacta en las baldosas y en sus rostros cargados de preocupación. Llegan a la puerta trasera. También se encuentra cerrada y con la persiana bajada.

—Mierda, Numi. Estamos jodidas.

—A ver, no es para tanto. Llamamos a seguridad y listo.

—Sí, pero como tarden en venir voy a perder mucho tiempo. Tengo que irme a casa a trabajar.

—¿De verdad? ¿No has tenido bastante por hoy?

—Como bien sabes, deposito la tesis la semana que viene. No hay tiempo para descansar ahora.

Numi teclea el teléfono de seguridad colgado en la pared junto a la puerta. Responde la voz del que parece un hombre que se ha emborrachado en una fiesta en un yate, ha naufragado y se ha ido de *afterhours* para olvidar el percance.

—Zeulen Seguridad, dígame.

—Buenas noches, una compañera y yo nos hemos quedado encerradas en la facultad de psicología.

—Pero vamos a ver, ¿y por qué no habéis abandonado el recinto al primer aviso?

—Porque no ha sonado ningún aviso.

—Siempre hay avisos. Debe de haber fallado. Si no me estás mintiendo. ¿De qué ciudad estamos hablando?

—De Metrópolis. Y no te estoy mintiendo.

—Ah bueno, nosotros hace meses que no trabajamos ahí.

—¿Cómo es eso posible? Hay un cartel junto a la puerta con el teléfono de tu compañía, por eso he llamado.

—Tenéis que decir que lo cambien. Espera un momento, tengo un compañero de trabajo que conoce a alguien que trabaja en la empresa que lleva ahora esa facultad. Se lo comento a ver si puede hacer algo.

—Yo no quiero que mires a ver si puedes hacer algo, quiero que *hagas* algo. Estamos encerradas, ¿lo entiendes?

—Ya me has dicho que estáis encerradas. Yo hago lo que puedo, y de hecho estoy haciendo más de lo que me corresponde.

El operador cuelga.

—¿Oiga? —No hay respuesta. La llamada ha terminado—. Qué fuerte, me ha colgado.

—¿Qué te han dicho?

—Que ya no trabajan con esta facultad pero que va a hablar con su *cuñado*, básicamente.

—¿Y cómo sabemos cuál es la empresa de seguridad que se encarga ahora de esta facultad?

—Pues no lo sé, porque no hay más carteles.

—Vuelve a llamar.

Sin embargo, antes de que Numi pueda hacerlo, algo atrapa la atención de las muchachas. Una figura se recorta contra el fondo en penumbra de uno de los pasillos. Se dirige a ellas. A esa distancia distinguen que se trata de un hombre al que le cuelga una porra del costado.

—¡Es el seguridad!

Comienzan a caminar hacia él pero entonces el hombre se detiene. De hecho, recula. Se da la vuelta y se apresura a andar sobre sus pasos.

—¡Eh! —grita Lía.

El hombre gira una esquina y se pierde de vista.

—Pero, ¿qué hace? —dice Numi—. Es el seguridad, le he reconocido.

—No lo sé, es muy raro. ¿Sabes cómo se llama?

—No.

—Era por llamarlo por su nombre, pero supongo que lo podemos llamar seguridad. ¡Seguridad! —Tras vencer la esquina, alcanzan a verlo girando la cabeza para mirarlas y perdiéndose tras otro recodo—. ¿Por qué huye de nosotras, qué le pasa?

Llegan al final del pasillo y observan cómo comienza a subir las escaleras.

—En serio... ¿por qué? —dice Numi.

—¡Seguridad! ¡Nos hemos quedado encerradas, ábranos, por favor!
Mas el hombre no responde y se limita a seguir subiendo.

—¿De verdad vamos a tener que seguirlo por ahí? —dice Lía.

—A ver, lo dices como si tuviéramos que atravesar una mazmorra llena de peligros. Son sólo unas escaleras. Vamos a ver qué pasa con este tipo. Tiene la llave y nos ha de abrir, sólo me interesa eso.

Lía y Numi comienzan el ascenso. La primera conecta de nuevo la linterna de su móvil. Notan que el seguridad, allá arriba, hace lo propio con su linterna de verdad. No hay ventanas que permitan iluminar esas claustrofóbicas escaleras. Gracias al resplandor que emite el instrumento del hombre pueden ver por dónde. Sube y sigue subiendo.

—Parece que quiera llegar hasta la azotea... Venga, Numi, presume de gimnasio y alcánzalo, por Dios.

La apelada va más adelantada. Aun así, el seguridad les lleva ventaja.

—Tienes razón, va a arriba del todo.

—A lo mejor es un suicida.

—Bueno, en ese caso vamos a salvar una vida. ¿Qué te parece?

—No sé, mi plan para esta noche no era ése.

Cuando llegan hasta arriba, se encuentran la puerta de la azotea abierta. Salen al exterior y distinguen al hombre corriendo por el tejado entre aparatos de aire acondicionado y tuberías, mirando hacia atrás, a ellas. Se dirige hacia una puerta que se encuentra allí que parece dar a una pequeña estructura, del tamaño aproximado de un aula.

—¿Qué es esa puerta? ¿Adónde lleva?

—Ni idea.

El hombre abre la puerta y entra, dejándola abierta tras él. Lía y Numi se detienen a un par de metros de ella.

—Emmm... no sé si deberíamos entrar ahí —dice Numi.

—¡Seguridad! —grita Lía— ¡Por favor, necesitamos que nos abra la puerta de la facultad! ¡No nos importan las cosas que haga usted aquí por la noche, nosotras no hemos visto nada! ¡Si se quiere suicidar, está bien también! Pero denos las llaves. —No hay respuesta; ningún sonido proveniente del interior. Además está oscuro—. ¿Pero qué le pasa a este tío, por qué huye de nosotras? ¿Le damos miedo o qué?

—O nos quiere conducir a ese cuarto...

—Esto me da mala espina.

Ambas se quedan mirando la entrada. Una luz parece encenderse en el interior, o quizás es la linterna que porta el hombre con él. En todo caso, es tenue y no permite distinguir detalles de la sala.

—Acércate, Numi, a ver.

—Sí, claro, acércate tú.

—Mejor le gritamos. ¡Seguridad!

—¡Por favor, denos la llave aunque sea! ¡La puede lanzar desde ahí!

La luz se apaga. Nada parece ocurrir en el interior durante segundos; después, durante minutos. Lía y Numi, petrificadas bajo la luz de la luna, acusando cada vez más los roces hirientes de la gélida brisa, contemplando un marco de puerta en la azotea de la facultad de psicología como si se tratara de una obra de arte, comienzan a sentirse estúpidas.

—¿Qué hacemos? —dice Lía.

—¿Habrá continuado escapando, tendrá salida el cuarto ése por otro lado?

—Deberíamos entrar, o nos quedaremos así toda la noche.

—Deberíamos... o no. Depende de cómo se mire. Ve y echa un ojo.

—Echa un ojo tú, no te jode. Yo estoy a punto de leer mi tesis.

—¿Y acaso yo no?

—Sí, pero yo estoy más cerca.

—¿Y qué? Mira, vamos juntas.

—Así morimos las dos, perfecto.

—¡Que no vamos a morir! A mí me da igual que el segurata éste sea un raro, le voy a quitar la llave y si hace falta que le pegue una paliza, se la pego.

—Así me gusta.

Enganchadas del brazo, ambas muchachas se dirigen hacia la puerta de la extraña estancia. Entre los nervios y el frío, comienzan a tiritar. Cuando alcanzan el umbral, siguen sin distinguir nada del interior. Lía extiende la mano y tantea la pared en busca de algún interruptor, pero sus dedos sólo encuentran algo colgado en la pared, como un póster, un cartel o algo por el estilo.

—¿Qué es este cuarto?

—Ni idea, de hecho no sabía que existiera. Quizás es un almacén. —Dan un paso más hacia el interior—. Enciende la linterna. ¿Por qué la has apagado?

—Porque tenía las manos congeladas.

Pero a Lía no le da tiempo a hacerlo.

La puerta se cierra de golpe a sus espaldas. Unos segundos después, la luz de la estancia se enciende y ven al seguridad en un lado, con la mano en el interruptor. Un habitáculo vacío y amplio, mas con las cuatro paredes abarrotadas de fotografías, hasta el punto de que no queda ni un solo espacio libre. Incluso parte del techo se encuentra cubierto por ellas. La mirada que el hombre les dedica transmite de todo menos confianza.

—Pero, ¿qué...?

—Lo siento, chicas —comienza el hombre—. No me tengáis miedo, por favor.

El seguridad es un hombre de unos treinta y largos, desgastado, esmirriado y encorvado. De los que te esperarías ver como figurante en una película de terror de serie B. Las chicas ya lo conocen, pero siempre ha formado parte del escenario. Casi como un mueble más de la facultad, uno en el que no te fijas a menos que tropieces con él.

—Sólo queremos que nos abras la puerta de la facultad —dice Numi.

—No voy a hacerlo. Al menos, no de momento.

—¿Por qué? —dice Lía.

—Porque antes quiero que escuchéis mi historia.

Lía mira a su alrededor, a la cantidad enorme de fotografías que cubren las paredes, y se percata enseguida de lo que tienen en común. Todas son fotos de chicas jóvenes, como de perfil de red social.

—Parece que tu historia va a ser larga de contar —dice.

—No, para nada —responde el hombre con un deje de ansiedad en la voz—. Lo triste de mi historia, en el fondo, es lo corta que es de contar.

Pasado el susto inicial, a las chicas les parece una persona inofensiva. Numi incluso piensa que verdaderamente podría darle una paliza. Sin embargo, no deja de inquietarles a ambas su cara de loco. Por lo pronto, lleva una porra... Lía se da la vuelta y echa mano del pomo de la puerta para salir. El hombre reacciona con rapidez, extrae su arma y se acerca a ellas.

—No os vayáis. De verdad, necesito que escuchéis mi historia.

—Y yo necesito terminar mi tesis doctoral.

—No tengo a nadie. Necesito un hombro sobre el que llorar.

—¿En serio? —dice Numi con desprecio.

—¿Y tiene que ser el nuestro? —apunta Lía.

—Sí, habéis sido lo bastante torpes como para quedaros encerradas. Llámalo karma si quieres...

—Me cago en mi karma.

—Cuéntanos lo que nos tengas que contar —interviene Numi—, pero que sea rapidito. Después nos abrirás, ¿no?

—Sí, sí. Os abriré la puerta de la facultad o las entrañas, depende de si me habéis escuchado de verdad o no. ¡Es broma!

—Por favor... como te llames —dice Numi—. No es el momento de bromear.

—Cuéntanos tu estúpida historia de una vez.

—Me llamo Miquel. Y no llames estúpida a mi historia, Lía.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Sé el tuyo y el de Numi. Y el de muchas otras... Sólo tenéis que mirar las paredes. Os podéis encontrar si os buscáis.

—No tengo tiempo de buscarme —dice Numi—. Dime dónde estoy.

—Vale, vale. Estáis aquí vosotras —responde Miquel, señalando con el dedo un par de fotos a su izquierda, que se encuentran juntas. Ambas chicas se acercan y comprueban que, efectivamente, sus fotos están allí, una al lado de la otra, con sus nombres escritos a mano.

—Son nuestras fotos de perfil de Facebook, y este tío las tiene aquí colgadas... —dice Lía. Su compañera arranca las fotografías de la pared y las rompe en pedazos, mientras dice:

—Ya no.

—Bueno, no pasa nada porque las quitéis. Las volveré a imprimir.

—No lo harás.

—Por favor, dejadme contar mi historia de una vez. A lo mejor me comprendéis y todo.

—No creo. ¿Quiénes son las demás chicas? ¿Estudiantes de la facultad?

—Sí.

—No puedes conseguir su amor en la vida real y te dedicas a mirar sus redes sociales y a bajarte sus fotos —continúa Numi—, creándote aquí una especie de santuario raro del fracasado.

—Bueno, más o menos. Aunque dicho así suena feo...

—Porque lo es.

—Por favor, estoy muy mal —dice Miquel dando un paso hacia las chicas con los ojos vidriosos—. Yo no deseo mal a nadie, pero la vida no me ha tratado bien. Comprendedme, mi mundo es un espejismo.

—¿Pero qué clase de bicho raro eres? —interviene Lía.

Miquel titubea unos segundos antes de contestar. Se restriega un ojo con la

mano y mira hacia abajo.

—Soy un íncel.

—¿Un qué?

—Es una palabra que viene del inglés, pero no sé inglés, así que no me preguntéis si significa algo. Sólo sé que somos una comunidad muy grande, y nos comprendemos entre nosotros. Somos hombres que... digamos que no hemos tenido mucha suerte con las mujeres.

—No es cuestión de suerte —contesta Numi—. Es muy fácil echarle la culpa a un factor externo.

—¿No es cuestión de suerte haber recibido unos genes que me han hecho tan feo?

—Si crees que para las mujeres lo más importante en un hombre es el físico —dice Lía—, es que los ínceles no habéis entendido nada.

—Sí que lo entendemos, porque los *chads* son hombres atractivos y se llevan a todas las mujeres.

—¿Los qué? —dice Lía— ¿Pero cuántos conceptos raros tiene vuestra secta?

—No es una secta. Dejad de ofenderme ya, o no salís de aquí. Los *chads* son esos hombres que están en lo alto y se llevan a todas las mujeres. Hay más conceptos de los ínceles, pero no me sé más. No sé mucho yo.

—Has de saber que esto que haces —dice Numi— de colgar fotos es bastante patético. ¿Qué esperas conseguir con ello?

—Pues entre otras cosas, no mataros a todas. Los ínceles matan gente, en concreto mujeres y *chads*. Pero yo soy tranquilo. En vez de matar, cuelgo fotos. Deberíais darme las gracias.

—Sigue siendo patético. Y no te veo capaz de matar a nadie.

Miquel muestra furia en el rostro, pero acto seguido se vuelve a ablandar.

—Lo paso muy mal. Trabajo de sol a sol en una de las facultades con más mujeres de media. Durante todo el día observo chicas a las que nunca podré besar, abrazar, tocar, ni siquiera hablar. No sabría de qué hablar con ellas. Con vosotras.

—Ahora estás hablando con nosotras —dice Numi.

—¿Quieres que le cuente esta triste historia a cada chica con la que entable conversación? Sería la primera vez y la última en que se pararían a charlar conmigo. Por eso he dicho que mi vida es un espejismo. Veo cosas con mis ojos muy cerca de mí, pero siento que no forman ni pueden formar

parte de mi vida.

—Eso en realidad no es así —dice Numi—. Tú has hecho que sea así con tus creencias y expectativas.

—Así habláis los psicólogos, ¿verdad? Mucho pico y poca pala. Yo lo que veo es que unos pocos se llevan a todas las mujeres y no dejan nada para los demás.

—Entonces sé uno de esos pocos. Esfuérzate, mejora tu vida, y deja de poner excusas.

—No es así cómo funcionan las cosas...

—¿Nos vas a explicar tú, segurata —interviene Lía—, cómo funciona la psicología a nosotras, que somos psicólogas?

—No me llames segurata.

—Mira, Miquel —dice Numi—, no quiero polemizar contigo ni abrir un debate interesantísimo sobre las relaciones interpersonales ahora mismo. Tampoco te voy a preguntar cómo has conseguido los nombres de las alumnas para buscarlas en *internet*. Yo sólo quiero salir de aquí. Ábrenos y mañana te prometo que te busco y charlamos de todo esto.

—Yo no tengo nada más que charlar con vosotras. Como os he dicho, mi historia era corta de contar. Siempre he sentido el rechazo. Nunca he besado a una chica. Por supuesto, nunca me he acostado con una.

—Bueno, pues si ya nos has contado tu historia, ábrenos.

—No. Voy improvisando sobre la marcha. Antes al veros he decidido llevaros hasta aquí para contaros mi historia. Ahora que ya lo he hecho, he decidido que quiero algo más.

Las mentes de Lía y Numi bullen con las mismas ideas. Se miran la una a la otra con preocupación.

—No vamos a tener sexo contigo, Miquel —dice Numi.

—¿Por qué piensas que iba a pedirlo eso?

—¿No... era eso? —dice Lía.

—Tampoco vamos a besarte.

—No, no quiero eso. Yo no fuerzo a nadie ni lo he hecho nunca. Que tenga esta sala llena de fotografías debería daros una pista de que no hago daño a nadie. Otros ínceles en mi situación se dejarían de fotos y os violarían aquí y ahora.

—¿Entonces qué quieres de nosotras? —pregunta Lía.

—Sólo... un abrazo.

—Ah, vale, eso sí te lo podemos conceder. Mientras no huelas mal...

—Un abrazo con cada una. Pero no un abrazo de visto y no visto, sino sentido. Que note bien vuestras tetas aplastadas contra mí.

—Esa última frase me echa un poco para atrás —dice Lía.

—Pues empezaré con Numi.

Numi se queda mirándolo unos segundos en silencio y termina de convencerse de lo apocado del muchacho. No hay peligro. Abre los brazos y recibe a Miquel. Éste se lanza apasionadamente sobre ella. El abrazo dura más de lo deseado por Numi, mas le sabe mal hacérselo saber a alguien que está comenzando a llorar. Las lágrimas se deslizan sobre el hombro de Numi.

—Ya os dije que sólo quería un hombro sobre el que llorar. Os lo dije desde el principio.

—Vale, vale. —A Numi no se le ocurre otra cosa mejor que decir.

Miquel no aligera la presión de sus brazos. De hecho, comienza a masajear la espalda de la chica. Ésta, a su vez, le da palmaditas en la suya. Sin embargo, transcurridos unos instantes más, la situación se torna incómoda para Numi, quien lo empuja.

—Ya está bien, hombre.

Sin apenas dar tiempo a Lía a verlo venir, Miquel se lanza sobre ella y ejerce el mismo abrazo lloroso-opresivo. Ella lucha por encontrar algo de comodidad entre los brazos del seguridad pero la fuerza que éste imprime es asfixiante.

—Relájate, Miquel —dice, tratando de respirar.

El abrazo se torna más normalizado, incluso tierno. Lía y Numi cruzan miradas de resignación y al mismo tiempo diversión. Comienzan a pensar que lo ocurrido esta noche no pasará de ser una anécdota que contar a los amigos entre cervezas. Sin embargo, justo en ese momento telepático, las manos de Miquel descienden hasta las nalgas de Lía y permanecen allí, sorprendiéndola tanto que no es capaz de reaccionar. Su amiga, en cambio, empuja a Miquel y los separa.

—¡A mi amiga ni la toques, atontao!

Sin pensárselo dos veces, la iracunda muchacha cierra su mano sobre el aparato reproductor del seguridad, aplicando tanta presión como le es posible. El hombre emite unos gemidos que cesan pronto, pese a que no lo hace el férreo agarre de Numi. De hecho, para sorpresa de las muchachas, comienza a sonreír. La sonrisa se torna exageradamente pronunciada e incluso se ríe con regocijo.

—No puede ser que le esté gustando —dice Numi—. No recuerdo haber aplastado nunca nada con tanta fuerza en toda mi vida.

—Suéltalo, y que nos lo explique.

Numi cesa su agarre.

—¿De qué te ríes, tonto?

Miquel recupera la compostura y mira a Lía y a Numi como quien acaba de resolver un problema que lleva mucho tiempo torturándole.

—Es la primera vez en mi vida que no le debo un orgasmo a mi propia mano.

12. Mi mejor amiga

Relato escrito en colaboración con Nohelia Yáñez.

En mi mundo había dos personas: mi mejor amiga y yo.

Ella era dulce, carismática y generosa; yo, amargada, repugnante y tediosa. A ella le agradaba el color azul del mar y del cielo, a mí el rojo de la sangre y el fuego. Ella lucía el cabello largo y suelto, yo maltratado y por partes rasurado. Ella gustaba de pasear en bicicleta, yo de volar en motocicleta; ella de contemplar el arte sobre el lienzo, yo sobre la piel. Ella era luz pura, yo el vórtice del negro. A ella le gustaban las flores que tamizaban el campo, yo prefería la tormenta inclemente que las anegaba. Ella escuchaba a Ricardo Arjona, yo a Cancerbero. Ella era batido de fresa, yo cerveza, ella felpa, yo cuero. Ella era estudiosa, yo cuando encontraba la motivación. Ella tenía muchos amigos, yo sólo la tenía a ella. Me hablaba en clases y la ignoraba, para evitar que su reputación se desplomara por mi culpa. Yo intimidaba a todo el mundo con mi antipática mirada, ella buscaba mis ojos con los suyos.

Su nombre era Marina, y el mío no importaba. Éramos mejores amigas.

Aquí sentada en la sombra, recapitulo mentalmente para entender cuál fue el pistoletazo de salida para la tragedia. El germen fue un chico que a Marina debió de parecerle atractivo, aunque a mí me suscitara la impresión contraria. Según las pringosas palabras que brotaban de su boca, era de compleción fuerte, cabello castaño, ojos café, tez morena y de coeficiente tan alto como para ser el más inteligente del instituto. Esto último, por supuesto, nunca me lo creí. Se conocieron de la manera más odiosamente cliché: ella salía del aula, él venía por el pasillo. Chocaron. Observaba la pútrida escena a una distancia prudente, suficiente para despreciarlos con todo mi corazón.

—Me llamo Iriel, mucho gusto —se presentó él ofreciéndole la mano y blandiendo una falsa sonrisa. El muy idiota tenía nombre de mujer—. Discúlpame, he sido muy torpe, no he mirado por dónde iba.

—No, no, ha sido culpa mía, he salido con mucha prisa, cuando en realidad ni siquiera la tengo. —Risita tonta y caída de ojos.

—Bueno, entonces si no tienes prisa podrás decirme al menos tu nombre.

—Ay, sí, qué maleducada. Marina. —Dos besos.

—Y aparte de chocarte con gente por los pasillos, ¿qué te gusta hacer? —

¿De verdad le estaba preguntando eso? Mi amiga se reía, yo en cambio no me lo podía creer.

—Pues... pasear ahora en otoño alrededor del instituto, dando patadas a las hojas caídas. —Por favor... No le podía haber dicho algo más ñoño. Era verdad que le había dado por hacer esos paseos últimamente, pero se lo estaba poniendo en bandeja al imbécil ése.

—Las clases han terminado por hoy y el ocaso va a empezar... ¿Por qué no hacemos juntos eso que acabas de decir? Con mi móvil puedo hacer buenas fotos. —Por supuesto tenía que presumir de algo material para impresionarla.

—¡Oh, sí! ¿Por qué no?

Y así fue cómo, por primera vez desde que nos hicimos amigas, Marina dejó que volviera sola a casa desde el instituto. Me asignó una butaca en el salón del olvido, me hostigó con su candente indiferencia, me empujó contra las estacas del rechazo. Sé que mis palabras suenan grandilocuentes, pero reflejan exactamente cómo me sentía.

Las semanas transcurrieron. Marina e Iriel establecieron una relación. La distancia entre ella y yo aumentaba a medida que disminuía la de ellos. Yo actuaba con normalidad, como si no me importara, permitiéndole su espacio. Si ella era feliz, todo estaba bien, o al menos eso era lo que una parte de mí contestaba cuando otra le preguntaba.

Marina me abordó tras una tarde en la que había salido con Iriel.

—Ay, no te imaginas lo bien que lo he pasado.

—¿Por qué? ¿Qué habéis hecho?

—Ha sido increíble. Hemos subido a la montaña rusa y me ha cogido de la mano cuando íbamos hacia abajo sin que yo se lo pidiera, es muy caballeroso. Luego, justo cuando estábamos en lo más alto de la rueda de la fortuna se ha ido la luz. ¡Nos hemos quedado atascados allí arriba durante más de quince minutos! ¿Y sabes lo que ha hecho él? Hablarme de otras cosas, estar tranquilo y contagiarme esa calma. También nos hemos besado... pero bueno, eso al final. Luego hemos visitado la casa de la bruja, que tenía tumbas de las que salían manos y se ponían a caminar, con telarañas por todas partes y un payaso zombi que nos asustaba en cada esquina, pero nada de eso me importaba porque él ha aprovechado cada rincón oscuro para besarme, ¡ay, me vuelve loca! Y es que la tarde no ha terminado ahí, en el cuarto de los espejos hemos...

En realidad, dejé de escucharla. Ya sólo podía prestar atención a mi brebaje de sentimientos encontrados. Por un lado, me sentía feliz de que al fin me dirigiera la palabra, de que me dedicara más de diez minutos seguidos aunque fuera para hablarme del idiota de Iriel. Y, por otro, a un nivel cuyas tapias se comenzaban a resquebrajar, se cocinaba algo que no me gustaba ni siquiera a mí, amante de lo negro, prohibido y perverso. Con un par de patadas ajusté las esclusas a su sitio y le respondí a Marina:

—Me alegro por ti.

Ellos dos cenaban, mirando enfrascados la película, mientras yo me preguntaba por qué mi plato estaba vacío. Marina volvía a olvidarse de mí. No me podía creer que hubiera hecho cena para dos. Lo narrado anteriormente sólo fue un episodio breve e insólito, en el que ella deseaba divulgar a los cuatro vientos su viscosa felicidad. Hube de llamar para pedir una *pizza* y cuando la recibí me encerré con ella en mi cuarto.

Una vez más recordando desde mi lugar en la sombra, visualizo cómo ella expresaba confusión ante mí. Me confió que Iriel le había pedido dar “el paso”; no hace falta que explique de qué se trata pues a nuestra edad no puede haber más “el paso” que *ese* paso. Ella argumentaba que si él en verdad la quería esperaría a que estuviera preparada.

—Marina, si tú no quieres hacerlo ahora, se lo tienes que hacer saber. No te puede obligar, te tiene que respetar...

Pero mi amiga se había marchado antes de que pudiera terminar de pronunciar la última palabra.

El reloj del salón marcaba las tres de la madrugada. Nunca había clavado la vista tan fijamente y durante tanto tiempo en un objeto. La desesperación me dolía en lo más hondo, y me puse a cocinar (sí, a esas horas) para sobrellevarlo. Marina tenía que volver a mi casa pues en teoría se había quedado a dormir conmigo.

Pero no volvía, y cada sonido del segundero se me empotraba en las entrañas.

Sé que el pollo no tenía la culpa pero aun así pagó las consecuencias. No importaba, estaba muerto. Con furia lo trocéé en mil pedazos con el afilado cuchillo pese a que estaba preparado para ser cocinado de una pieza en el horno. Y Marina no volvía.

Sentía un violento ardor bullir dentro de mí. Finalmente, mientras troceaba la zanahoria, que acabó más fina que si la hubiera pasado por el rallador, la puerta del piso se abrió de golpe. Mi amiga entró en un estado deplorable: tambaleándose, hipando y apestando a alcohol. La ayudé a que no tropezara con los muebles y la arrastré hasta el cuarto de baño. Tras introducirle los dedos en la boca para que vomitara todo lo que tuviera en el estómago, la desnudé y la metí en la bañera. El agua caía sobre ella mientras una risueña sonrisa se dibujaba en su rostro.

—¿Sabes...? —comenzó. Apenas podía pronunciar las palabras correctamente—. ¿Sabes lo que he hecho?

—No, y no quiero saberlo.

—Hemos follado.

Y su sonrisa terminó de tomar forma en su rostro de niña estúpida y malcriada, que recurre al alcohol para gestionar sus emociones y enfrentarse a las situaciones que le producen miedo. Salí y dejé que el agua la cubriera poco a poco. Por mí como si se ahogaba. Volví a la cocina y atacé la cebolla y los tomates. Sin entender cómo, el cuchillo ya estaba en mi mano, ¿había estado en ella todo el tiempo? Encendí el horno y preparé la bandeja. No tenía hambre, pero cocinaba pollo y me lo pensaba comer. No transcurrieron ni diez minutos cuando Marina me llamó. Maldita sea, ¿acaso no era capaz de cerrar los grifos ella sola?

Caminé enfadada hacia el cuarto de baño. Cuando puse los dedos sobre el pomo, me percaté de que el cuchillo todavía se encontraba en mi mano, cubierto del rojo de los tomates.

Al abrir la puerta, volví a observar ese rostro de odiosa felicidad. Mi amiga Marina. Desnuda en mi bañera. Borracha. Enamorada de un chico estúpido. Queriéndome sólo por necesidad. Habiendo desplazado mi amor. El torrente de horribles sentimientos rompió las compuertas de mi interior y me dominó. Sentí el odio desarrollarse en cada poro de mi piel.

Fue entonces, justo en ese momento, mientras la observaba presionando con fuerza el mango del cuchillo, cuando me percaté de lo abrumadoramente delicioso que podía resultar el sabor de la venganza.

Alcé la mano en la que portaba el utensilio, me abalancé sobre ella y le asesté numerosas cuchilladas. Apenas pude observar su mirada de pánico y sorpresa, pues trataba de cubrirse con los brazos. Sus intentos fueron vanos. La sangre, purgada por el agua que caía, pasó a formar parte del baño como un gel de ducha espeluznante. Las heridas comenzaron a adornar su piel

como tatuajes de muerte, y finalmente su cuerpo languideció y dejó de oponer resistencia.

Allí, en una postura grotesca sobre un costado de la bañera, yacía el cuerpo desnudo y agujereado de mi mejor amiga. Un cuerpo que, entonces me di cuenta, deseaba. Un cuerpo que, ya era tarde para remediarlo, era abandonado por su cándida alma.

13. Las mejores palabras de nuestro idioma

Dedicado a Luna Rodríguez

La primera vez que te vi, los nervios fueron los protagonistas. No tú ni yo, sino la tensión que se podía distinguir tejiendo trenzas en el aire, entre los dos, jirones sanguíneos que se rozaban con los dedos.

La primera vez que te vi, sentí un universo de eventos en mi interior. Eventos que creía imposibles hasta entonces: un latido de mi corazón originar un huracán, un temblor en mi piel con epicentro en las estrellas, un géiser ardiente atravesarme de parte a parte. Y me consta, a despecho de mi afligido presente, que tú experimentaste eventos similares, ¿verdad?

La primera vez que te vi, portabas un jersey de franjas anchas de colores pastel y un pantalón verde, el pelo suelto por detrás y un enganche delante para que no te cayera sobre la cara, las gafas de pasta negras y pulcras, dos pulseras de colores en la muñeca izquierda (¿porque eras zurda?), una mirada curiosa, unas manos que vacilaban en el aire alrededor de tus caderas, y un caminar ligeramente inseguro mientras cruzabas la calle para acercarte a mí.

La primera vez que te vi, el sol brillaba más de lo usual, a pesar de las nubes que trataban de esconderlo como un biombo fallido, y los haces de luz impactaban noblemente contra mis mejillas arqueadas por mi sonrisa. La brisa otoñal erizaba mi piel en ondas que se sentían como las marinas. Nada había en el mundo en ese momento que hubiera podido desviar mi atención de ti. De tu bella persona, joven y risueña, de tu alma inocente que clamaba por las emociones venideras.

La primera vez que te vi, yo fui feliz.

Cuando cumplimos un mes, lo celebramos yendo a un restaurante de las afueras a comer, ¿lo recuerdas? Uno especialmente ambientado para citas románticas y que gozaba de buenas críticas. Mas la zona circundante no se hallaba a la altura de ellas. Pues en una calle cercana es donde trataron de abusar de ti. Un hombre delgaducho y drogado se acercó a nosotros por detrás mientras comentábamos lo agradable de la velada. Esa persona arruinó nuestra cita y también mi vida. Colocó su infecta mano sobre tu nalga y diste un brinco hacia delante. Es importante para mí hacer constar en este punto que actué sin que mediara pensamiento alguno por mi parte. Lo prometo, no

reflexioné, no fui yo. En todo caso no fui el yo consciente y racional sino el instintivo y animal. En apenas unos segundos la cabeza del pobre idiota, aplastada contra la pared, dibujaba una macabra lluvia de sangre que se deslizaba lentamente hacia abajo.

Cuando cumplimos un mes, habíamos vivido tanto juntos... En mi corazón jamás fue un mes, sino varios comprimidos en uno. Habíamos alargado el tiempo tanto en compañía uno del otro, ¿verdad? En numerosas ocasiones nos habíamos saludado con un beso a primera hora del día y despedido con otro a última hora de la noche. Juntos, los minutos habían tenido tanto sabor a promesa y a regocijo... los segundos habían estampado emociones en nuestras mejillas, nuestras frentes, nuestros corazones. Nos habíamos prometido tantas cosas durante ese mes, habíamos acariciado con tanto cariño nuestro futuro con los dedos entrelazados de nuestra imaginación, y comprendido con tanto atino la belleza de la vida conectados por nuestros labios vibrantes... Por todo esto pienso que no fue realmente un mes vulgar y corriente el lapso de tiempo que transcurrió. Fue el mes más valioso de mi vida el que yo disfruté a tu lado.

Cuando cumplimos un mes, me dejaste. Te desagradó mi violencia, aunque dicha violencia se debiera a que deseaba defenderte. El asaltante terminó en el hospital con varios puntos en la cabeza, pero sin mayores complicaciones. De nada sirvieron mis explicaciones de que actué de manera refleja y que mi naturaleza no era agresiva. Dijiste que yo no era un macho alfa que tenía que defender a la manada, que lo mismo esa agresividad algún día podía volverse contra ti, que preferías tomarte un tiempo para pensar. Siempre he tenido muy claro lo que significa esa expresión. Supe que estaba acabado.

Cuando cumplimos un mes, contemplé ese mes como una ilusión óptica ingeniada por la mente más malévolamente posible. Entendí que se daba inicio, lo cual constaté después, a una fase particularmente sombría de mi existencia. Mis lágrimas se convirtieron en las olas inclementes de un mar angustioso. Todos los sonidos de mi entorno emulaban cristales estallando contra el suelo y resquebrajándose. Así como se esparcían escandalosamente, al instante se elevaban y perforaban mi piel.

Cuando hubiéramos cumplido tres meses, caí seriamente enfermo. Era patente a todos los que me rodeaban que la ruptura sentimental había supuesto un mazazo tremendo para mi quebradizo ser. Pese a que me

abrumaban con banales comentarios basados en la brevedad de nuestro noviazgo, no conseguían por ello aliviar mi sintomatología. Somaticé hasta el extremo. Me costaba trabajo caminar por la calle. Cruzar por el paso de peatones me suponía una odisea heroica, y comenzaron a ser más habituales que extrañas las ocasiones en que el semáforo cambiaba a rojo y los conductores vertían sus catarsis diarias sobre mi persona mediante sus lacerantes cláxones.

Cuando hubiéramos cumplido tres meses, me atropellaron. Los médicos me enumeraron el listado de huesos rotos, pero no presté atención pues mi salud no me resultaba de interés. Entre sueros, enfermeras corriendo de aquí para allá y rostros severamente compungidos, todo lo cual percibía a través de una fina neblina de conciencia, comprendí que mi vida corría peligro.

Cuando hubiéramos cumplido tres meses, me estaba muriendo. Ello no me alarmaba, pues había dispuesto de tiempo para prepararme: mi muerte había comenzado dos meses atrás.

En mi lecho de muerte, soñé que era un pececito. Uno muy pequeño, minúsculo, que se percataba de la inmensidad del mar. Daba tumbos, arriba, abajo, hacia los lados, temeroso de las sombras de las profundidades. Tanto miedo sentía que, incluso cuando una mano delicada avanzaba hacia mí, hui con todas mis fuerzas. Sin embargo, la mano me apresó y no me dejó marchar. Se trataba de una mano suave, de piel tersa y agradable. Tiraba de mí hacia la superficie. Mi fisonomía comenzó a mutar. De mis escamas surgieron dedos y poco a poco me transformé en otra mano, una que encajaba a la perfección en la que la sostenía. De pronto fuimos dos manos que se estrechaban con un agarre estable y cariñoso. Las yemas de sus dedos penetraban mis sentimientos.

En mi lecho de muerte, desperté y mi mano sobrepasaba el límite de la cama para entrelazarse con la tuya. Mis ojos recién abiertos vislumbraron tu figura de ángel recortada contra la luz de la lamparita. Tu ondulada melena se posaba sobre tus hombros, de la manera en que yo la había contemplado tantas veces. No podía, por el momento, distinguir nada más de ti aparte de tu silueta, pero sí pude observar una gasa sobre el brazo que tenías extendido para estrechar mi mano. “Esta muchacha te acaba de salvar la vida. Su sangre ahora corre por tus venas, deberías darle las gracias”, escuché como con resonancias místicas, y de pronto me percaté de la límpida figura del doctor en un rincón, que al punto se retiró. Comencé a distinguir la pureza de tus

ojos en la penumbra. Y ésa fue mi luz al final del túnel. Mas era una luz que me devolvía a la vida.

En mi lecho de muerte, te inclinaste sobre mí y me susurraste al oído las mejores palabras de nuestro idioma: “Te quiero”, que penetraron mi mente como penetran los primeros rayos de luz un bosque ártico tras medio año de oscuridad. Después besaste mis labios, y de mis ojos manaron emociones navegantes de mis mejillas. Convertiste mi lecho de muerte en una cuna. Y así nací por segunda vez, velado por tu presencia estrellada de promesas resplandecientes.

14. El chico que dormía a mi derecha

Dedicado a Sandra Valdés

Siempre me pregunté qué soñaba, tan enigmático, pacífico, repleto de misterio, arrebujado a mi lado, mi lado derecho en la cama, tan excepcionalmente sus manos en contacto con mi cuerpo, tan infrecuente su voz en mi oído. Tan escasas esas palabras susurradas, tan sabrosas en el seno de la noche bajo las sábanas, pero que él escatimaba como si tuviera que venderlas como piedras preciosas por la mañana. Alguna vez le inquirí sobre sus sueños, pero, fiel a su estilo, prefirió mantenerme en la ignorancia, alegando que no los recordaba.

Si he de sincerarme conmigo misma aquí y ahora, ése es sólo el primero de una larga lista de aspectos que me disgustaban de él. Me trataba con cierta frialdad en la mayoría de ocasiones. Las pocas en que no lo era, sin embargo, me mantenían a su lado. Jamás me llamó por teléfono, nunca me dedicó un simple “¿Qué tal tu día?”. Sus regalos eran previsibles, no delataban esfuerzo por su parte, un simple desembolso económico.

En el fondo, lo que más me molestaba era que me hacía sentir “dada por hecho”. Yo pensaba que en su mente no cabía la idea de que un día podía abrir la puerta y marcharme.

Como finalmente sucedió.

Bajo mis pies se había originado un agujero negro que me retuvo durante días. Concretamente, ocho días de manta, chocolate y la auto-indulgencia más lamentable. Su actitud hacia mí nunca me hizo sospechar de la intensidad de mi dolor cuando lo dejara ir, e incluso en numerosas ocasiones me sentí tentada, móvil en mano, de pulsar una tecla para volver a como estábamos antes. Un solo *clic*, un levísimo movimiento de un dedo, y todo podía arreglarse. Volvería a tener a un chico, frío y distante, durmiendo a mi derecha.

Nunca moví ese dedo. Tras esos ocho días, recibí una llamada.

Era la primera vez que hablábamos por teléfono.

Parecía una persona diferente, hasta el punto de que me costaba reconocerle en su voz. Lo cual era natural, considerando que nunca antes

había escuchado su timbre a través del aparato. Sin embargo, sonaba más distinto de lo que cabía esperar. Trocó su sempiterno tono de indiferencia por una voz colmada de ilusión. Al principio me desconcertó, pero no quiso revelarme el motivo. Al fin y al cabo, una esperaba que el que ha sido abandonado emita un tono más cercano a la congoja que al regocijo. Lo dejé pasar, por alguna razón temía recibir una mentira a cambio. Mi alma no podía soportar más dolor.

Entonces me dijo que quería que volviéramos a estar juntos.

Que había estado soñando algo durante años, y que deseaba contarme de qué se trataba. Mi corazón dio un tumbo tras esas palabras. Así que era cierto. Él me mintió siempre que le preguntaba por sus sueños, cuando de hecho soñaba algo que albergaba un significado. Apenas pronunció la primera palabra de su explicación, le interrumpí. Pensé que mi decisión de volver o no con él no debía basarse en las imágenes alocadas que su cerebro le mandaba por las noches, sino en vivencias reales a su lado durante el día. Y lo cierto es que éstas eran frías e insuficientes, como él. Así se lo hice ver. Aceptó mis razones y me preguntó por última vez si quería volver con él.

Mi teléfono móvil, así como la mano que lo sostenía, se encontraban empapados de lágrimas, mi corazón destrozado por ese absurdo dolor que podía resolver, otra vez, con tanta facilidad, pero le dije que no, que no quería volver con él.

Yo lo maté.

Fui yo. Yo lo silencié durante años y no le permití que se expresara cuando deseó hacerlo. Le acusaba de ser frío y distante conmigo, pero yo era la primera que no respondía sus mensajes durante horas o incluso días. Le recriminaba por ser poco comunicativo conmigo, pero yo era quien me burlaba de él cada vez que abría la boca. Le afeaba su ausencia de detalles conmigo, pero yo era la que ponía mala cara ante sus bienintencionados regalos. Y... le sermoneaba por ignorarme cuando nos íbamos a dormir tanto como le reprendía por que se ciñera a su lado derecho de la cama, pero yo era quien rechazaba su mano cuando rozaba con sus dedos mi piel. Era yo quien me quejaba cuando me transmitía calor en verano al acercarse y me congelaba al tocarme en invierno. Yo lo anulé como compañero sentimental, una y otra vez, hasta convertirlo en un despojo falto de amor debido a mis deleznable costumbres para con él. En fin, yo soy aquélla que se negó a escucharle cuando me quiso contar sus sueños, y eso es horrorosamente cruel.

No querer escuchar los sueños de alguien cuando éste se abre para ti, confiriéndote algo tan íntimo.

No dejó nota de suicidio. Fue “frío y distante” hasta el final.

Allí en el cementerio, mientras caían cristales de mis ojos sobre su lápida, me di cuenta de la verdad. No había sido simplemente “el chico que dormía a mi derecha”. Fue el hombre de mi vida, el que dormía conmigo.

15. Dentro de la montaña

Relato escrito en colaboración con E. Jaenes.

Es continuación de otro llamado “Luz azul”, contenido en mi libro “El viaje sin retorno” (primero de la serie “Cuentos largos de café”). Aunque no es estrictamente necesaria su lectura, sí se recomienda para la mejor comprensión de éste.

La mujer se miró el muslo derecho por enésima vez, un poco por debajo de la cadera. Allí, sobre su blanca piel, se distinguían los caracteres LM-118: su nuevo nombre. Ya no le era permitido decir a los demás que se llamaba Aurora.

Y... desde hacía casi medio año, ya no había unos “demás” a los que se pudiera dirigir para comunicarles cómo debían llamarla. Había sido aislada hasta el extremo desde que cometió su mayor crimen. Y fue su mayor crimen porque lo realizó delante de testigos. Anteriormente había cometido asesinatos también, pero en soledad con sus víctimas, y las investigaciones policiales nunca fueron capaces de vincularla con las muertes.

Pues jamás hallaron el arma del crimen.

Se dirigió hacia la cumbre de hielo y ascendió con dificultad. No sentía el frío, pero el impetuoso viento y el resbaladizo suelo dificultaban su ascenso.

Cuando alcanzó la cima, contempló el paisaje. Su desolación resultaba tan abrumadora como su belleza. Las formaciones blancas y el cielo violeta contrastaban de una forma tan feroz que se mantuvo quieta, con la mirada abarcando cuanto le era posible.

Allí, en la misma cima, se encontraba el agujero lleno de agua. Su tamaño pareció agrandarse al poner su atención sobre él. “Debe de ser un efecto óptico”, pensó. El líquido negro embestía con fuerza los bordes y ascendía por unos segundos. Le pareció que algunas gotas se congelaban en el aire.

—¿Por qué perdí la capacidad de sentir el frío? Nunca he dejado de preguntármelo. Supongo que es mejor así y ellos lo sabían.

No importaba si expresaba sus pensamientos en voz alta. Probablemente no había otro ser humano en cientos de kilómetros a la redonda. El sol se desplomaba en lontananza, asfixiado por el manto nocturno.

Todo parecía devorarse a sí mismo. Al igual que ella. De hecho, comenzó

a devorarse a sí misma desde que fue... abducida. No volvió a ver a aquellos seres desde entonces.

—No, no empecé a consumirme entonces, sino desde que nací. De hecho, ellos me ayudaron.

El salvaje viento huracanaba sus blancos cabellos, mientras contemplaba las insondables profundidades del agua que salpicaba su cuerpo con cada envite. Tuvo la visión de que la imponente montaña sobre la que se hallaba, rellena de agua, era un mar que reclamaba el cielo. Un volcán de agua que podía explotar e inundar el mundo en cualquier momento.

Alzó la vista, apesadumbrada ante la sensación de muerte que el bizarro entorno sugería con tenacidad. Allá abajo, el blanco immaculado le pareció de un extraño uniforme. Sabía que había muchos tipos de colores para la nieve, cantidad de tonos, como podían percibir, por ejemplo, los esquimales. Ella sólo distinguía un interminable reguero de leche derramada. Se sintió como el último ser vivo de la Tierra. Anduvo lentamente hasta el borde del agujero. Sabía que ése era su objetivo último, aunque desconocía el porqué. Su mente se sumía en la confusión cuando trataba de pensar sobre este punto.

Experimentó un temblor bajo sus pies. Contempló la negra abertura. Por un momento, sus piernas flaquearon pero se obligó a mantenerse firme y apretó los puños. Pudo distinguir una figura robusta e imponente, emborronada por la oscuridad. Mas le fue dado distinguir unas enormes manos braceando para emerger a la superficie. Hacia ella.

El agua transmitía un sonido peculiar, provocándole la sensación de que el que se aproximaba era un ser con escamas y que éstas chocaban entre sí. *Ris, ras*. Le sonaba como la canción de su destino.

Como reacción al miedo, LM-118 experimentó la furia apoderarse de ella. No podía permitirse el lujo del miedo, debía anularlo al igual que hace tiempo lo hizo con el frío. Percibía su cuerpo palpitando rabiosamente de la cabeza a los pies. La escamosa figura se esforzaba por ascender rápido. Por fin emergió y su mole se erigió como una encarnación de la muerte. Casi le hizo perder el equilibrio a causa del viento originado por su violenta emersión, mas ella consiguió estabilizarse extendiendo los brazos.

Delante de ella, el monstruo surgiendo del agua. Detrás de ella, el abismo montaña abajo.

Su vida, desde siempre, había consistido en eso, justamente en eso.

No le dio tiempo a apreciar los detalles del engendro, pues su enorme

mano agarró y sacudió su cabeza por entero, provocándole un lacerante dolor en el cuello. Ante el miedo de que se lo rompiera, o de que le arrancara la cabeza sin más, LM-118 invocó su magia, su poder personal, otorgado por los extraterrestres tantos años atrás.

En su mano se formó una bola de energía azul.

Esa luz que la había acompañado tantas noches clandestinas leyendo a altas horas de la madrugada, que, pese a ser fría, calentaba su alma como la única compañera que había sido. Esa luz que había ocupado el hueco que anteriormente habitaba su corazón, un corazón desatendido desde que nació, tan pataleado y malogrado, o, peor, despreciado e ignorado, que convirtió a su portadora en una mujer incapaz de experimentar sentimientos. Unos seres alienos habían tenido la grandeza de paliar su situación, dotarle de un poder esotérico y blindarla ante el frío que la atenazaba, convirtiéndola a ella misma en un ser frío, pero también despiadado.

La luz azul penetró las escamas y la carne del engendro que la atacaba, provocando que éste aliviara su agarre y retrocediera hacia el agua. Sin embargo, en su desplazamiento extendió un apéndice que bien pudiera ser una cola, con la que envolvió el cuerpo de LM-118. El monstruo cayó al agua y la arrastró con él. El dolor que le provocaba con su firme enganche no fue nada en comparación con el absoluto pánico que la dominó ante la perspectiva de morir ahogada. Deseó gritar, mas si lo hacía el agua inundaría su boca. ¿Quién demonios era su ejecutor? Desde que fue abducida creyó en seres paranormales, pero aun así se resistía a creer que hubiera entes que únicamente desearan su mal; pese a que ella misma era un ser que deseaba el mal de los demás. El agua encharcó sus pulmones. Sin ser capaz de explicarse cómo, escuchó la voz de su ejecutor con nitidez a través de un medio como aquél. Sonaba grave y cavernosa:

—Esto no es más que tu justo castigo por toda la muerte y dolor que has causado.

El cuerpo de LM-118 se tornó rígido como una estatua. Trató de generar de nuevo su poder azul, mas no surtió efecto. La rotura se manifestó en cada célula de su cuerpo; se trataba de una situación que simplemente no era capaz de soportar. Los estratos profundos de su mente capitularon. Todo se apagó, su magia, su ser, su entorno, como accionado por un interruptor.

—Sé que no debemos hablar sobre esto, pero... —comenzó Tribal.

—¿Vas a sacar el tema? ¿Sigues impactado? —le interrumpió Giana.

—No es que siga impactado... que lo estoy, sí. Pero creo que el hecho se merece al menos un comentario, ¿no creéis? Vamos, estamos los tres solos, y los tres hemos participado en el proyecto, no estamos revelando el secreto a nadie.

Giana y Leán se miraron entre sí y alrededor, como si alguien hubiera colocado de repente cámaras de vigilancia en la sala de comer, donde se encontraban.

—Compañero, trágate ese pollo y calla, siempre va a ser mejor opción —dijo Leán, que tenía una taza de café humeante en las manos.

—¿Por qué? Se me ha quitado el hambre. ¿Vosotros vais a poder olvidar esto? ¿Tenéis sentimientos?

—No es cuestión de sentimientos, sino de profesionalidad. Hemos firmado un contrato, que dice lo que dice —contestó Giana.

—Insisto en que los tres hemos participado en el proyecto. El contrato no decía que no pudiéramos hablar entre nosotros.

—Mira, te lo pongo fácil —intervino Leán—. Pide una excedencia de tu nuevo proyecto, y dedícate a crear una secuela de Tetris, o algo por el estilo. Algo que no te estrese, compañero.

—A lo mejor hago eso también. Pero me gustaría saber si os pareció bien lo que hizo nuestra compañía...

—Prefiero no contestar —repuso Giana.

—Eso quiere decir que no te pareció bien, claro. Te he pillado.

—¡No! Significa que prefiero no hablar. Aprecio mi empleo.

—Yo pienso que se podría haber hecho de otra manera, pero tampoco se hizo tan mal —intervino Leán.

—Esa mujer murió —dijo Tribal.

—Esa mujer era una asesina a sangre fría.

—Pero su destino no era morir. Debería haber sido juzgada y encarcelada. No usada como conejillo de Indias.

—Bueno, nos dijeron que las pruebas no iban a facilitar sólo avances en videojuegos, sino en entrenamientos militares y de rescate. Ah, y también en terapias psicológicas. Ya sabes, para superar cosas. Como miedo a volar, a las alturas, a las serpientes, yo qué sé.

—El contrato estaba redactado de manera intencionadamente ambigua. No creas que no me di cuenta.

—“El objetivo del programa será proporcionar valiosos conocimientos para el avance en diversas áreas” —citó Giana—. Eso es lo que decía el contrato.

—Y nuestra área es la de videojuegos. Si tenía fines terapéuticos u otros deberían haberlo reflejado de manera clara por escrito.

—A mí me dijeron, no quiero decir quién —repuso Leán—, que con tantas limitaciones éticas es imposible avanzar en el conocimiento. Que se llevan a cabo prácticas de este estilo más a menudo de lo que creemos, pero que son encubiertas.

—Seguramente Crudo te lo dijo, el Jefe de Programas Virtuales, ¿cierto? O el psicólogo ése que contrataron, no recuerdo el nombre. Los psicólogos son así, no tienen moral. Les arrancaban los cerebros a los monos.

—No te lo voy a decir. Esa mujer merecía morir, Tribal. No sientas pena por ella. La ciencia ha avanzado gracias a nuestros ensayos, sabemos que no podemos aplicar medidas tan intensas porque el sujeto muere. Eso es algo.

—Desde luego fue algo para ella. Murió de un ataque al corazón, de puro pánico, pensando que se ahogaba, arrastrada por un monstruo hacia las profundidades de una montaña.

—Lo cual habla mucho y bueno de nuestras habilidades. Creamos un entorno virtual cien por cien creíble.

—Sigo sin estar orgulloso de ello...

—¡Tribal, esa mujer mató a su madre, joder! ¡A su propia madre, que no tenía culpa de nada! —estalló Giana—. ¿Quién hace algo así? Ella era el verdadero monstruo, una de las mayores asesinas de la historia. Por mí, como si la resucitaran para volver a hacerle esas mismas pruebas de realidad virtual y otras aún peores.

Tribal, apocado por la vehemencia de su compañera, agachó la cabeza y se concentró de nuevo en su plato. El pollo estaba casi entero todavía, pero frío.

—No tenemos el derecho de forzar la vida humana para comprobar en qué punto se rompe —le confió al pollo en susurros—. Ni siquiera la de la mayor asesina de la historia.

16. Año nuevo, vida nueva

Relato escrito en colaboración con E. Jaenes.

—Queda muy poco tiempo —gritó Erica.

Toda la sala empezó a cantar “New York” mientras la cuenta atrás comenzaba y los globos de colores y el confeti envolvían a la gente en un frenesí de color. Ambas amigas se sintieron las dueñas del mundo por unos instantes.

La música pegaba fuerte y todos empezaron a bailar mientras el champán corría como si fuera agua. Y ellas eran las sedientas viajeras perdidas en el desierto. Las dos amigas reían y bailaban. Todos a su alrededor se convertían al instante en compañeros de travesía. En amigos y en potenciales amantes mientras el ritmo pegadizo de las canciones les unía en una masa informe que se movía y latía al unísono.

Las botellas se alzaban en el aire y el alcohol descendía por las gargantas. Una mano masculina les ofreció unas pastillas de colores y ambas rieron y se las tomaron. El olor a alcohol, colonia y sudor impregnaba el ambiente de la discoteca. Era el furor de los locos. De aquéllos que sólo ansían escapar de la soledad a través del palpitar cálido de un cuerpo en estado febril.

Erica agarró a Mina del cuello y empezaron a bailar juguetonas, sabiéndose las reinas de la pista. El DJ empezó una sesión de electrónica y la sala se volvió loca. Los movimientos seguían el compás de la música y las dos mujeres, eufóricas, se subieron a una mesa de *gigolo* y empezaron a jugar con las barras mientras desde abajo les gritaban obscenidades.

Erica se estiró el vestido hacia arriba con dificultad debido al sudor. Se apoyó en Mina, que absorta giraba como una peonza entre los brazos de los hombres que habían subido con ellas y se arremolinaban a su alrededor.

Mina bajó de la mesa ayudada por un brazo poderoso. El hombre con barba se le acercó aún más y le gritó al oído que las invitaba a unas copas. Ella dudó pero él la acompañó a la barra agarrando su cintura. Navegó con él sorteando los cuerpos que se convulsionaban a su alrededor.

Se giró y vio que Erica les seguía. El hombre les ofreció unas copas efervescentes y ambas mujeres brindaron, riendo sin parar mientras tragaban el líquido dorado con fervor.

Erica fue la primera en despertar al día siguiente. Notó un sabor ferroso en la boca y un entumecimiento general en todo su cuerpo. Al moverse, un intenso dolor en el abdomen la obligó a estarse quieta por un instante. Cogió aire y se llevó las manos a la zona intentando sin éxito mitigar el dolor. Su cabeza estaba a punto de explotar y la habitación encogía por momentos, amenazando con aplastarla de un momento a otro.

Decidió intentar levantarse, pero al apoyar la mano en el colchón cayó encima de algo blando. Al girarse, vio que su amiga Mina se encontraba boca abajo con la ropa puesta y el maquillaje esparcido por la almohada. Seguía durmiendo. Erica suspiró y tras varios intentos fallidos consiguió alzarse. Se dirigió hacia el cuarto de baño y estuvo a punto de caer al chocar contra un bolso que había en el suelo. Extrañada lo cogió, pues no era de ninguna de las dos. Marca de lujo, piel de leopardo rosa y asas metalizadas en color dorado. Mirarlo acentuaba su dolor de cabeza.

Recogió sus bolsos, que estaban también allí tirados, y los puso encima de la cama. Comprobó que su móvil se había apagado por falta de batería. En su cartera tenía la tarjeta bancaria y veinte euros. Se enjuagó la frente sudada e intentó recordar cómo habían llegado a casa de Mina. Pero por mucho empeño que ponía, no sabía qué habían hecho o si habían estado con alguien. Sólo recordaba brindar por el nuevo año mientras caía confeti plateado del techo de la discoteca. Eso y el levantarse horas después con la peor jaqueca de su vida.

Decidió despertar a Mina, así que la zarandeó con fuerza. Ante sus gruñidos, trajo un vaso de agua y le mojó la cara, la nuca y las muñecas.

—Pero, ¿qué haces? —gritó Mina apartándola de un empujón, mientras se secaba con las sábanas—. ¿Te has vuelto loca o qué?

—Oye... ¿te acuerdas de algo de lo que hicimos anoche?

El silencio de Mina fue esclarecedor. Erica señaló el bolso rosa que se encontraba encima de la cama.

—¿Qué pasó anoche? ¿Lo cogimos por error?

—Tía, no lo sé —repuso Mina restregándose los ojos y, quitándole a Erica de las manos el vaso de agua, lo vació de un trago—. Sólo sé que jamás volveré a beber.

Con agilidad, Mina se desperezó y se levantó de la cama.

—Voy a hacerme un café. Necesito despejarme. ¿Quieres uno?

—¿No deberíamos mirar primero si hay alguien más aquí?

Mina se encogió de hombros y salió de la habitación. Se escuchó cómo

abría algunas puertas para cerrarlas a continuación, maldiciendo a gritos a las amigas paranoicas.

Erica no pudo evitar que le temblaran las manos. Notaba todo su cuerpo en tensión por no saber qué había hecho la noche anterior. Fue al cuarto de baño y se remojó las manos y la cara. Algo más relajada, se levantó el vestido y se sentó para orinar.

Al hacerlo, su corazón dio un vuelco. No llevaba las bragas puestas. Por un momento su mente entró en modo pánico, pero respiró profundamente un par de veces y se obligó a calmarse. Tenían que estar en la habitación, seguramente entre las sábanas. Quizá por la noche se empezó a desvestir, pero estaba demasiado borracha y acabó dormida antes de poder completar la tarea.

De nuevo, entró en la habitación. Levantó las sábanas, miró debajo de la cama, en la cómoda. Comprobó incluso la lámpara del techo. Pero sus bragas no estaban en ninguna parte. ¿Había vuelto a casa sin ropa interior? ¿Cómo era posible? ¿Y si...?

—¿Vienes o qué? —gritó Mina desde la cocina—. El desayuno se te está enfriando.

—¡Ya voy! —contestó Erica mientras notaba que le faltaba el aliento. Con tiento se exploró los pechos y la vagina pero no notó dolor alguno. Sabía que eso no era prueba de nada, pero si la hubieran violado habría algo diferente, ¿no? Tan sólo notaba todo su cuerpo dolorido y un pinchazo persistente en el vientre. Al examinar la zona, vio que tenía una pequeña herida en forma de cuerno. La acarició con suavidad, pero no pudo evitar sentir un escalofrío que recorrió su espina dorsal. Jamás había visto una herida así. ¿Quién se la había hecho? Buscó más señales en su piel, pero no encontró ninguna otra.

Se colocó el vestido y, cuando se dirigía hacia la cocina, un móvil empezó a sonar. La melodía era totalmente desconocida.

Antes de volver al dormitorio, ya sabía a qué móvil estaban llamando.

—¡Mina, ven! —gritó mientras abría el bolso rosa y buscaba en su interior. Presa del pánico, volcó su contenido encima de la cama—. ¡Corre!

Había una cartera con más de quinientos euros en efectivo, un cargador de móvil, un paquete de pañuelos, unos cigarrillos negros y un encendedor dorado, además de unas llaves y una pequeña agenda con un boli de cristales plateados. El móvil no paraba de sonar.

Mina entró en la habitación a trompicones, mientras Erica se encontraba paralizada, contemplando el contenido esparcido en la cama con asombro.

—Pero, ¿por qué no lo coges, tía? —preguntó Mina, alterada. El nombre de “Guerrero de Amor” vibraba en la pantalla del móvil. Contestó—. Hola, ¿eres “Guerrero de amor”?

Una risa agradable sonó al otro lado. Mina activó el altavoz mientras Erica no paraba de hacer gestos para que cortara la llamada.

—Soy Rafa, aunque lo de “Guerrero de amor” también me gusta —respondió con voz alegre y serena—. ¿Me dices tu nombre para estar en igualdad de condiciones?

Mina sonrió y se cambió el móvil de oreja mientras se apartaba el cabello.

—No te lo he dicho aún. Soy Lucía —dijo mientras ignoraba los gestos de su amiga—. Oye, supongo que llamarás por el bolso que tenemos. Ya sabes, es rosa, de leopardo...

—Sí, sí —respondió Rafa, con una sonrisa que trasmitía incluso telefónicamente—. Es de mi novia y está como loca por recuperarlo. ¿Podemos quedar en algún sitio para que nos lo devuelvas? Donde digas y si puedes lo antes posible, te lo agradecería mucho.

Mina miró a Erica y respondió:

—Claro, Rafa. ¿Conoces el *pub* “Cielo”? ¿Qué te parece quedar en la puerta en... una hora?

—Estupendo, allí estaré. Muchas gracias, Lucía.

Mina colgó el móvil y miró a Erica, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Ves? No hemos robado nada, tía. Devolvemos el bolso, bebemos mucha agua y mañana como nuevas.

Erica no dijo nada, su mente sólo estaba ocupada en entender por qué le faltaban sus bragas. Intentaba recordar, imaginar qué podía haber ocurrido, pero no lo conseguía. Sólo aumentaba su inquietud a cada momento. Sintió unas ganas terribles de llorar y un odio tremendo contra sí misma. Por un instante pensó en irse directa a un hospital y que le hicieran pruebas del SIDA o de embarazo. Sintió que se mareaba por unos segundos y estuvo a punto de vomitar. Se encontraba fatal.

Cerró por un momento los ojos, intentando controlar su reacción física. Pero lo peor no era eso. La realidad es que no podía decírselo a nadie. Se sentía avergonzada y atemorizada. Si todos supieran qué había pasado, sería siempre la mujer a la que habían violado. Esa etiqueta la acompañaría hasta el fin de sus días. Otras la señalarían y la utilizarían de ejemplo. “No seas como esa puta, o te pasará lo mismo que a ella”. Lo mejor era callar y guardar todo el asunto en secreto.

—Tía, ¿estás bien? —dijo Mina mientras la agarraba del brazo y miraba con detenimiento su palidez—. Ahora mismo tienes cara de estar fumada.

—¿Sigues sin recordar nada, Mina? —dijo Erica volviendo a colocar los objetos en el interior del bolso de manera precipitada. Al ver el dinero y el contenido, la idea del robo cobraba fuerza. Su situación económica no era buena, ¿y si su subconsciente le había traicionado? ¿Y si iba a la cárcel por ello? Cada vez que intentaba recordar, crecía su ansiedad.

—Ni un sólo detalle —contestó Mina ayudándole a guardarlo todo—. Y lo prefiero, la verdad. No quiero estar rayada por las cosas que hago. ¡Carpe Diem, tía! A veces me pregunto cómo puedes ser tan sosa cuando estás sobria.

Erica no dijo nada y ambas amigas se turnaron para ducharse. Se pusieron ropa limpia y decidieron ir juntas al encuentro de Rafa en “Cielo”.

Llegaron tarde a la cita. Erica estaba muy nerviosa. Se seguía sintiendo vulnerable, pese a que quizá todo lo ocurrido había sido deseado... Sin embargo, en su interior sentía que se habían aprovechado de ella mientras se encontraba en inferioridad de condiciones debido al alcohol.

Junto a ella, Mina parloteaba sin cesar, comentando todo lo que pensaba hacer en el nuevo año. Como si para ella, toda esta experiencia extraña no le importara lo más mínimo.

Nada más acercarse al *pub*, vieron a un joven con capucha y chándal de marca que esperaba en la puerta. Al verlas acercarse, se descubrió el rostro. Llevaba *piercings* por toda la cara y un tatuaje asomaba por su cuello con la palabra “Libertad”.

Intentaron pasar de largo debido a la apariencia del joven, pero éste, señalando el bolso, las detuvo.

—¡Ey! Soy Rafa, chicas —dijo, sonriendo y levantando una mano llena de anillos voluminosos de oro macizo. Extrajo su móvil e hizo una foto a las dos amigas—. Veo que lo habéis traído, gracias.

—Borra esa imagen —exigió Mina, acercándose a Rafa—. Ahora mismo, o lo hago yo.

Éste sonrió ampliamente e insistió en que sólo había hecho una foto al bolso. Habló con voz suave y calmada y se dirigió a Erica mostrándole el móvil. Ella se fijó entonces en los anillos y pudo discernir que uno tenía el símbolo de un cuerno grabado. Al instante, supo que era la misma imagen que tenía marcada en su vientre y observó que todos sus *piercings* y abalorios tenían pinchos o acababan en bordes afilados.

Sintió que se quedaba sin aliento. Empezó a encontrarse muy mareada rápidamente y notó que la debilidad se apoderaba de su cuerpo. Intentó separarse de Rafa, buscando por inercia el apoyo de su amiga. Pero todo resultó en vano, pues, aunque alguien la sujetó y la llamó por su nombre, perdió el conocimiento en ese mismo instante.

La habitación tenía el letrero con el número CXIX, en letras doradas, grabado en la puerta. Unos gritos terribles se escuchaban desde el otro lado, y un piloto automático de color rojo señalaba que la estancia estaba en uso.

Mina se sentaba con los puños apretados y la mirada fija mientras escuchaba los chillidos de agonía de su amiga. Ésta llevaba más de una hora ahí dentro y al parecer no se cansaban de causarle tormento.

Al cabo de un rato, el silencio se impuso en la sala, aunque la luz roja seguía encendida. El primero que salió fue Rafa.

—No te preocupes por ella, está bien —dijo con voz suave, al ver la expresión de ansiedad de Mina—. Oye, perdona lo de anoche. Pero, como sabes, antes he ayudado a tu amiga, no soy mala gente. Sólo que a veces necesitamos gente nueva y es más fácil de esa manera. Lo entiendes, ¿verdad?

Mina movió la cabeza y Rafa le sonrió, sentándose a su lado totalmente relajado.

—Es una pasada el haberos encontrado de nuevo. Tenéis una segunda oportunidad, ¿no es increíble? ¡Pero no volváis a robar más bolsos, eh!

Mina tragó saliva y levantó la vista. Miró hacia la puerta, donde la luz roja seguía encendida. Él siguió el curso de su mirada y su sonrisa se amplió mostrando unos bonitos dientes.

—¿Te lo has pensado ya? Si entras podrás saber qué pasó anoche. Lo repetiremos todo de nuevo, pero esta vez podrás recordarlo. Si eres como tu amiga, querrás más, ¡ja, ja!

—Nadie sabrá que hemos estado aquí, ¿verdad? —repuso Mina dudosa, mirando fijamente la luz roja—. Una cosa es ir a “Cielo” y otra... otra es estar aquí y dejar que hagan lo que quieran contigo.

—Oh, ¿es eso? Este lugar es totalmente secreto, te lo garantizo. Y sabes perfectamente que tu amiga ha entrado porque ha querido. Igual que tú, si cruzas esa puerta. Podrás ganar tanto dinero como ella. No tener miedo y ser atrevido tiene premio aquí, no como en el maldito mundo de ahí fuera.

Mina, por primera vez en su vida, se quedó sin palabras. No dijo nada y

vio cómo la luz roja de la habitación CXIX se apagaba. Una mujer vestida de negro y por completo calva salió. Con calma se dirigió al perchero y abrió su bolso rosa de piel de leopardo para introducir en él un voluminoso sobre blanco.

—Tu amiga lo ha hecho excepcionalmente bien. Ha aprendido rápido que el dolor es vecino del placer —repuso, con una gran sonrisa en sus labios, como si hablara para ella misma—. Quizá con el tiempo pueda rivalizar conmigo, si es lo que desea.

—Yo... —dijo Mina con voz temblorosa, fijando su vista en todas partes excepto en los dos personajes—. Yo prefiero no entrar. Sé que es mucho, mucho dinero... y una gran experiencia... Pero...

—Oh, cariño —dijo la mujer sonriendo. Se sentó a su lado y encendió un cigarrillo negro—. Esto es vida. Lo demás son migajas. Tu amiga lo entiende ahora y lo quiere todo. Tienes que ponerte a prueba para descubrir quién eres en realidad.

Con cuidado abrió la parte de abajo del encendedor dorado y unas pastillas de colores cayeron en su pálida mano.

—Tómatelas ahora —le ordenó Rafa, acercándole un vaso de agua—. Y te despertarás sin saber qué ha ocurrido. Igual que esta mañana. Nadie sabrá nada, y te aseguro que tu amiga jamás hablará de esto contigo.

Mina se las tragó y cerró los ojos. Sólo quería que hicieran efecto rápido y olvidar toda esa locura.

Al cabo de un rato la puerta se abrió de nuevo y emergió otra figura. Erica iba vestida de pies a cabeza con un mono blanco que cubría cada centímetro de su cuerpo. Caminaba con lentitud y sonreía. Parecía sumida en un extraño sopor. En la mano llevaba un enorme sobre del cual asomaban algunos billetes.

Ambas amigas se miraron y el tiempo se detuvo por unos instantes. Las dos temían que el nuevo año les trajera el final de su amistad, junto a otras muchas cosas. ¿Buenas o malas? Nadie podía saberlo.

17. No cierres Café Largo

Dedicado a Nohelia Yáñez

Robaron en la cafetería Café Largo, ubicada en un callejón poco transitado de la ciudad y semi-escondida por unos árboles bajos y la falta de farolas en el área. La elección de la ubicación no fue en absoluto un error por parte de la propietaria. Se trataba de una cafetería-librería, la primera, y durante mucho tiempo la única, de la ciudad. Y eso era suficiente reclamo para atraer clientela; al menos, el tipo de clientela que Amalea deseaba atraer: amantes del café y de las letras. Se sentía próxima a ese tipo de personas y desde un principio se propuso, y así lo hizo, mantener un estilo cercano pero respetuoso con sus clientes. No es que quisiera “hacer amigos” montando un negocio así, pero si con el tiempo las relaciones se trocaban en amistad, ésta sería más que bienvenida. Por tanto, el clima íntimo y tranquilo que Amalea imprimió en su negocio desde el primer día no casaba con una localización más ajetreada. Si los clientes querían encontrar un lugar como ése, debían buscarlo. El nombre de Café Largo simbolizaba el tiempo que pasarían entre sus cuatro paredes, y el tiempo que iban a seguir acudiendo al establecimiento tras su primera visita. Todo ello según las intenciones de Amalea, que terminaron mostrándose acertadas. Sin embargo, con el tiempo comenzaron a brotar las cafeterías-librerías por la ciudad, y la selecta clientela reunida terminó por diseminarse a un agónico ritmo. Se sorprendió a sí misma noches enteras reflexionando sobre cómo podía revertir la situación.

Había tardado mucho tiempo en abrir el embalaje siquiera. No se atrevía a hacerlo, como si dentro del mismo esperara encontrar un dragón acurrucado, preparado para abalanzarse sobre el primer humano que viera al ser liberado, en vez de una máquina desconectada. Una máquina compleja, cierto, pero desconectada. Un producto de Japón, extremadamente novedoso y arriesgado para su negocio, pero que lo podía revolucionar. No terminaba de fiarse y guardaba ciertas reticencias a usarlo pues dudaba que la incorporación del mismo mantuviera el clima de calor y cercanía con los clientes. Sin embargo, su buen amigo Lagun había sido insistente. Y ella necesitaba desmarcarse.

—Pruébalo —le dijo—. Yo te lo regalo. Me rebajaron mucho el precio, no te preocupes. No está nuevo de fábrica y tuvo algunos problemas, pero lo

restauraron. Funcionará. Estos japoneses son serios.

—No lo sé, Lagun... intento crear relaciones estrechas con mis clientes. Un *robot* es algo frío.

—No sabes de lo que hablas, amiga. Este *robot* hacía maravillas fidelizando, mis contactos nipones me lo dicen. Habla todos los idiomas del mundo, escucha los problemas de los clientes y les aconseja.

—¿Y puede hacer todo eso mejor que yo? Quiero decir, excepto lo de los idiomas.

—Bueno, puede hacer todo eso tan bien como tú y además tu local contará con la originalidad de tener un *robot* sirviendo a los clientes.

—Lagun, siento como si estuviera prostituyendo mi negocio.

—Tu *idea* de negocio. Pero los negocios cambian o mueren, atropellados por la corriente. Ya lo sabes. Quieres tener un plato en la mesa para comer cada día, ¿no?

—Bien, le daré una oportunidad. Eres un amigo, te agradezco las molestias. ¿Me ayudarás a montarlo, y me explicarás cómo funciona? Y si no me adapto a él te lo llevas a tu casa, que sea tu mayordomo.

—Por eso no te preocupes. Te ayudaré en todo, y si empieza a ligar con las clientas, me lo llevaré y lo castigaré sin ver la luz del sol en siete días.

—No creo que esa máquina necesite ver la luz del sol.

—No, sólo necesita la luz eléctrica. Para cargar su batería, ya sabes.

—¿Tiene nombre? Al fin y al cabo, es... “adoptado”.

—Claro, se llama Sakumuchi. Saki para los amigos.

Retomando el hecho del robo que comentábamos al comienzo, hemos de decir que éste afectó a Amalea en lo más hondo, mujer sensible y de buenos sentimientos como ella sola. Sabía desde hacía tiempo que necesitaba arreglar la caja fuerte, cuyo cierre estaba estropeado; pero, acuciada por las deudas, había prescindido de dicha reparación contando con que era raro que delinquieran en un establecimiento como aquél, con tan humilde flujo de caja. En todo caso, había transcurrido casi un mes desde la última retirada al banco por los profesionales de seguridad, y el montante era considerable. Básicamente, era como si durante un mes la cafetería hubiera estado cerrada, pero consumiendo luz, agua y otros gastos.

Y no sólo le dolió en el alma por estos motivos monetarios, sino también porque sabía que había sido llevado a cabo por uno de sus clientes habituales. Uno de aquéllos a los que se esforzaba día a día por fidelizar, cuidar y hacer

sentir lo mejor posible. En concreto, una adolescente llamada Nelia.

¿Y cómo sabía Amalea que había sido ella?

Bien, ella misma se lo dijo.

Nelia tenía diecisiete años y acudía a Café Largo a diario. Solía pedir un café solo al comienzo de la tarde y lo alargaba hasta la noche, absorta en su *tablet* y sus deberes de clase. El despliegue de su mesa era tal que le tomaba varios minutos instalarse al empezar y recoger al terminar.

Desde el primer día Amalea había tenido una opinión positiva de ella. Era educada, amable y alegre. Daba gusto tratar con ella, siempre pedía las cosas por favor y las recibía con un gracias. En las ocasiones en que le acompañaba alguna amiga, se comportaban de manera ejemplar, sin armar el escándalo propio de esas edades, y esto era algo que la propietaria del establecimiento agradecía con el alma. Pero Nelia por lo general venía sola, y tenía un motivo para ello. Con el tiempo Amalea se ganó su confianza y ella le compartió dicho motivo. Parece ser que tenía una relación a distancia con un chico al que nunca había visto en persona, lo cual no parecía importarle. Aseguraba estar profundamente enamorada, y su única manera de comunicarse con él era a través de esa *tablet* que siempre se hallaba encendida sobre su mesa de la cafetería. No tenía conexión en casa; su familia carecía de recursos, como demostraba el hecho de que, extraño en una chica de su edad, no tenía teléfono móvil. Sólo esa vieja *tablet*, que en su día ganó en un concurso literario del instituto, a la que sacaba el máximo partido y mantenía a pleno funcionamiento cada día, al tiempo que rezaba para que no le fallara.

Amalea le cogió cariño a Nelia. Por eso, el día en que ésta le dijo que tenía algo que contarle, le dedicó toda su atención.

—Dime, corazón.

Nelia parecía paralizada en cierto modo. Era patente que estaba nerviosa. Amalea no tenía mucha clientela en ese momento, así que se sentaron en los sofás.

—He sido yo —comenzó Nelia.

—Has sido tú... ¿el qué?

—La del robo.

—¿Cómo?

Al principio Amalea no se lo creyó. No veía capaz a una chica tan joven, tan buena e inocente, de hacer algo así. Sin embargo, recordó las dificultades económicas por las que atravesaba su familia. En situaciones extremas los

seres humanos eran capaces de cualquier cosa; lo sabía bien.

—Lo siento. —Nelia no parecía capaz de decir mucho más.

—¿Tú me has robado?

—Sí.

—¿Cómo? ¿Por qué?

La elocuencia no acudía a los labios de Amalea.

—Lo siento de verdad. Mi familia necesitaba el dinero. Lo estamos pasando muy mal. ¡Pero te lo devolveré!

—No puede ser...

—Sí, y de verdad que lo siento. No cerrarás el local como me dijiste, ¿verdad? Ahora que sabes quién te ha quitado el dinero y que te lo va a devolver.

—Es que no me puedo creer que hayas sido tú.

—Sí, fui yo. Vengo de un país donde ves esto a diario frente a la puerta de tu casa. No es tan extraño para mí. Pero te juro que te lo devolveré. Sólo no cierres Café Largo, por favor. Saki te ayudará a que todo vaya bien, ¿cierto?

Amalea estaba profundamente impactada.

—Pero Nelia... ¿cómo eres tú así, tan educada y dulce, y al mismo tiempo una ladrona? No lo entiendo.

—No soy una ladrona. Lo hice por necesidad. Lo siento de verdad, lo diré todas las veces que hagan falta.

—¿Forzaste la persiana y entraste tú sola? Hace falta fuerza.

—Me ayudaron.

—¿Qué hiciste con el dinero?

—Dárselo a mi familia. Tienen muchas deudas, ya han pagado algunas con él.

—Yo también tengo deudas, Nelia. Estoy decepcionada contigo.

—No me denuncies, por favor.

—No sé.

Nelia bajó el rostro. Parecía a punto de llorar, así que Amalea decidió no insistir. Además, necesitaba algo de tiempo para asimilar la situación, y decidir qué hacer al respecto.

—Te lo devolveré —musitó Nelia, mientras Amalea se levantaba y se dirigía de vuelta a la barra.

Sakumuchi era ciego. Amalea y Lagun lo comprobaron bien tras hacerle unas preguntas.

—Tenemos que asegurarnos de que tiene las funciones básicas —dijo Lagun.

Cuando le inquirieron acerca de la forma y color de algunos objetos, el *robot* no supo contestar.

—¡Sakumuchi! Te chamuscaron. Estás dañado. No puedes ver.

—En efecto, señora. No soy capaz de procesar la información que llega a los paneles fotosensibles de mi rostro.

—Bueno, eso ya lo sabemos —contestó Amalea—. ¿Puedes sernos útil de alguna otra forma, pese a que no puedas ver?

—Absolutamente. Puedo trabajar sirviendo copas.

—Para nada. Te chocarías con todos los muebles y tirarías los objetos. Eso sin contar con que golpearías a los clientes a tu paso. Ah, y no son copas, son cafés. Esto es una cafetería.

—Tengo incorporado un sistema de radar que me permite interactuar con mi ambiente. Mi anterior dueño me llamó murciélago por ello. Jamás entendí el motivo. Imagino que sería una metáfora, pero no la entendí, supongo que debido a mi desconocimiento de lo que pueda ser un murciélago.

—¿Quieres decir que puedes trabajar?

—En efecto, señora. No tengo más que servirme de dicho sistema de radar. Me permite realizar casi todas las funciones visuales sin mi aparato visual. Por defecto se halla apagado, debido a la alta cantidad de recursos que consume.

—No me fío. Lo va a destrozar todo.

—¿Qué nos impide ponerlo a prueba? —apuntó Lagun—. Que nos sirva a nosotros a puerta cerrada. No perdemos nada por intentarlo.

—Yo puedo perder mi vajilla.

Pero lo pusieron a prueba y, sorprendentemente, su rendimiento fue más que satisfactorio. No sólo se desenvolvía como si no fuera ciego, sino que además aprendió rápido a hacer todos los tipos de cafés: con leche, capuchinos, solos, cortados... Colocaron algunas tazas y platos por las mesas del establecimiento y le pidieron que las recogiera. Sakumuchi lo hizo sin ningún problema.

—¿Qué más da que sea ciego, Amalea, si a efectos prácticos no lo es? Tiene su radar de murciélago.

—Contratado. Aunque es una pena que tenga problemas para ver, tenía pensado utilizarlo como seguridad por las noches.

Y esa misma noche Nelia entró a robar.

La incorporación de Sakumuchi en Café Largo fue un éxito, pese a que coincidió con la noche del robo. Lagun estuvo presente y animó a Amalea, ayudándola a sobreponerse al hecho y recordándole la baza de la que disponía ahora. Ayudó a difundir la noticia de la incorporación de Sakumuchi por las redes sociales y los clientes reaccionaron positivamente. Amalea suponía que la novedad aseguraría al menos los primeros meses. Quizá podía ayudar a compensar las pérdidas del robo. El *robot* se desenvolvía extraordinariamente bien. Ofrecía un buen servicio, realizaba excelentes cafés y daba conversación a los clientes. Todos estaban encantados de interactuar con él. Era una novedad absoluta en la ciudad. Y nadie se percató de su ceguera.

Pasadas unas semanas, Nelia ya estaba encariñada con el *robot*.

—Saki, ¿te puedo contar la Revolución Rusa? —le decía, o cosas por el estilo. El *robot*, siempre que se lo permitiera el volumen de trabajo (y con el beneplácito de Amalea), accedía a sentarse un rato con la joven y escuchaba atento sus explicaciones sobre historia, lengua, matemáticas... Y sobre el corazón—. Saki, estoy triste.

—¿Por qué, señorita?

—Porque hoy no he podido hablar con él. Ha salido a la discoteca.

—Entiendo, señorita. Quizá podrían hablar el doble de tiempo mañana, para compensar.

—Ojalá podamos, pero...

—Pero... ¿qué, señorita? —inquirió Sakumuchi, al ver que Nelia se detenía.

—Que estoy celosa.

—No entiendo bien esa emoción, señorita.

—¡Yo te la explico, no te preocupes! Estoy celosa porque en la discoteca puede conocer a otras chicas y eso me hace sentir mal.

—Pero ustedes dos se quieren, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces no veo por qué la posibilidad de que conozca a otras chicas le hace sentir mal.

—¿Por qué no, Saki?

—Entiendo que en las relaciones humanas se otorgan emociones mutuamente. Si usted ya le otorga las que él necesita, ¿por qué habría de buscarlas fuera, señorita?

—Tienes razón, no debería sentirme mal por eso. Yo ya le otorgo lo que necesita. Confío en él. Gracias, eres el mejor.

—Me alegro de haberle ayudado, señorita. No me alegro literalmente, pues las emociones son cosas de humanos, pero estoy dispuesto a ayudarle siempre que lo requiera y la señora Amalea me lo permita.

Y con un abrazo rápido, Nelia le dijo que podía volver a su trabajo.

Amalea tomó la decisión de pasar por alto el robo de Nelia, al menos por el momento. La intuición le decía que había algo raro en aquel asunto, pero no sabía qué era, y por prudencia se tomó un tiempo para pensar. Quizá habían forzado a la muchacha a que cometiera el robo, no ya sus familiares sino vete a saber quién; quizás estaba encubriendo a otra persona, el verdadero ladrón. Ignoraba el porqué de su comezón, pero algo no le cuadraba. ¿Por qué la muchacha seguía viniendo cada día, como si no hubiera pasado nada? Lo lógico habría sido que no volviera más. Habían pasado dos semanas desde que Nelia confesó y un mes desde que cometió el robo, y le había devuelto treinta euros. Amalea dudaba que fuera capaz de devolverle la totalidad del montante a ese ritmo, y en el fondo ya ni lo esperaba. La incorporación de Sakumuchi le había insuflado de esperanzas desde el punto de vista económico.

Una tarde en que sus reflexiones sobre Nelia eran particularmente agrias y se sentía irritada por ello, llamó al *robot*, que en ese momento se encontraba con la chica.

—No quiero que pases tanto tiempo con Nelia. Tienes trabajo.

—Por supuesto, señora. Reduciré el tiempo que dedico a conversar con la señorita Nelia.

—Sí, si sabes lo que te conviene. Esa chica nos causó mucho daño. ¿Sabes que nos robó?

—¿Qué les robó, señora?

—La recaudación del mes. Justo la noche antes de que empezaras a trabajar.

—Recuerdo el robo, señora. Usted me dejó encendido por la noche, y alguien sustrajo el dinero.

—*Alguien* no, Nelia. Y una persona más que le ayudó.

—No fue Nelia, señora. Mis circuitos se sobrecalientan cuando he de contradecir a mi propietario o propietaria, así que espero no tener que hacerlo a menudo. Pero no fue ella.

—¿Cómo que no fue ella? Tú no puedes saberlo, eres ciego. No viste a los ladrones.

—El mismo sistema de radar que me permite trabajar aquí pese a mi falta de visión me facilita imágenes tridimensionales acerca de la fisionomía de las personas. Es casi como si las viera efectivamente. Daba por sentado que usted lo había colegido.

—Bueno, suponía que no podías reconocer a las personas, y menos de noche...

—Claro que sí, señora, he de reconocer a nuestros clientes para fidelizarlos, y ya ha observado usted que me desenvuelvo decentemente al respecto. Permítame añadir que es justamente de noche cuando el sistema de radar es superior al visual, pues no requiere de luz, por contraposición a aquél. Cuando entró el intruso, activé mi radar y pude reconocerlo.

—Vaya... Sabía que había algo raro sobre la confesión de Nelia. Ella no lo hizo... ¿Por qué no me lo dijiste?

—No me inquirió usted sobre el asunto, señora.

Amalea se quedó pensativa durante unos segundos, preguntándose qué había llevado a la muchacha a confesar un crimen que no había cometido.

—Bueno, y si no fue ella, ¿quién fue entonces el ladrón?

—Su amigo Lagun, señora.

Lo cierto es que no veía a Lagun desde hacía un par de semanas. Le había extrañado, pues de normal se veían con más frecuencia. Había notado que últimamente le daba largas. ¿Significaba eso que se encontraba lejos, con su dinero? No podía entender cómo su amigo había sido capaz de tal puñalada tramera. Sabía que él tenía en mente emigrar y establecerse en otro país con una novia misteriosa de la que nunca le hablaba. ¿Lo había hecho finalmente, gracias al dinero del robo? ¿Le había ayudado tanto durante los últimos meses, incluso regalándole un *robot* (defectuoso, eso sí), sólo para que no sospechara de él? ¿Había conseguido el *robot* también usando métodos poco legítimos? Debía de ser así, pues de lo contrario no le habría resultado rentable comprarle un *robot* y después robarle. De repente sentía que no conocía realmente al que se llamaba su amigo; todavía estaba en *shock* por tan tamaña traición, así que no podía pensar con claridad.

—Nelia... ¿puedo tomarme un café contigo?

—¡Claro! —respondió la adolescente, alegre, haciéndole un hueco entre

sus apuntes para que dejara la taza.

—Vamos a ver... ¿por qué me mentiste?

—¿Cómo? ¿Sobre qué?

—Sobre el robo.

—Yo no te...

—Por favor. Sé que no fuiste tú. —Nelia agachó la cabeza—. Tenía una sensación muy rara con todo el asunto, y ahora las piezas me encajan. Todas menos una. No entiendo por qué te confesaste culpable del robo. Sé que eres una buena chica. Cuéntamelo, somos amigas.

—¿Somos amigas?

—Claro, sobre todo ahora que sé que no me robaste.

—Bueno... me alegra que me consideres tu amiga. Yo también te considero mi amiga.

Nelia parecía a punto de llorar, así que Amalea la apremió:

—Por favor, cariño. Dime qué te impulsó a mentirme y a asumir esa carga terrible.

—Vale... —Nelia respiró hondo y tras unos segundos comenzó—: Fue porque no quería que cerraras Café Largo. ¿Te acuerdas de que me contaste que estabas pensando en cerrar porque no te iba bien? Cuando me lo dijiste casi me caigo al suelo porque perdí la fuerza en las piernas. Encima sucedió lo del robo. ¿Pero sabes? Sólo en Café Largo tengo conexión y puedo hablar con mi novio. Sólo en Café Largo puedo pasarme la tarde haciendo los deberes, con él contemplándome a través de la pantalla y dándome ánimos. En Café Largo me siento como si estuviera viviendo con él aquí, entre estas cuatro paredes que son como mi casa. Café Largo es el escenario que le he puesto a mi relación a distancia. No sé quién te robó, pero yo quería asumir la culpa para darte el dinero que te habían quitado. No vas a cerrar Café Largo, ¿verdad?

Cuando terminó de hablar, Nelia estaba deshecha en llanto y apenas se le entendía.

—No, corazón —contestó Amalea, abrazándola—. No voy a cerrar Café Largo, ¿y sabes a quién tenemos que agradecersele?

—¿A quién? —preguntó Nelia entre sollozos.

—Lo tienes justo detrás de ti.

Una mano metálica se posó sobre la espalda de Nelia y la acarició con suavidad.

—Creo que los humanos hacen gestos como éste sobre la espalda de quien

llora.

La muchacha alzó su vidriosa mirada y observó el rostro de Sakumuchi.
O de Saki para los amigos. Es decir, para ella.

18. Vulnerable

Llovía como si se acabara el mundo.

Lo último que le apetecía hacer a Dayana en ese momento era, sin duda alguna, ir al gimnasio. La facultad se encontraba un tanto vacía; con el oscurísimo día que había amanecido, muchos estudiantes se habían quedado en casa. El ambiente se asemejaba a las películas de terror que ella tanto odiaba, con las que a su novio le encantaba martirizarla cada dos o tres fines de semana. Trató de apartar de su mente los pensamientos negativos y, a pesar de que le falló su compañera Tisa, que usualmente iba con ella al gimnasio, se dispuso a cumplir con su rutina de deporte.

A pesar del paraguas, se empapó los vaqueros y las zapatillas durante el corto trecho desde la facultad hasta el campus de deportes. Al entrar en éste, el ambiente le pareció más tétrico todavía: no había nadie. Ni una sola persona en los pasillos o las pistas. Sólo le acompañaba el repiqueteo de la lluvia sobre el techo, paredes y ventanas del edificio. Dayana temió que se encontrara la misma situación al llegar al gimnasio, pues le disgustaba la idea de estar a solas con el entrenador. Se trataba de un hombre flaco, encorvado, de edad más bien avanzada. Desde luego, no parecía alguien capaz de orientar en lo referente al ejercicio físico.

Dayana recorrió los pasillos, más oscuros de lo habitual, en dirección al sótano de las instalaciones, donde se ubicaba el gimnasio. Las gafas salpicadas por la lluvia se lo ponían más difícil para ver en la penumbra. Sentía que estaba comenzando a vivir esas aborrecidas películas de terror.

Al entrar en el gimnasio, sus temores se confirmaron: sólo el entrenador se encontraba allí. Creía recordar que se llamaba Jimeno. La miró con su habitual gesto hosco. Dayana trató de ignorar el hecho de que estaban los dos solos, no ya en el gimnasio, sino por lo visto en todo el edificio. Se puso sus cascos y su música. Hizo su calentamiento, sus sentadillas, sus mancuernas, sus poleas, su elíptica, sus abdominales, sus flexiones, sus estiramientos; siempre ignorando a Jimeno y maldiciendo que en toda la hora no entrara nadie más. ¿Qué pasaba con la gente? De repente recordó la película *The Truman show* y se identificó con el protagonista. Cuando alzó la mirada para buscar las cámaras, se sintió tonta y se centró en sus ejercicios.

Cuando terminó, se dirigió al vestuario. Prescindió de despedirse de Jimeno, pese a que sintió su torva mirada clavada en su nuca, o quizás en su

trasero. A Dayana le encantaba la ducha de después de hacer deporte, se le antojaba terapéutica en cierta medida. Tampoco había nadie en el vestuario, lo cual la tranquilizaba y la inquietaba a partes iguales. Cerró la puerta y se desnudó, extrajo de su mochila de deporte la toalla y el gel de ducha. Colocó sus gafas en el estuche, haciendo con ello que retornara una vez más el borroso mundo de los miopes. Entró en la ducha y pulsó para que fuera cayendo el agua; tardaba en calentarse. Pese a su sonido, podía escuchar el de la lluvia fuera; la tormenta parecía haber arreciado. Enjabonó su cuerpo y, aunque hizo tímidos intentos por no mojarse el pelo, desistió y también se lo lavó. Entonces de reojo le pareció percibir algo por encima del muro que separaba las duchas del resto del vestuario y volteó la cabeza, pero no vio nada; tampoco es que tuviera confianza en ver gran cosa con su miopía galopante. Un escalofrío le recorrió la espalda, no obstante, ante la idea de que la cabeza de alguien se hubiera asomado para espiarla. Se quedó paralizada. Esperó a que el agua dejara de caer para escuchar mejor. Sólo oía la lluvia. Despacio se dirigió hacia la salida de las duchas y observó. El vapor formado se sumó a su miopía para obstaculizarle la contemplación de la escena. No notó nada fuera de lo normal. Concluyó que se trataba de imaginaciones suyas debidas a la sugestión, o de un destello, un reflejo o algo similar. Reanudó su ducha.

Volvió a relajarse bajo la tonificante agua caliente, terminó de enjabonarse y se enjuagó. El vapor era denso y el ambiente muy cálido; pensó que a lo mejor no debería haber cerrado la puerta. Salió de las duchas y alargó la mano hacia el banco, donde había dejado la toalla, pero no estaba. No había nada.

—¡Mis cosas!

¡Se las habían robado! Su mochila, con todo dentro: ropa, cartera, móvil, llaves, gafas... ¡Sus gafas!

Desesperó. Y, de la desesperación, permaneció inmóvil. Sintió que quedarse desnuda y sin gafas era como quedarse doblemente desnuda. Las únicas pertenencias que conservaba eran las chanclas, pues se duchaba con ellas, y el gel, el cual era bastante inútil como arma.

¿Qué podía hacer?

No podía salir a buscar ayuda por los pasillos, se encontraba totalmente desnuda. Además, ¿a quién iba a pedirle ayuda? El edificio se encontraba vacío, como había comprobado, y el ladrón no debía de hallarse lejos. ¿Y si le estaba tendiendo una trampa, esperando tras alguna esquina? Se sentía

extremadamente vulnerable, sin ropa y sin poder ver, paralizada en medio del vestuario y cubriéndose las vergüenzas. Caminó hasta la puerta del vestuario y asomó la cabeza. Quizás había alguna mujer de la limpieza, pero por supuesto ese día no; parecía que se habían puesto todos de acuerdo. Ni un alma por los pasillos. La lluvia seguía martilleando el edificio con fuerza. Volvió a entrar en el vestuario, indecisa.

Comenzó a experimentar ansiedad... Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero las contuvo; no era manera de resolver las cosas. No podía esperar a que apareciera alguien, debía pedir ayuda a la única persona que, aparte de ella misma, se encontraba en el edificio.

La ansiedad fue su indeseable compañera desde el momento en que puso el pie fuera del vestuario y emprendió el camino de vuelta al gimnasio. A lo largo de los varios pasillos y giros, así como de un par de descensos por escaleras, se cubrió los pechos como pudo con una mano y la entrepierna con la otra. Miró continuamente de un lado a otro, entrecerrando los ojos como hacen los miopes en un iluso intento por ver mejor. Seguía sin haber un alma, la oscuridad la rodeaba y la lluvia se cebaba más que nunca con el techo ahí fuera.

Se aproximó al gimnasio. Le temblaban las piernas ante la perspectiva de su encuentro, en desigualdad de condiciones, con el personaje de Jimeno. Entró.

Las luces estaban apagadas.

Pese al pánico que experimentaba, reunió las fuerzas necesarias para gritar:

—¡Jimeno!

Una mano le tocó el hombro por un lado. El salto que dio hizo que se tropezara con las chanclas mojadas, y que casi se cayera porque no estaba dispuesta a separar sus manos de sus vergüenzas para equilibrar el cuerpo. Sin embargo, al girarse...

¡No había nadie!

Sólo veía oscuridad; o, para ser exactos, una penumbra borrosa a través de la que distinguía algunas de las máquinas. Miró a todas partes, nada, ni siquiera percibió ningún tipo de movimiento, tampoco sonidos aparte de la lluvia ahí fuera y su propia respiración acelerada.

—Jimeno —repitió con la voz temblorosa. Nadie le respondió.

Estaba segura de que alguien le había tocado el hombro. Igual que antes en

la ducha le había parecido que le espiaban... Sabía que podía estar sugestionada, pero... ¿hasta el punto de percibir el contacto de alguien? Le atacaba de nuevo la ansiedad. Sólo discernía las formas indefinidas de las máquinas.

—¿Jimeno? —dijo por tercera vez, esta vez con un hilo de voz, propio de la víctima torpe e inocente de las películas de miedo.

Inspeccionó el gimnasio a paso lento. Empezaba a tener frío; el bochorno de la ducha caliente se disipaba. Se hallaba tan tensa que hubo de sentarse unos segundos en una máquina. Bajó las manos. Necesitaba relajarse un momento y pensar. Conserjería, de repente lo vio claro. En conserjería tenía que haber alguien. No se había fijado al entrar ya que ellos siempre estaban ahí, como parte del mobiliario. Se ubicaba en la entrada, ni siquiera debía salir del edificio. Antes, su mente se encontraba tan embotada que primero había pensado en venir a buscar al perverso del gimnasio. Se levantó y se dirigió a la salida, donde había una sombra que se movía.

Esperó unos segundos; la sombra desapareció. Era alguien que salía por la puerta del gimnasio. Dayana tenía ganas de gritar, pero obviamente no era buena idea. Decidió dejar sus miedos a un lado y acudir directa a conserjería.

Se imbuó de resolución y comenzó a caminar, cubriéndose de nuevo con las manos. Estaba seca y helada. No parpadeó mientras se acercaba a la entrada del gimnasio, que parecía desierta. Aguzó el oído; sin embargo, sólo sus pisadas y la lluvia alcanzaban sus tímpanos. Al traspasar el umbral casi esperó el impacto de algo sobre su cuerpo, o que una mano perversa le palmeara las nalgas, pero no sucedió. Miró hacia las escaleras y tampoco distinguió a nadie. Se volvió a convencer de que todo era sugestión. Las subió y emprendió el camino por el pasillo. Tampoco había nadie. Sin embargo, cuando iba por la mitad un olor nauseabundo atacó sus fosas nasales. Era tan fuerte que le entraron ganas de vomitar. Provenía de un cuarto de baño a su derecha. Nunca había olido nada igual. Se aproximó un poco a la puerta y hubo de taparse la nariz. Debían de ser las cañerías, se dijo, tienden a oler con el mal tiempo. Oyó un ruido breve también procedente del baño, como un golpe de un objeto duro, lo que le hizo dar un respingo y volver a tropezar con las resbaladizas chanclas. Esta vez no consiguió estabilizarse y se cayó al suelo. Extendió las manos para amortiguar el impacto, pero calculó mal y se hizo daño en las muñecas. Además, con la cabeza golpeó un extintor. Se dio en la sien, formándose en ella una brecha y

en su cerebro un ligero mareo. Intentó incorporarse, pero tenía doloridas las muñecas; realmente la caída había sido importante...

Fue entonces cuando una mano le agarró del tobillo y tiró de ella, arrastrándola al interior del maloliente cuarto de baño.

El terror aprisionó cada músculo de su cuerpo, hasta el punto de que sentía que alguno podía explotar de la tensión. No se atrevía a girarse a mirar a la persona que tiraba de ella. De todas formas, su miopía no le habría ayudado a distinguir con claridad a su captor. Con las manos trató de aferrarse a algo, pero no había nada en el suelo o en la pared. Ya dentro del cuarto de baño, el hedor volvió a atacarle con fuerza. Las arcadas ascendieron por su pecho. ¿Y qué importaba si vomitaba? Era la menor de sus preocupaciones en ese momento. Pataleó, sobre todo con la pierna que tenía libre, pero sus envites contra el brazo de su captor parecían mordeduras de hormiga a un elefante. En el esfuerzo perdió ambas chanclas. Su garganta ardía. El suelo del baño quedó manchado de su vómito, que iba formando un reguero conforme Dayana era arrastrada hacia el interior.

—¿Quién eres? —exclamó—. ¿Jimeno? —El sujeto le respondió con un leve gruñido masculino—. Te llamas así, ¿no? El entrenador del gimnasio. O quien seas, por favor, suéltame... —Le temblaba la voz. Si era alguien tan perverso como parecía, eso sólo debía de insuflar sus ánimos de hacerle mal. Sin embargo, apelar a su piedad era su única opción—. Por favor, por favor...

No le contestó. Dayana sentía el frío contacto de la mano en el tobillo y cómo su propio cuerpo desnudo se deslizaba por las baldosas. Trató en vano de ponerse en pie. Con sus desesperadas patadas sólo golpeaba el aire.

—¡Socorro, ayuda! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones, pero sin conseguir proyectar la voz debido a su postura. Lo único que consiguió con ello fue que el hombre arrojara al suelo su pierna, lastimándole los dedos del pie. Dayana miró las blancas baldosas, manchadas de vómito y gotas de sangre. Se sintió a punto de llorar y cerró los ojos con fuerza para impedirlo.

Cuando los abrió, reunió el valor para mirar atrás.

No había nadie.

El olor seguía perforando sus fosas nasales, impidiéndole pensar con claridad. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Entraba algo de luz por una ventana translúcida que daba a otro pasillo, la suficiente como para darse

cuenta de que en efecto estaba sola. Se incorporó con lentitud y se palpó la sien. Tenía algo de sangre, pero la herida no era profunda. Caminó por el cuarto de baño inspeccionando los tres cubículos para el retrete, vacíos. Era imposible. Si hubiera salido el hombre lo habría visto, pues cuando estaba en el suelo la puerta quedaba frente a ella. No lo entendía, la voz del hombre, su contacto sobre su tobillo, la manera en que la arrastraba... ¿acaso podía haber imaginado eso también? El olor seguía presente. Era horroroso. Debían de tener un gato muerto atascado o algo por el estilo. No lo soportaba más; agarró las chanclas y salió del cuarto de baño, sorteando el charco de vómito. Caminó despacio hacia la entrada del edificio apoyándose en la pared, pues seguía mareada y no quería caerse otra vez. Le daba la impresión de que los pasillos estaban más oscuros todavía, pero quizás eso se debiera a que tenía la vista nublada. ¿No estarían cerrando por completo el edificio? Sabía que, en ocasiones de temporal extremo, a veces la rectoría decidía cerrar todas las facultades e instalaciones de la universidad, incluidas las deportivas. ¿Podían dejarla encerrada? ¡NO! Se moría de sólo pensarlo. No podían ser tan incompetentes de cerrar sin asegurarse de que no quedaba nadie dentro. La ansiedad le hizo acelerar.

Se detuvo de golpe cuando vio a alguien salir de una puerta y quedarse plantado frente a ella. Se tapó como pudo con las manos. Sólo veía que había alguien, pero ni distinguir el sexo era capaz. Probablemente un adulto, por su estatura, el cual cerró con llave la puerta de la que había salido.

—¿Hola...? —dijo Dayana con timidez. Entonces la persona caminó hacia ella. Le pareció distinguir que llevaba los colores de los empleados de deportes—. ¿Jimeno?

Pues efectivamente se trataba de un hombre, a juzgar por su silueta. Carraspeó, como quien lleva un rato sin hablar y se dispone a hacerlo. Sin embargo, los nervios hicieron que Dayana se adelantara.

—¡Por favor! —le gritó—. ¡Por favor, no me haga nada! ¡Necesito ayuda, me han robado! —Notó que súbitamente le faltaba el aire, no se había recuperado bien del mareo. La sangre no fluía en su cerebro. Sus músculos perdieron fuerza; lo último que percibió fue al hombre corriendo hacia ella y alargando un brazo, como para impedir que se desplomara.

Cuando Dayana recobró la conciencia, notó varias figuras pendientes de ella. Estaba tumbada sobre un banco de madera.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —dijo al instante, insuflada por un

inmediato nerviosismo. Al mover los brazos se dio cuenta de que le habían colocado algo por encima. Era una toalla.

—Tranquila, muchacha. Te has desmayado, eso es todo.

—¿Quiénes sois?

—Soy Jimeno, tu entrenador. Y conmigo están el conserje y Lourdes, de limpieza.

—¿Jimeno? —Dayana no podía pensar con claridad.

—Ay, bonita, la que he liado —dijo la mujer—. Me vas a tener que perdonar.

—La ha liado pero bien —agregó el conserje.

—Quiero mi ropa. ¿Dónde están mis cosas? Me han robado.

—No te han robado —respondió Jimeno—. Tranquila, ahora Lourdes te explica.

—Toma tus cosas —dijo el conserje. Se acercó con varios bultos perteneciente a Dayana: la mochila de deportes, la toalla, la ropa... Todo.

—Perdona que haya cogido tus cosas —explicó Lourdes—, te cuento, preciosa. Resulta que tenía que limpiar el vestuario. Me he asomado a las duchas porque te iba a avisar, pero enseguida me he arrepentido, no quería asustarte. Así que me lo he llevado todo sin decirte nada. Esperaba acabar de limpiar antes de que tú terminaras de ducharte, así soy de rápida. Cuando iba a empezar, me ha llamado mi supervisora y me ha entretenido un buen rato. Lo siento de verdad, debes de haberlo pasado mal pensando que te habían robado. Te pido mil perdones, bonita, las que hagan falta.

—¿Cómo? —Dayana se sentía muy aturdida aún y entendía con retraso lo que le decían.

—Toma —dijo Jimeno, ofreciéndole un bote de refresco. Dayana lo abrió y bebió como si no hubiera un mañana—. La cafeína te vendrá bien.

—Bueno, lo de Lourdes ha sido un despiste, perdónala, no tiene maldad —dijo el conserje.

No tenía maldad, pero Dayana la quería asesinar. No era capaz de decir nada. Mientras bebía el refresco, se preguntó si todo lo que había experimentado había pasado de verdad o había sido fruto de su mente sugestionada. ¿No la habían tocado en el gimnasio, no la habían arrastrado por el suelo del cuarto de baño? Es decir, ¿todo había comenzado con la torpeza de la limpiadora y lo demás había sido una jugarreta de su cabeza? Creía que había cosas que habían sucedido de verdad. Sin embargo, en ese momento no podía pensar. Dejó el refresco en el banco y rebuscó en su

mochila. Abrió el estuche de las gafas y se las colocó con ansiedad, casi sacándose un ojo con la patilla en el proceso. Miró a los tres alternativamente, el último Jimeno, que exhibía una torva sonrisa. No le había visto sonreír nunca, con lo que su gesto ahora le parecía más que siniestro.

¡Se acabó! Se dio cuenta de que lo estaba volviendo a hacer; decidió no seguirle el juego a la espiral ilusoria de su mente impresionable. Y juró no volver a ver una película de terror en su vida.

19. Un viaje a Japón

Relato escrito en colaboración con Nohelia Yáñez.

Internet cayó en todo el mundo.

En otro momento de mi vida, quizá no me habría importado. Pero entonces sí me importó, y mucho. La persona que hacía temblar mi corazón vivía al otro lado del planeta: Japón. Por tanto, mi comunicación con ella dependía de dicha tecnología. Daila no era japonesa, sino una emigrante española que en su día había decidido valientemente probar suerte en las antípodas de su cultura. Es curioso cómo un día estábamos cerca y no nos conocíamos; y que más tarde, estando lejos, nos conocimos.

Entramos en contacto hace ocho meses a través de su *blog* de viajes. Por lo general me siento bastante reticente a leer ese tipo de contenidos. Considero que hay más postureo y negocio que intenciones genuinas de experimentar una cultura diferente y compartirla con los demás; sin embargo, el *blog* de Daila era distinto. Para empezar, sólo hablaba de Japón (excepto algunas entradas de viajes breves a China y Corea del Sur), con lo cual ganaba en profundidad; y vaya si lo hacía, el nivel de detalle de sus descripciones hacía mis delicias. Casi podía sentir que yo mismo era el que viajaba. Odio a los que están tres días en cada sitio y se atreven a decir que han visitado el lugar, llegando al culmen de su soberbia al extraer conclusiones sobre la cultura y las gentes que viven en los países que pisan (pues eso hacen, pisarlos, más que visitarlos).

El caso es que comencé a seguir a Niponaila (nombre del *blog* de Daila) y a dejarle frecuentes comentarios que delataban mi fidelidad como lector de sus aventuras. Niponaila era enormemente exitoso. Pese al toque personal rayano en lo deprimente que Daila le imprimía, en ciertos círculos se consideraba una fuente valiosísima para la divulgación de la cultura japonesa entre extranjeros de habla hispana, y ello explica la manera tan grandiosa en que me halagó que, de todos sus seguidores, se fijara en mí, justamente en mí: un chico que realizaba continuos pero modestos comentarios, que no tenía foto de perfil ni ofrecía dato alguno sobre sí mismo... ya que, de hecho, no tenía nada que ofrecer de una patética vida como era la mía. Ella contestaba a todos los comentarios, por escuetos que fueran, que yo le dejaba en sus artículos. Mientras que parecía dejar de contestar los de otros

seguidores, conmigo eso nunca sucedió. Al principio pensé que mi naturaleza depresiva entoncó con el tono apenado que se desprendía de su manera de escribir. Mas no podía ser eso; pese a que yo lo era, mis comentarios no eran en sí patéticos. Algo debí de decirle en algún momento que hizo que se comportara de ese modo, así que, acuciado por la curiosidad y transformado en un manojito de nervios, le mandé un mensaje privado inquiriéndole acerca de ese punto en concreto.

—Hola, Dorian —me contestó.

Sentí que en vez corazón había una locomotora en mi pecho. Siempre he sido muy nervioso. Mucho. Y más en relación a las mujeres. Me considero poco agraciado. En mis treinta y tres años de existencia mis intentos con el sexo opuesto siempre se han caracterizado por un encadenamiento de fracasos estrepitosos. Mi autoestima en ese sentido ha frecuentado siempre los bajos fondos de mi ser.

—Hola, Daila.

—Me gusta que me hayas hecho esa pregunta, ¿sabes?

—¿Sí?

—Sí. Porque sí hubo algo que dijiste que me cautivó.

—¿El qué?

El teclado de mi ordenador se hallaba bañado en sudor. Demasiada intensidad para mí, no estaba acostumbrado a recibir tanta atención por parte de una mujer.

—¿Recuerdas mi entrada sobre el procedimiento tradicional japonés para tomar el té?

—Claro que la recuerdo.

—¿Y recuerdas el comentario que me dejaste?

—Sí, también lo recuerdo. Te dije que mi manera preferida de pasar la tarde era con una taza de té de calidad en una mano, un buen libro en la otra, bien cómodo en mi sofá y que, alzando la mirada, pudiera contemplar a través de la ventana la lluvia caer.

—Así es. Pues bien, no te lo dije en mi respuesta entonces, pero mi ideal para pasar la tarde es justamente ése. Lo hago siempre que puedo. A veces falta el detalle de la lluvia, pero el té y el libro, nunca. Me llegaste al alma con tu comentario.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Bueno, no es para tanto, ¿no?

—Sí lo es para mí. No te imaginas la cantidad de tardes que yo he pasado de esa justa manera. Aunque quizá no lo parezca por Niponaila, en realidad soy bastante casera e introvertida.

—Ya somos dos.

Durante unos segundos no supe qué más decir, después continué:

—¿Por qué no me lo dijiste entonces? Tu respuesta fue un emoticono, el de los ojos con forma de corazones.

Ella tardó unos segundos a su vez en responder:

—¿Sabes? El *blog* es muy personal. Ya me parece que entrego una parte muy grande de mí a mis seguidores a través de él. Entonces sentí que desvelar cómo pasaba mi tiempo libre cuando no estaba de viaje era desnudarme por completo. Sé que es una tontería, pero en ese momento lo vi de esa manera. Como te digo soy introvertida.

—Está bien. Te comprendo. —No se me ocurrió nada más inteligente que decir.

—Sin embargo, hizo que me fijara en ti. Voy a seguir contestando todos tus comentarios. Siempre.

—Vaya, qué bien. Me alegra oír eso. Bueno, leerlo. —Tras unos segundos incómodos, añadió—: *Arigato*.

—De nada, es un placer. Oye, me tengo que ir. ¿Hablamos en otra ocasión?

—Claro.

Y se desconectó. Tras la conversación me dediqué a contemplar por enésima vez su galería de imágenes. Daila aparecía con frecuencia en ellas, como una verdadera maestra de la pose, atractiva, siempre sugerente, una diva y semidiosa a mis ojos. De veintiocho años, cabello oscuro y lacio que le llegaba por el cuello, ojos color avellana, su rostro me enamoró desde la primera vez que lo vi; solía resaltar sus curvas con vestidos tradicionales japoneses en los más bellos parajes, ya fueran del entorno urbano o natural. Era capaz de expresar matices y significados con la manera en que miraba a la cámara, que rara vez he apreciado en fotografías de otras personas. Sus instantáneas eran obras de arte y me postraba ante ellas. Al igual que con las entradas escritas, sabía comunicar una sutil pesadumbre que teñía de un carácter muy peculiar a su *blog*. No era simplemente la introversión que aseguraba tener, y se me antojaba alguien semejante a mí en esa tendencia a la negatividad. Aunque me avergonzaba reconocerlo, el amor corría por mis venas. La conversación no hizo sino añadir levadura a mis emociones. No me

pude contener: recorrí mi piso, saltando y cantando.

Desde entonces hablamos por mensajes privados como ésos casi a diario. Intimamos poco a poco y, sin saber cómo, llegó un momento pasados aproximadamente los dos meses, en que nos hablábamos de una manera diferente. Me sentía querido por ella, y yo le correspondía compartiéndole mis intensos sentimientos. Cada vez que actualizaba Niponaila, le depositaba velados comentarios de amor. Unas semanas después, justamente, me llamó “mi amor”, y el suelo de mi piso se tambaleó bajo mis pies. ¿Cómo había causado ella ese terremoto, encontrándose en las antípodas? Entonces no pude ni quise contenerme más. Le dije que la adoraba, que la idolatraba, que la veneraba... en definitiva, que la amaba. Que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, incluida cualquier locura que acudiera a su mente.

—Haz la locura de venir a verme.

Casi me dio un ataque al corazón. Me sentía más que inclinado a hacerlo.

—¿Sólo a verte? ¿No prefieres que me vaya a vivir contigo?

—¡Ay, sí! ¡Sí! ¡Me encantaría eso, no te imaginas cuánto, mi amor! Has de venir y quedarte conmigo.

Mi vida en España no tenía ningún sentido; no había conseguido progresar en ningún aspecto. Trabajaba de cocinero en un bar de mala muerte y hacía tiempo que buscaba la ocasión de dejarlo. Guardaba algunos ahorros, y con ellos estaba dispuesto a cambiar de vida en cuanto surgiera la oportunidad. Y la oportunidad se estrelló contra mí.

—Lo deseo con toda mi alma —contesté—. Y lo haré.

Las noticias sobre el deficiente funcionamiento de *Internet* a nivel mundial nos inquietaban a ambos, pero, por lo visto, ninguno de los dos le otorgó la importancia que, basándonos en sus consecuencias, acabó teniendo. En el fondo pensábamos que era algo que se solucionaría. Pero no, no se solucionó. Podía viajar a Japón; los transportes funcionaban, si bien bajo mínimos y tirando de sistemas antiguos y en ocasiones de emergencia. Sin embargo, había cometido la imprudencia de dejar para el último momento pedirle a Daila su dirección exacta. Tampoco tenía su número de teléfono. Hasta entonces, sólo nos habíamos comunicado a través de Niponaila. Tras el apagón mundial, toda mi comunicación con ella se cortó.

El apagón duró días, semanas, meses... y no escuchábamos noticias

positivas al respecto. Crecía en importancia la teoría de que fue causado por la Iglesia de la Eutanasia, en su afán de devolver a los seres humanos a un estado más primitivo. A mí no me importaba el motivo de la caída de la conexión, sino el hecho en sí. Rodeado del caos que se estaba formando en la sociedad, yo sólo era capaz de pensar en Daila. Se aproximaba el día de mi vuelo a Japón. Resolví realizarlo de todas formas, pese a no saber adónde dirigiría mis pasos una vez pusiera un pie en el País del Sol Naciente.

El viaje, por supuesto, fue más caótico de lo habitual debido a la falta de *Internet*. Volver a los trámites de papel y a tratarlo todo por teléfono o en persona causaba unos retrasos monumentales. Por suerte, estaba concienciado y mi gran paciencia, ayudada por la perspectiva del también monumental premio de ver a Daila, se impuso. Sabía que vivía en Tokio, pero de la casualidad de que se trata de una de las ciudades más grandes del mundo. Por algunas entradas de Niponaila mapeé las zonas por las que se movía, pero esto podía bien no ser indicativo de su lugar de residencia, dada la naturaleza viajera del *blog*.

No fui capaz de admirar Japón entonces. Sabía que su grandeza se encontraba ahí, frente a mis ojos, pero yo era ciego a ella en esos momentos. La ignoré, centrado como estaba en encontrar a Daila. Vagabundeé y sentí enloquecer durante varios días en que no sabía qué hacer ni adónde ir. Mi aspecto se resintió, pasó una semana y gastaba mi dinero en alojamiento y manutención. Visitaba compulsivamente los lugares reseñados en Niponaila que yo recordaba, por si se le ocurría pasarse por ellos para encontrarse conmigo. Pero nada. Al transcurrir dos semanas mi dinero casi se había agotado. *Internet* no volvía. Era capaz de cualquier cosa a esas alturas.

Y lo fui.

Se me ocurrió una idea. Siempre sospeché que había un deje de locura desesperada en mí; tener esa idea y resolver llevarla a cabo me lo corroboró. Si no podía encontrar a Daila, provocaría que ella me encontrara a mí.

Miré hacia abajo. Los transeúntes comenzaron a percatarse con rapidez de mi presencia en las alturas. Ciertamente, no era un edificio demasiado alto (sólo cuatro plantas, mas suficientes para matarme si saltaba); si me subía a uno mayor corría el riesgo de que nadie me viera, y mi objetivo era lo contrario. Éste era el edificio perfecto. Calle Kappabashi, en el barrio de Taito, una enorme estatua de la cabeza de un cocinero a mis espaldas en la azotea con su

gorro blanco apuntando hacia el cielo, desde luego un lugar notorio en el que muchas miradas se posaban a diario.

Perdí la noción del tiempo. Tengo la sensación de que pasé horas subido allí, delante del pañuelo azul del cuello del cocinero y ante la mirada atenta de la gente allá abajo a modo de gran público, pero creo que hice tal ejercicio de introspección que lo que había más allá de mi mente no importó. Mientras esperaba que el ojo del mundo se posara en mí y percibía el rumor aún lejano de las sirenas, hice un repaso de lo lamentable que había sido mi vida hasta entonces. Nunca había tenido éxito en nada. Me había llevado mal con mi familia, había estudiado una carrera universitaria que no me había conducido a ningún lugar en particular y llevaba años trabajando en un puesto que detestaba. Mis necesidades románticas jamás habían sido cubiertas; me avergüenza reconocer que mis experiencias con las mujeres no podían siquiera calificarse de escasas; *no llegaban a ese nivel*. Y, cuando por fin había llamado la atención de una mujer increíble, pese a que estaba dispuesta a recibirme, tampoco funcionaba. Quizá no era tan mala idea lanzarse después de todo...

Un bombero apareció detrás de mí, bordeando la cabeza del cocinero. Hablaba japonés, claro está, por lo que obviamente sus intentos para hacerme arrepentir de mis aparentes intenciones fueron en vano. Y menos cuando extraje un cuchillo que tenía escondido en la chaqueta y le amenacé con él; éste era un lenguaje que todo el mundo entendía. Aunque tampoco esperaba que me entendiera, le grité:

—¡Sólo bajaré si viene Daila!

El bombero se marchó. Volví a mirar hacia la calle. Posé mis pies sobre el borde y respiré hondo. Había cámaras de televisión. Perfecto.

Sabía que era un plan estúpido, que sólo se le habría ocurrido a alguien tan desesperado, enamorado y que tuviera tan poco que perder como yo. Sabía también que las probabilidades objetivas de que en ese mismo instante Daila estuviera viendo la televisión y sintonizando el canal adecuado eran nimias. Sin embargo, estaba dispuesto a esperar. No tenía prisa. Me senté en el borde de la azotea dejando los pies colgando y el enorme cuchillo en mi regazo. De vez en cuando lo blandía en el aire tratando de expresar locura, y creo que se me daba bien. Me giraba con frecuencia para asegurarme de que nadie trataba de acercarse a mí con sigilo por detrás. Pasado un largo lapso de tiempo desde que vi la primera cámara, me giré por enésima vez.

Daila, la mujer de mis sueños, la autora de Niponaila, la que tanto me

había dado sin saberlo, la que representaba tanto para mí y de la que me encontraba perdidamente enamorado, se encontraba allí, con una mano en el hombro del cocinero, mirándome con prudencia, curiosidad y cariño a partes iguales.

—Mi amor... —dijo.

Me levanté inmediatamente y me acerqué a ella.

—¿Cómo se te ocurre hacer esto? —preguntó.

—Bueno, pensé...

—Es lo más romántico que alguien ha hecho por mí en mi vida.

Me dejó sin palabras.

—¿S-sí? —tartamudeé.

—¿Te ibas a suicidar porque no me encontrabas?

La idea parecía gustarle, así que no me atreví a negarlo.

—Bueno...

Y se lanzó a mis brazos. Me cubrió de besos y fui feliz. El contacto de sus labios sobre los míos me cogió por sorpresa, pero lo disfruté. Ella los tenía fríos, me hizo estremecer. Escuchaba un rumor de aplausos allá abajo. Nuestro público estaba feliz por tan dichoso desenlace. Pero Daila parecía tener otros planes.

—Suicidémonos juntos —me dijo.

—Espera... ¿cómo?

—Ahora sí que has llegado a mi corazón, Dorian. Por alguien que quiere quitarse la vida yo no puedo sino estar loca de amor.

—¿Por qué?

—¿No te lo dije nunca? Pertenezco a la Iglesia de la Eutanasia. Nuestro lema es “salva el planeta, suicídate”.

—No... no me lo habías contado.

Mi situación se asemejaba en aquel momento a un paro cardiorrespiratorio; en la azotea de ese edificio, con cientos de miradas, algunas cámaras fijas en nosotros, y la mujer de mis sueños que venía a mi rescate sólo para animarme a que terminara lo que parecía haber comenzado. Desde luego necesitaba tiempo para asimilarlo.

—Mira, Daila. Tendríamos que hablar esto muy despacio.

—No quieres tomar una decisión precipitada. Lo entiendo. Quizá decidamos suicidarnos en otra ocasión.

—Vamos a ver... No he venido hasta Japón para suicidarme contigo,

Daila, sino para compartir mi vida contigo.

—Pero no sabemos cuánto va a durar esa vida. Ahora mismo ya estamos compartiéndola. Aun así, me parece bien que quieras hablar las cosas primero.

—Sí, por favor, vámonos de aquí. Me gustaría que esa vida compartida durara un poquito más. Llévame a algún sitio tranquilo.

—Conozco el lugar perfecto: el bosque de los suicidios.

Aokigahara, un lugar aparentemente apacible, pero llamado comúnmente “el bosque de los suicidios” por la cantidad de gente que se dirige allí a dar la solución más definitiva a sus problemas.

—¿Por qué hay tantos carteles por todas partes? ¿Qué pone?

—Son advertencias contra el suicidio. Se pide a la gente que antes de cometer tal acto busquen ayuda de sus familiares, que hay una salida mejor para su situación.

—¿Por qué no hay una entrada en Niponaila para este lugar? Sin duda lo merecería.

—Bueno, supongo que no importa que te responda a eso, ahora que sabes sobre mis afiliaciones. Tenía previsto hacer una entrada sobre Aokigahara. Sólo que quería que fuera la última. La despedida.

—Por favor, no me digas que quieres suicidarte.

—Todos los que pertenecemos a la Iglesia de la Eutanasia contemplamos esa posibilidad. Y no nos asusta; por contra, va en la línea de nuestra filosofía.

—La Iglesia de la Eutanasia... he oído hablar sobre ella estos días, se le culpa del apagón.

—Sí... Siempre se busca un cabeza de turco, pero no acabo de ver cómo la pérdida de *Internet* favorece nuestros intereses. A decir verdad, no lo he pensado lo suficiente, quizá nuestros líderes hayan tenido algo que ver, no lo descarto. ¿Te gusta el lugar?

—Es tétrico... pero porque sé que se le asocia con la muerte. De lo contrario me parecería un lugar tranquilo y bello. Un bosque normal y corriente. Me encantan los bosques, entiéndeme...

—Bueno, hablemos sobre lo que hemos venido a hablar aquí —dijo Daila, mientras me agarraba de la muñeca y me llevaba a sentarnos en un tocón.

Inspiré profundamente y miré a mi alrededor. No entendía por qué algunas personas se decidían a terminar con todo. No es que yo hubiera disfrutado de

la mejor de las vidas, pero no por ello se me ocurría dar al traste con todo lo conseguido, por poco que fuera (aunque la idea se me hubiera pasado por la cabeza en la azotea). La muerte es definitiva, no hay posible retracción de ella y nos termina alcanzando lo queramos o no, ¿por qué entonces adelantar ese final inexorable y privarse de las experiencias irrepetibles que la preceden? Recordé cómo de pequeño me aterraba la idea de la muerte; sólo de pensar que, dentro de la interminable historia del universo, nuestra vida humana no es más que un insignificante momento, y que después de nuestro fallecimiento dejamos completamente de movernos, de pensar, de sentir y en definitiva de existir, unas sacudidas de ansiedad recorrían mi cuerpo y me refugiaba bajo la oscuridad de mis sábanas.

—Se me hace muy cuesta arriba, Daila, haber vivido esta historia de amor, venir hasta las antípodas para estar contigo, sólo para encontrarme con que quieres que nos matemos.

—Te entiendo. Y lo que siento por ti es genuino, no te he mentado en nada. Pero me gustaría que entendieras mis motivos.

—Explícamelos.

—Mi vida no vale nada, nunca valió ni un céntimo. No te voy a aburrir con mi historia personal y familiar, pero te la resumiré confesándote que no tuve una figura paterna sino un baboso que sólo parecía quererme para disfrutar de mi cuerpo, y eso desde que tengo memoria, es decir, desde muy pequeña. Siempre callé, no tenía alternativa. Mi apoyo era una madre ludópata con gigantescos problemas de autoestima; poco antes de marcharme de casa cayó en la prostitución. Mi hermano mayor no me protegía de nada. Por el contrario —Daila hizo una breve pausa, en la que me pareció que se le humedecían los ojos—, también abusó de mí. Se marchó de casa pronto, se fue a Estados Unidos y no quise saber qué fue de él. Suena a historia cliché, un drama típico de película, pero te puedo asegurar que la realidad siempre supera la ficción; siempre. Y en mi caso mi realidad ha sido un infierno.

—Vaya, es terrible... ¿Es todo eso lo que te hizo acercarte a la Iglesia de la Eutanasia?

—No. Todo eso es lo que hizo que no tuviera ninguna razón para no intentar algo totalmente desquiciado como marcharme a las antípodas e intentar vivir de un *blog* de viajes. Ante mi sorpresa, salió bien. Mis primeros contactos con la Iglesia los tuve aquí en Japón. Me sedujeron sus argumentos. Supongo que mi historia personal facilitó el terreno. Pero estoy segura de que tú también estarás de acuerdo con algunas de sus ideas. Contéstame, ¿no te

parece que la especie humana es perniciosa para el planeta Tierra?

—También lo son los excrementos de las vacas. Crean el efecto invernadero.

—Dorian... no me hagas reír. ¿Quién es responsable de que haya tantas vacas? Además, los humanos estamos extinguiendo otras especies animales a pasos agigantados y hacemos desaparecer los bosques. Crecemos demográficamente en progresión geométrica, ¿cómo se va a mantener eso?

—Tendremos que emigrar a otros planetas.

—Exacto, porque habremos jodido aquél que nos vio nacer como especie. Pero es complicado. A nosotros nos parece más razonable mantener la Tierra y volver a como estaba antes. Y para ello hay que reducir el número de personas que la habitan. Sólo con eso se solucionarán los problemas medioambientales, y otros que no son medioambientales, como por ejemplo conflictos territoriales.

—¿Y hay que reducir la población mediante el suicidio?

—Es una de las maneras, hay otras: controlar la natalidad, favorecer los flujos de inmigración... Pero el suicidio a mí me atrae. No encuentro aliciente para seguir viviendo.

—Yo... —Mi inseguridad con las mujeres volvía a hacer acto de presencia —, ¿yo no soy un aliciente?

Daila calló durante unos instantes y me miró con dulzura.

—Puede que... —hablaba despacio, como si estuviera escogiendo cuidadosamente las palabras— seas el primer aliciente que existe en mi vida, desde que nací.

—¿Sí? ¿De verdad?

—Sí, Dorian. Lo eres.

—Tú también lo eres para mí.

—Entonces haz algo por mí.

Al final me convenció.

No encontramos un lugar más alto que ése, y por tanto era el perfecto para nuestro propósito, el ideal. Hacía frío a esa altura. La estación del año acompañaba a nuestras compungidas almas, empequeñeciéndolas más aún. Contemplábamos el panorama allá abajo, sobrecogidos por la pequeñez aparente de nuestros congéneres humanos. Numerosos ojos se hallaban fijos en nosotros, mas sólo podíamos deducirlo por la orientación de sus cabezas, pues no nos era dado observar los detalles de sus rostros a esa distancia. El

viento azotaba mi cabello y también el de Daila. Ese bonito y lacio cabello negro, que había adorado tantas veces a través de la pantalla de mi ordenador, y que ahora tenía oportunidad de tocar en persona.

—Daila.

—Dime, mi amor.

—Te amo con locura.

Ella me contestó con una sonrisa honesta e inocente, expresión que jamás se apreciaba en Niponaila. Le agarré la mano y ella me la acarició. Supongo que era su manera de responder a mi declaración de amor, si bien yo habría preferido que lo hiciera de palabra.

Algunas aves se paseaban sobre nuestras cabezas; me pareció natural, pues nos hallábamos en su hábitat. Las estrellas titilaban al fondo; podía otear las más brillantes pese a la contaminación lumínica de Tokio. Qué bella ciudad. Me permití contemplarla entonces, por fin, y admirar su grandeza. Me sentí algo culpable por no haberlo hecho antes. En mí siempre hubo un genuino interés por el arte, la cultura, los viajes... De hecho, eso fue lo que me atrajo a Niponaila en un primer momento, y por tanto a Daila.

Con las últimas ideas compartidas con ella en mente, sentí respeto y horror por la especie humana a partes iguales. Éramos capaces de crear urbes magnificentes como la que se hallaba a mis pies, pero al coste de asolar un terreno antes ocupado por especies vegetales y animales. Desde el mapa de un *Internet* ahora perdido había podido observar Tokio como una mancha gris gigantesca, como un tumor de una Tierra quebrantada por la mano humana, tal y como la observaba yo ahora, en medio de mi marea emocional ambivalente. Aparqué mis sensaciones contrapuestas por un momento y volví a centrarme en Daila. Contemplé sus ojos avellana, que se hallaban clavados en mí, y le dije:

—¿Lista?

—Sí. ¿Tú?

—También.

Agarrados de la mano, caímos al vacío.

El aire irrumpía en nuestras bocas formando bolsa hasta que nos dimos cuenta de que debíamos cerrarlas. Lo mismo ocurría con nuestros ojos; me daba la impresión de que iba a perder uno de ellos en cualquier momento. Sentí la imponente fuerza de la gravedad en todo su esplendor. Mis ropas parecían tener complejo de alas pues se desplegaban tratando de convertirme en una criatura planeadora. Observé a Daila y me pareció que se encontraba

experimentando sensaciones semejantes. Me miró y sonrió. Me pareció escuchar un “gracias” proveniente de sus labios, pero el silbido del aire era tan intenso que no pude estar seguro. El suelo se aproximaba a nosotros a una velocidad descorazonadora.

Sentí terror. Jamás había experimentado sensaciones tan intensas en mi insulsa vida. La muerte se materializó por fin como idea sólida en mi cerebro, retrotrayéndome a esas ocasiones en que de pequeño reflexionaba sobre ella. Recordé mi infecto hogar familiar, mis desafortunadas y escasas experiencias con las chicas del instituto, mi constante estrés laboral en el bar. Al final, la pregunta era: ¿cómo había conseguido mantenerme con vida? Comprendía mejor los puntos de vista de Daila y de la Iglesia de la Eutanasia. Me reconfortaba que estábamos juntos en esto; apretó su mano con más fuerza y volví a gritarle que la amaba con locura, pero no pude estar seguro de si le llegó mi mensaje a través del fiero viento.

El impacto no fue lo que esperaba. No dolió en lo más mínimo. Ni siquiera una ligera contractura muscular. Estos japoneses hacen las cosas bien. Al deshacernos de los arneses y bajar de la atracción, Daila y yo nos fundimos en un abrazo, entre el aroma de las nubes de azúcar, las melodías repetitivas de los puestos de subasta, y los cantos llamativos de los japoneses que deseaban destacar en los karaokes. Siempre me encantó la animación de los parques de atracciones.

—Que sepas que no volveré jamás a subirme al Salto de la Muerte —dije—. Qué susto.

—Era la atracción más alta. Sabes que sólo quería sentir cómo habría sido si nos hubiéramos lanzado desde aquella azotea.

—Te aseguro que esto ha sido más intenso.

Tazas de té humeantes en la mano, ambos alzamos la mirada de nuestros libros a la vez para contemplar, a través de la ventana, cómo caía la lluvia. Percatándonos de la coincidencia, nos miramos acto seguido el uno al otro y nos dedicamos sendas sonrisas enamoradas durante unos prolongados y dulces segundos.

—Yo también te amo con locura —me dijo.

—¿Me contestas ahora?

—¿Sabes? No importa. Recuerda esa frase, porque va a ser mi respuesta a cualquier pregunta que me hagas a partir de ahora. Aunque no te la diga de palabra, siempre estará ahí, flotando en el aire frente a ti, hasta el fin de

nuestros días.

—Que será... dentro de mucho, mucho tiempo, ¿verdad?

—Una vez una encuentra el mejor motivo para vivir, ¿por qué no disfrutarlo mientras pueda?

Daila me colmaba el alma de sensaciones nuevas y arrolladoras. En cierto modo, ambos habíamos sido vírgenes en muchos sentidos y gracias a nuestro encuentro “comenzamos a vivir”. Había sido necesario que dos personas en las antípodas se reunieran para que se activaran sus sendas vitales. No mucha gente podía decir eso. Con nuestros corazones reconfortados y sonrientes, nos volvimos a sumergir en nuestras respectivas lecturas.

20. El sombrero amarillo

A Clara la paró uno de esos comerciales que abordan a todo el mundo por la calle para que ayuden con sus organizaciones altruistas. Ella, bondadosa, se detuvo aunque no tenía reales intenciones de colaborar. No terminaba de creer en esas organizaciones a raíz de noticias recientes que las situaban en el punto de mira por unos fondos desviados para fiestas y lujos privados de sus directivos. Sin embargo, pese a lo anodino de la conversación (pues no podía ser de otra manera dada la predisposición negativa de Clara), hubo algo de esa conversación que ella recordaría más tarde. Estaba pasando por un mal momento. Mucho estrés en el trabajo. Como directora de una modesta cadena de sombrererías de la ciudad, apenas sentía que llegaba a todo. Por otro lado, su relación sentimental tampoco se encontraba en su mejor momento. Alexis se comportaba últimamente de una manera que no le agradaba. Más ausente de lo habitual, y con respuestas extrañas. Sospechaba, pese al dolor y resistencia que le producía reconocerlo, que la engañaba. Ella le tenía un sombrero especial preparado para regalarle el día de su cumpleaños, que se hallaba próximo. Sin embargo, cada vez albergaba más dudas de si dárselo o no, al menos hasta que aclarara la situación. Tampoco estaba dispuesta a seguir entregándose por completo en una relación que, en ese punto, no sabía si le compensaba. Sí quería luchar por ella, pues siete años no se tiran por la borda así como así; no obstante, le picaba bajo la piel la rara disposición que sentía hacia él por su sospecha de que quizá tuviera amigas especiales.

Lo que aquel anónimo comercial le dijo al despedirse de ella, pese a su negativa de colaborar, fue:

—Da mucho amor, compañera. Recibirás lo mismo.

No sabía muy bien por qué, pero le emocionó. Achacaba la frase a la jerga *hippie* de este tipo de personas altruistas, tipo “haz el amor y no la guerra”, pero le conmovió que le dedicara tan bello consejo cuando la interacción había sido un tanto amarga.

Al llegar a casa, volvió a abrir por enésima vez la caja negra aterciopelada. No había envuelto aún el regalo. Acarició el sombrero amarillo, ese sombrero personalizado que había encargado, una pieza única por tanto, el regalo de cumpleaños de Alexis. En la banda plateada había marcadas las letras A&C, por Alexis y Clara, lo suficientemente discretas para que no le avergonzara llevarlo puesto. El color amarillo era el favorito de su novio; sabía que le

encantaría. Pegaba con su estilo de vestir un tanto histriónico. Disfrutó del sedoso tacto durante unos minutos y volvió a tapar la caja. Se pasó la mano por los húmedos párpados.

Ese sofá la abrazaba como si fuera un amigo. En esa cafetería, realmente, se sentía a gusto. El dueño del establecimiento, Leonardo, era amable y atento. No tenía inconveniente alguno en que pasara allí mañanas o tardes enteras trabajando. A veces bromeaba con él, asegurándole que su despacho era esa cafetería. De hecho, su empresa no tenía sede central, por lo que su aseveración tenía más de cierto que de broma.

Alzó la vista de su ordenador portátil, colocado sobre sus piernas, pues notaba que unos ojos se hallaban clavados en ella. Por unos instantes cruzó mirada con otro cliente, que también se encontraba solo, con su ordenador y su café, sentado en otra mesa. Le sonaba de haberlo visto otras veces en la cafetería, pero fue entonces cuando se fijó en él por primera vez. Se trataba de un hombre de mediana edad, robusto, de calvicie avanzada y gafas de metal. Lo primero que se le ocurrió pensar es que tenía un estilo pasado de moda, y lo segundo que no le gustaba cómo la escrutaba; ese descaro, esa insistencia. Trató de volver a sus propios asuntos a través de la pantalla de su ordenador, pero no pudo. Aún le dolía en algún lugar de su interior su última conversación con Alexis, la noche anterior...

—Cariño... ¿tú me quieres? —preguntó ella, en un momento mezcla de debilidad y sopor, con su cabeza sobre el regazo de él. Así solían pasar sus ratos tras la cena, encajados en el sofá de cara al televisor.

Él reaccionó con sorpresa, como pudo notar Clara por su leve movimiento súbito.

—Claro que te quiero, ¿por qué lo dudas?

—No lo dudo, sólo lo preguntaba.

Alexis comenzó a acariciar el cabello de Clara.

—Pero me sorprende la pregunta, no sé.

—¿Por qué te sorprende? Antes nos decíamos estas cosas todo el tiempo y no había problema.

—No sé qué decir, la verdad.

—Pues eso quiero que digas: la verdad.

Alexis dudó unos instantes y contestó:

—Te quiero, Clara.

—Has tardado en responder. ¿Has dudado?

—Por el amor de Dios —dijo él, apartando la cabeza de ella con suavidad y levantándose—. Voy a por un refresco, ¿quieres uno?

—No, que luego me despierto con ganas de hacer pis.

Alexis se dirigió a la cocina, mientras murmuraba algo. A su vuelta, Clara le dijo:

—Lo siento, estoy un poco rara hoy.

—Ya lo noto.

—Sólo que... —Y se detuvo.

—¿Qué?

—Que... si hay algo que me quieras contar lo puedes hacer, ¿de acuerdo?

—No hay nada que te quiera contar, cariño. Estate tranquila.

Era evidente que de esa manera no iba a averiguar si Alexis le era infiel. Pero ella notaba un cambio; la relación no era como antes. Sabía que el amor se modificaba con el tiempo, que la pasión se relajaba, que las parejas no se hablaban de la misma manera a como lo hacían al inicio. Sin embargo, el cambio debía ser algo gradual, ¿verdad? Que se viera venir desde lejos y a lo que una podía prepararse e ir amoldándose poco a poco, sin miedo a que los avatares del camino desbarataran un proyecto tan bello e importante. A veces dudaba de si su manera de ver las cosas como empresaria le afectaba cuando evaluaba su propia relación; desde luego, no dejaba de reflexionar sobre ella en términos de debilidades, fortalezas, amenazas y oportunidades. Sí, a veces odiaba que su mente universitaria le hubiera instalado tales esquemas rígidos para examinarlo todo. No cesaba de darle vueltas a una amenaza en concreto. Carecía de pruebas, pero se le acumulaban los indicios. Estaba segura de que el cambio de trato en Alexis tenía una razón de ser y forma de mujer.

Su vista se emborronó mientras observaba las cuentas de su empresa en la pantalla del ordenador. Se restregó los ojos con la mano y trató de centrarse, pero fue en vano. Los pensamientos se presentaban así, como agujas sorprendidas, que herían su conciencia, en los momentos más inesperados. Habían pasado varios días y no había sacado nada en claro respecto al tema de Alexis. En dos días era su cumpleaños y ni siquiera había envuelto el regalo ni escrito la dedicatoria. Desde luego, había desechado la idea de la fiesta sorpresa que tuvo en un primer momento. Él seguía mostrándose distante. No podía explicarlo de otra manera. Había otra mujer.

Levantó la mirada debido a algo que percibía insistentemente por el rabillo

del ojo. Era otra vez ese hombre extraño que la inquietaba con su manera fija de observarla. Siempre estaba allí, ¡qué pesado! Pero esta vez fue diferente.

El hombre se levantó de su silla y se dirigió, café en mano, directo hacia ella.

Clara se arrebujó involuntariamente en el sofá. Miró hacia fuera, a través de las cristaleras, como para conjurar la situación. Pero la situación se estampó contra ella.

—Hola, Clara. Creo que tenemos algo en común.

Lo miró con cara de susto y respondió:

—Perdona, ¿nos conocemos?

—Sí, claro, de aquí, de la cafetería. Estamos siempre aquí los dos, trabajando. Creía que te habías dado cuenta.

El hombre se sentó y colocó su taza de café sobre la mesa de ella. Se la quedó mirando con la incómoda fijeza de siempre, pero a apenas dos metros de distancia inquietaba mucho más. Desde luego, había algo en esa persona que le disgustaba profundamente. Y el hecho de que se auto-invitará a tomar el café con ella sólo agravaba la situación.

—¿No me vas a preguntar qué es lo que tenemos en común? —dijo él.

—Bueno, si quieres dímelo pero la verdad es que estoy bastante ocupada. ¿Y cómo sabes mi nombre?

—Me lo dijo Leonardo el otro día. Yo me llamo Philippe.

—Encantada...

—Tenemos en común que a los dos nos gusta el café intenso. También me lo dijo Leonardo.

—Tengo que hablar con Leonardo...

—Un gran tipo. Es como un padre de todos nosotros. ¿Tienes novio, Clara?

—Sí. Y la verdad, ya se está haciendo tarde, tengo que irme.

Clara recogió sus cosas a toda velocidad y, mientras, se dirigía veloz hacia la entrada, Philippe pronunció para sí mismo unas palabras que sólo él pudo oír:

—Esto no ha terminado aquí.

Clara olvidó con rapidez el asunto de Philippe. Le daba la importancia que tenía: no era más que un rarito que se sentía solo y no sabía relacionarse. La única consecuencia que podía tener es que ella decidiera elegir otra cafetería donde trabajar. Tras cruzar el umbral de su hogar, Alexis ocupó todo su

pensamiento.

Éste se encontraba abriendo el frigorífico de la cocina cuando ella entró.

—Hola, car... —comenzó él.

—¿Estás viendo a otras mujeres? —le interrumpió ella.

—¿Cómo?

Clara se quedó helada por las palabras que ella misma acababa de pronunciar. No había planeado en absoluto abordar así la cuestión. El arrepentimiento inmediato trepó, doloroso, por sus piernas como una enredadera interior hasta llegar a su pecho y su cabeza. Se quería morir en ese momento pero, de alguna manera, sintió que tampoco podía detener de golpe la inercia que había comenzado; así que permaneció callada y dejó que Alexis contestara.

—Mira, Clara, últimamente estás muy rara. De verdad. ¿A qué viene esa desconfianza de repente? Si quieres crear problemas lo estás consiguiendo de maravilla. Yo no tengo por qué explicarte nada. No estoy viendo a otras mujeres. Punto. Puedes creerme o no. Haz lo que te dé la gana.

Alexis salió de la cocina y Clara se quedó allí plantada, intuyendo que la compuerta de la presa de lágrimas se encontraba a punto de romperse en mil pedazos.

—Sonia, tenemos que dejar de vernos...

—¡No! ¿Por qué?

—Sospecha.

—Seguro que te ha mirado el móvil. Eres muy tonto, de verdad.

—No, no es eso. Creo que no tiene sentido que nos sigamos viendo. Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque me he dado cuenta de que de verdad la quiero a ella. Somos adultos, te puedo decir las cosas así, de frente, ¿verdad?

—Se pueden decir con más delicadeza, aunque seamos adultos. Pero me olvidé de que tú eres de todo menos delicado.

—Lo mismo digo de ti. Desde luego no me tratas muy bien, todo lo contrario que ella. Tiene toda la razón del mundo al desconfiar de mí. Quiero arreglar eso. He visto el regalo, es genial. Un sombrero amarillo, me encanta. Lo esconde en el fondo del armario. Sólo de imaginarme con él puesto, uf.

—¿Me dejas porque no quieres perder tu regalo? Qué triste eres.

—¡Te dejo porque no eres nada para mí!

—¿Entonces por qué has estado quedando conmigo todo este tiempo, si no soy nada para ti? Sinvergüenza... no me puedo creer lo que me estás contando.

—Si no te crees nada vete. ¿Qué haces aquí? Yo quiero a Clara. Sé que está mal lo que he hecho, pero rectificar es de sabios, dicen. La gente aprende y se arrepiente. Quizá quedar contigo me ha hecho darme cuenta de lo mucho que la quiero a ella.

—Vaya, eso hunde todavía más mi autoestima. Gracias.

—Lo siento, de verdad. Pero la quiero a ella. Y por eso te doy mis sinceras gracias, me has hecho darme cuenta de la persona enormemente valiosa que tengo en casa y que no quiero perder por nada del mundo. Llevo siete años con ella y en las relaciones largas siempre surgen dudas en ciertos momentos, pero se pueden superar. Yo tenía curiosidad por otras mujeres, he satisfecho esa curiosidad y quiero volver con Clara.

—Lo que tú tienes es una cara dura que no puedes con ella. ¿Qué tal si le cuento todo?

—Pues no sería un bonito detalle por tu parte. ¿Acaso tú nunca has tenido dudas, y tras haber hecho algo para resolverlas has estado más segura que antes? Sé sincera. Todos somos humanos y cometemos errores. Yo ahora sé que Clara es la mujer de mi vida, y no la quiero perder. De hecho le voy a contar yo mismo mi aventura contigo, así que tu amenaza no me afecta.

—Pues así sí que la vas a perder. ¿Cómo crees que le va a sentar?

—Mal. Pero ella ha estado preguntándome estos días, te digo que sospecha. Y no quiero dejar sus preguntas sin responder, de verdad que no.

—Que te vaya bonito, hijo de puta.

Con la decisión firme de confesarle a Clara su aventura con Sonia, Alexis volvió a su casa aquella noche a esperar a su novia.

Ésta nunca volvió.

Mientras trabajaba aquella tarde y sin saber muy bien por qué, al recuerdo de Clara no paraban de acudir las palabras que aquel voluntario le había dedicado días atrás: “Da mucho amor, recibirás lo mismo”. Esa extraña obsesión, junto con los sentimientos de desazón que la penetraban por su conducta en relación a Alexis, le hacían ignorar con facilidad a Philippe, el cual, unas mesas más allá, levantaba la mirada de su ordenador con frecuencia para otearla. A ratos se concentraba en su trabajo y avanzaba algunas tareas, pero su ritmo era más lento de lo habitual.

Tomó una decisión. Acataría al pie de la letra las palabras del voluntario. Esa noche, le daría todo su amor a Alexis sin esperar nada a cambio. Le pediría perdón por su comportamiento, le juraría que no había tenido ningún sentido y que estaba profundamente arrepentida. Era la víspera de su cumpleaños y deseaba que su día especial fuera lo más especial posible; ella no lo arruinaría. De hecho, le entraron las prisas por marcharse a casa para envolver el regalo y por fin escribirle la dedicatoria. Cuando comenzó a recoger, se encontró por enésima vez con la turbia mirada de Philippe. Sin embargo, algo le hizo desviar la atención de él. Un mensaje de texto de parte de un número desconocido. Decía así: *“Me llamo Sonia y no me conoces. Durante siete meses he sido el segundo plato de tu novio, Alexis. Tenía la esperanza de que cortara contigo algún día, pero no lo he conseguido. Me parece justo que sepas lo que ha ocurrido. Seguro lo has notado diferente estos meses, ¿a que sí? Más frío contigo. Eso es porque me estaba follando a mí, al mismo tiempo que a ti, y claro, el pobre tenía dudas. De hecho, me follaba más a mí que a ti. Es natural; soy más joven y atractiva que tú. Tengo el culo y las tetas donde tienen que estar. Pero no te sientas mal, al final te ha escogido a ti, él sabrá por qué. Yo no lo entiendo. Que lo disfrutes. Deséale un feliz cumpleaños mañana de mi parte. Que te vaya bonito”*.

Clara sintió un intenso deseo de estrellar su teléfono móvil contra el suelo.

—Da amor y recibirás lo mismo, seguro —murmuró para sí—. Y una leche.

Entre lágrimas, salió del establecimiento camino de su casa, sin percatarse de que Philippe la seguía.

En el mismo portal, el filo de un cuchillo se posó sobre su garganta. El aliento podrido de Philippe, mezclado con el regusto al café que se acababa de tomar, no ayudaba a mejorar la situación. Una recia mano cubrió su boca, y las palabras con acento francés del hombre se oyeron nítidas en la noche:

—Tienes que dejar a tu novio para estar conmigo. Si te lo digo de esta manera lo entiendes mejor, ¿verdad? Nunca me escuchaste en la cafetería.

Clara forcejeó para liberarse de su agresor, pero la fuerza de Philippe era muy superior y su agarre apenas le permitía respirar.

—Bueno, ¿qué me dices? ¿Estarás conmigo? Voy a quitar la mano para dejarte contestar, pero como aproveches para gritar te mato.

Clara respondió con mayor tranquilidad de la que se creía capaz:

—Prefiero morir a estar contigo, ¿entiendes tú eso? De hecho, ¿sabes qué?

Mátame. Por favor. Hazlo, no me merece la pena vivir más.

—¿Sí?

Clara no añadió nada. Cerró los ojos, relajó todos los músculos de su cuerpo y se preparó para aceptar el destino que Philippe decidiera para ella en aquel instante.

Alexis no se atrevió jamás a ponerse el sombrero amarillo. Le parecía un sombrero hermoso, muy acertado como regalo, y le habría encantado verse con él puesto, pero sentía que si lo hacía habría traicionado a Clara no sólo en vida, sino también en su recuerdo. Así que optó por colocarlo sobre su lápida en el cementerio. Lo amarró bien con unas cuerdas discretas que lo perforaban por donde menos se veía, y quedaba en lo alto de la piedra, ligeramente ladeado, dando la impresión de que era la misma Clara quien, de manera estilosa y al mismo tiempo casual, lo llevaba puesto.

Alexis se acostumbró a visitarla el último domingo de cada mes, siempre durante el ocaso, pues se percató de que los rayos del sol inclinados impactaban contra el sombrero de una manera que resaltaba su color amarillo y le otorgaba un aura resplandeciente. En esos momentos sentía que el espíritu mismo de su amada se alzaba de su lecho y se manifestaba en su presencia. Entonces él aprovechaba para pedirle perdón, una y otra vez, e interpretaba los fulgores temblorosos de la luz como signos de que, en efecto, Clara le perdonaba, desde donde quiera que se hallara.

21. ... y no permitir a los alumnos aventajar al maestro

Dedicado a Fernando Martínez

Este relato es continuación de otro llamado “Dar clase a los dioses...”, contenido en mi libro “Matar al millonario” (segundo de la serie “Cuentos largos de café”). Se recomienda su lectura previa antes de empezar éste.

—Madara, ¿qué haces? —Es mi reacción a su abordaje. Ella no dice nada, pero continúa mirándome como sólo ella sabe: seductora y misteriosa. No sé cómo reaccionar. Al igual que en la ocasión en que allanó mi habitación, mi cuerpo se activa por completo. Su contacto despierta instintos que creía dormidos en mí, y me percaté de que no los experimentaba desde varios años antes a mi divorcio. También siento que deseo vivenciarlos de nuevo, ahora que impactan contra mi cuerpo de esta manera. Pero no puedo.

Me paralizó. Como si de la mitológica Medusa se tratara, Madara me convierte en una estatua frente a sus ojos. Me dejó tocar por ella pero tampoco me es dado reaccionar. La gente a nuestro alrededor no parece notar la escena, o lo hace con la naturalidad de que me hablaba Lope; algunas miradas curiosas y pasajeras se posan sobre nosotros. Madara mantiene su contacto con inquisitivas manos. Me agarra por el costado y se abraza a mi bíceps, colocando contra él sus senos. La miro a los ojos.

—Madara, no sigas.

Ella se separa unos centímetros de mí y me observa con duda en el rostro.

—¿Es eso lo que desea?

—Sí —contesto con voz temblorosa.

Se aleja con paso inseguro y rostro serio, perdiéndose entre el gentío.

Lo cierto es que tras este episodio pierdo el interés por la fiesta. Busco a Lope, me despido de él y camino de vuelta a la facultad.

Durante los siguientes días de clase me siento incómodo. La agradable química que había conseguido crear con mi grupo se resquebraja por el episodio de Madara. Y si fuera sólo ella... Otras alumnas, como Guelina, Hela y Miara, me miran de la misma manera en que lo hace ella, y a veces, durante mi hora de la siesta, mis sueños velados me hacen imaginar que

allanan mi estancia. Durante las clases, ejecuto con mayor empeño la estrategia de no mirar a mis alumnas, y de esta manera poco a poco voy “capeando el temporal”. Sin embargo, el momento temido del año se acerca. Noviembre se halla a la vuelta de la esquina, y no he olvidado, pese a que Lope todavía no me lo ha recordado, que he de realizar la elección de la pareja de alumnos que efectuarán el ritual de ofrendas a la ciudad de oro. Comienzo a reflexionar sobre el tema, pero lo cierto es que no tengo demasiado claro en qué criterios específicos he de basarme para efectuar mi elección. Por ello acudo a su despacho.

—Lope, explíqueme por favor el asunto de los alumnos elegidos.

—Para la ofrenda de Noviembre, entiendo que se refiere usted.

—¿A cuál, si no?

Lope me escruta durante varios segundos.

—¿Sigue usted molesto por el “incidente” de su recibimiento, profesor Jiménez-Andrade? —me pregunta.

—No, Lope, eso está superado. Pero he de confesarle que desde que estoy aquí sigue habiendo algo que... en fin, me molesta.

—¿De qué se trata? Creía que se había acostumbrado al asunto del atuendo ligero de sus estudiantes femeninas.

—No sé si me he acostumbrado a eso, pero a lo que definitivamente no me he acostumbrado es a la reacción que provocan en mí.

—Entiendo...

—No está bien, Lope. Yo he venido aquí a darles lecciones de historia, no para deleitarme contemplando sus cuerpos.

—Creo que hay algo que usted no ha terminado de comprender.

—¿De qué se trata?

—Ya le hablé de este asunto, profesor. Usted no debería sentirse culpable por mirar los cuerpos de sus alumnas. Sé que esta idea choca a una conciencia occidental como la suya, pero aquí esos asuntos se ven con naturalidad.

—Pero yo soy occidental. Y tal condición no es una prenda de ropa que me pueda quitar o poner a voluntad.

—Muy cierto, pero creo que en alguna ocasión me ha mencionado usted sus intenciones de mimetizarse lo más posible con la cultura local. Empiece ahorita con las oportunidades que se le presentan.

—Tenía y tengo esa intención, pero en realidad soy una persona bastante conservadora, y tengo una edad. Me cuesta cambiar mis esquemas mentales.

—Aquí todos somos conservadores. Pocos lugares en la Tierra visitará usted donde se conserven y defiendan con tanta devoción las tradicionales locales. No deseamos saber apenas nada sobre el progreso. Avances tecnológicos, los justos no más, como habrá podido usted comprobar. Somos conservadores, como ve, y sin embargo gustamos del amor libre y de la falta de prejuicios. Terminará viendo con naturalidad la manera en que sus alumnas se le aproximan.

—¿Da por sentado que se me han aproximado?

—Pues he de decirle que sí, profesor Jiménez-Andrade. Creo que fuimos unos cuantos los que vimos a nuestra querida Madara acercarse a usted en el festival al dios del agua Tulabhe. Y nos pareció que la rechazaba usted.

Cierto. Ocurrió en un lugar atestado de gente. Perfecto, mis atribuciones son de dominio público, no había caído en ello hasta ahora que Lope lo ha puesto sobre la mesa. No me apetece ahondar en ello.

—Interesante reflexión la que hace usted sobre ser conservador y defender el amor libre al mismo tiempo —digo—. No lo había visto de esa manera. Es como ser de izquierdas y de derechas al mismo tiempo.

—Oh, no, por favor, no mente esos sucios conceptos europeos por estas tierras. Esa dicotomía nos parece una burda disección política, que no contempla al hombre como al ser complejo y natural que es. ¿Acaso no se puede estar de acuerdo al mismo tiempo con la libertad y la igualdad? Sin ánimo de ofenderle con lo de sucios conceptos europeos, es sólo que por alguna razón la alusión a la política me enerva.

—No me ofende. En mi contexto los dos bloques, de izquierdas y derechas, se encuentran claramente diferenciados. Quien adopta un elemento de un bloque se ha de postular en defensor acérrimo del resto del mismo bloque.

—Me parece limitado. Déjeme que le aconseje: no visioné todo desde el punto de vista de la política. Sé que como historiador especializado en el devenir político hallará cierta dificultad, pero le prometo que encontrará más satisfacción en la cultura. La política es brusca, sacudida por individuos, violenta y repentina, con un componente grueso de azar. La cultura por contra es más humana, más natural, se desplaza despacio como un elefante que deja huella a cada pisada. Contempla todas las aristas, todos los recovecos del ser, requiere de una sociedad detrás para ser catalizada. Usted déjese llevar por la nuestra, créame, comenzará a comprender la realidad de una manera no tan occidentalmente dicotómica.

—Todo este discurso sobre cultura y política —digo—, ¿es para decirme que me está dando autorización para acostarme con mis alumnas?

—No, todo este discurso es consecuencia de mi aversión hacia la política. Pero veo que sigue sin entender. Usted ya disponía de la autorización que me menciona desde que puso un pie en Caracaibe, no necesita que yo se la otorgue. ¿Sabía que no existen los delitos sexuales aquí? Ni se hallan tipificados, pues no se cometen. O si se cometen no se los considera como tales. Y no se los considera como tales porque nuestra cultura no oprime los instintos, ¿me explico? —Hace una pausa para permitirme reflexionar. Y en verdad la necesito, esta cultura choca con la mía en mayor medida de lo que imaginaba.

—Me llama la atención que la leyenda del lago tenga como protagonistas a una pareja donde la mujer comete adulterio y se la castiga. ¿Cómo casa eso con la supuesta libertad sexual que disfrutaban aquí?

—Es usted muy perspicaz; está claro que nuestra apuesta por usted fue acertada. Entre usted y yo, le confieso que no creo que la leyenda sea cierta. Al fin y al cabo se trata de una leyenda, no más. Quizá tenga una base real, pero después puede haber sido alterada por los conquistadores, pese a que no está claro que llegaran hasta aquí. O quizá represente aquello de lo que huir, un modelo negativo, si me entiende. Pero no lo sé a ciencia cierta, la cuestión que plantea usted es un misterio.

—¿Y no es incoherente para el pueblo? Debe de chocar con sus valores.

—No choca. Lo entienden como un suceso desafortunado del que aprendimos y cambiamos. Es asombrosa la capacidad del ser humano para la justificación.

Agarro un lapicero de la mesa de Lope y juego con él. Muchas cosas sobre las que pensar. Después, continúo:

—Oiga, me ha llamado la atención que utilizara antes la analogía del elefante. No hay elefantes en América.

—Oh, sí los hay. Por favor, abandone sus rígidos esquemas mentales. Si no le importa y con todo el respeto, he de ocuparme de unos asuntos. Disfrute de Caracaibe. Mientras no cometa ningún delito, todo lo que haga será bien visto.

Mientras salgo por la puerta me pregunto qué acciones son delito en Caracaibe y cuáles no. Necesitaré muchas más charlas con Lope. Si no existen delitos sexuales, es probable que apenas existan delitos de otro tipo. Sólo cuando llego a mi cuarto, me doy cuenta de que Lope no me ha

respondido acerca de la cuestión sobre la que había ido a preguntarle.

Mi hija Vera viene a visitarme. Se quedará un mes. Lo cierto es que me he sentido algo angustiado por su viaje, como es natural, pues yo he pasado por dicho proceso y no se trata de una travesía fácil ni segura. Barajé la posibilidad de acudir a recogerla al aeropuerto de Ornamento, pero el transporte desde allí iba a ser el mismo para ella tanto si la acompañaba yo como si no. Y además insistió en venir sola. Tiene mucho carácter y se habría enfadado si hubiera ido a por ella, decía que quería “vivir la aventura desde el principio hasta el final”. Además, se le han metido en la cabeza estos ideales de ahora de libertad y derechos para las mujeres, los cuales yo no niego pero me cogen a veces por sorpresa y no sé cómo reaccionar. Su madre tampoco tuvo inconveniente, así que permitimos a Vera hacer de aventurera siguiendo los pasos de su “intrépido” padre.

Me alegro mucho de volver a verla. El divorcio ha sido un proceso doloroso en el que el único apoyo ha sido el suyo. Se comporta de una manera madura pese a sus diecisiete años. Es literal si digo que el único amor que percibo en mi vida ahora mismo es el de ella. La abrazo cuando se baja del precario autobús que la ha traído desde Ocapulquito, el mismo que me transportó a mí pues reconozco al conductor. Vera lleva el pelo más corto y tintado de un llamativo azul.

—¿Y ese cambio, hija?

—¡Sorpresa! —dice agitándose el cabello—. ¿Cómo estás, papá? No sé casi nada de ti desde que estás aquí.

—¿Te lo cuento mientras te enseño el lugar?

Aunque presto atención a mi hija durante nuestro primer paseo juntos por Caracaibe, no puedo evitar darme cuenta del absoluto y patente interés que despierta entre mis ahora conciudadanos. Es incluso más evidente que el que despertaba yo (y aún sigo despertando en cierto grado), pero en el caso de Vera me percató de que son ahora los hombres los que más notan la presencia forastera. De inmediato siento el obvio celo paternal. Caen en cascada sobre mí todos los interrogantes que han estado acosándome este tiempo sobre libertad sexual, con el componente añadido de Vera. Y conociendo su forma de ser, me preocupo más. Trato de alejar el pensamiento por el momento.

—¿Cómo está tu madre? —le pregunto cuando nos sentamos junto a una fuente que cae desde un desnivel a varios metros de altura.

—¿De verdad quieres hablar de eso? Creía que queríamos pasarlo bien.

—Bueno, sólo dime cómo está y cambiaremos de tema.

—Pues maldiciéndote cada vez que te recuerda. ¿Ves? Ya te he agriado la fiesta.

—No estoy aquí de fiesta, por lo tanto no hay nada que agriar.

—¿Estás a gusto aquí?

—Sí, más o menos. Aunque hay un asunto que me tiene... incómodo.

—¿Cuál asunto? Cuéntamelo.

Reflexiono unos segundos acerca de hasta qué punto quiero profundizar en el tema con mi hija. De todos modos, aunque sólo aborde el tema de modo superficial, ella sabrá extraerme toda la información. Es buena en eso.

—Digamos que aquí tienen una peculiar manera de ver las cosas.

—¿Qué manera?

—Por ejemplo, su ley no recoge los delitos sexuales. No se cometen, no hace falta penalizarlos.

—Qué bien, eso me hace sentir segura. Saldré por la noche.

—Conmigo.

—O sin ti. Si no hay delitos sexuales, ¿de qué me tengo que preocupar?

—Bueno, ya discutiremos eso. Creo que no nos hemos tropezado con ninguno de mis alumnos por el momento. El caso es que van en taparrabos.

—¿Y qué? Si son inofensivos, ¿qué más da?

—No lo digo por tu seguridad. Lo digo porque les tengo que dar clase, y las chicas van también en taparrabos... y sólo en taparrabos. Me entiendes, ¿no?

—¿Las chicas van con las tetas al aire?

No puedo reprimir una carcajada. Esa manera de expresarse me hace darme cuenta de cuánto echaba de menos mis raíces.

—Sí, hija, van con las tetas al aire.

—¡Es genial! Ya me gusta este sitio. Y voy entendiendo por qué no hay delitos sexuales.

—Ah, ¿sí? ¿Tan pronto lo has entendido?

—Claro. Un lugar donde la mujer puede ir casi desnuda y sentirse segura no puede tener violadores.

—Creo que es al revés. Como no hay violadores, la mujer puede ir semidesnuda.

—No, padre. Qué ciego eres. La mujer va desnuda, o como quiera, y se hace respetar.

—No. Vamos a ver, las que hacen eso son sólo mis alumnas, y lo hacen porque forman parte de una élite de estudiantes venerados que participan en unos rituales ahora en Noviembre, a los que por cierto podrás asistir.

—Mejor me lo pones. Como son semidiosas, imponen respeto.

Permanezco pensativo. ¿Hasta qué punto una leyenda puede influir en las leyes y costumbres de un pueblo? Y, sobre todo, ¿por qué últimamente todo el mundo sacude mis opiniones con apenas un par de comentarios? ¿Será que de verdad estoy abriendo la mente en Caracaibe?

Abro el correo electrónico que Lope me ha enviado:

“Estimado profesor Jiménez-Andrade,

se acerca el día de la elección de los alumnos que participarán en la ofrenda de Noviembre de este año. La razón de que no le haya proporcionado instrucciones hasta esta fecha tan tardía es que realmente no existen instrucciones específicas. Dicha elección queda enteramente a su criterio. Dilucide usted qué muchacho y qué muchacha son los merecedores del honor, ya sea basado en su rendimiento en las clases, o por otros valores que usted conozca o intuya en sus personas. Si no lo tiene claro, puede consultarme a mí o a otros profesores del grupo, pero en principio confiamos plenamente en su criterio y no cuestionaremos su decisión.

Lope”

Despierto sobresaltado. He tenido una pesadilla pero no recuerdo los detalles. Miro a Vera, parece dormir plácidamente en la cama que han habilitado para ella junto a la mía. Una idea me acompaña en mi despertar, nítida como las aguas del Tugaloptica: ¿acaso las insinuaciones de mis alumnas se deben a que son conscientes de que yo soy el responsable de elegir a quienes participarán en el ritual? ¿Acaso su pretendida atracción hacia mí es inexistente, se trata sólo de una artimaña? Me siento torpe por haber tardado tanto en contemplar esta posibilidad tan razonable.

Casi como si mis sueños y pensamientos invocaran los sucesos de la vida real, la puerta de mi cuarto se abre. Me cuesta trabajo decidir que no se trata de un sueño, pues aún me hallo lastrado por las tiranteces oníricas. Me incorporo en la cama y restriego mis ojos. Una silueta femenina se recorta en el umbral. No puedo creerme que esto me vuelva a suceder. Esta chica es insistente, debe de tener muchas ganas de participar en el ritual. Resentido por la idea, me dispongo a despacharla de malas maneras.

—Madara —digo mientras salgo de mi lecho, en voz baja para no despertar a mi hija—, creo que he dejado bien claro...

—Profesor...

Su voz me parece más profunda y decidida que en las anteriores ocasiones. Como si hubiera sido testigo de mis recientes pensamientos, me susurra mientras coloca su mano sobre mi pecho:

—Profesor, le tengo en mucha estima. Tanto si decide escogerme para la ofrenda de Noviembre como si no, siento deseos de mantener relaciones sexuales con usted. Si no lo cree, podemos esperar a después del mes sagrado. —Tras un segundo, añade—: Aunque yo prefiero no esperar...

Me quedo sin palabras. Una cosa es no tener prejuicios sexuales y otra es declarar de manera tan inequívoca las intenciones.

—Madara, márchate de aquí, ¿has visto qué hora es?

—Sí, profesor, por eso vine. Me pareció una hora apropiada para venir.

—No lo es. Márchate. Mi hija está aquí conmigo, por Dios.

—Sí, parece una chica agradable.

Madara me acaricia el pecho con la mano, no da un paso atrás. Su actitud tan resuelta me afecta. Me pierdo en la negrura de sus pupilas. Hago un esfuerzo por no mirar sus pechos. De la cintura la empujo hacia el sombrío pasillo y le digo:

—He dicho que te marches.

Ella me mira con sorpresa y desagrado.

—¿No se arrepentirá, profesor? —susurra.

Cierro la puerta y me doy la vuelta. Me encuentro con Vera incorporada en su cama, el brillo de sus ojos y su sonrisa.

—Todo un don Juan, ¿eh? ¿Cómo rechazas a esa belleza? Yo no os habría molestado. Me hago la dormida si hace falta. O intercambio habitación con ella. Aún estás a tiempo, sal y llámala, que vuelva. Necesito una segunda mamá, la primera está desquiciada.

—Duérmete.

—¿Cómo quieres que me duerma si me montas estas escenitas?

—Yo no las monto, has visto que es ella quien ha venido.

—Claro, porque estás hecho un bombón irresistible, papá.

—Que te duermas, he dicho.

Pese a mi orden, soy incapaz de obedecerla yo mismo. Es la segunda vez que Madara allana mi aposento. He de recordar pedirle a Lope que instalen una cerradura. Sin embargo, antes de conseguir dormirme sonrío, pues

imagino su respuesta. Sería algo así: “Como usted comprenderá, la cultura no nos permite poner cerraduras en las puertas”.

Las tutorías son un momento incómodo para mí. El despacho que tengo asignado es de reducidas dimensiones. Apenas cabe mi escritorio y dos sillas: la mía y otra para las visitas. Recibo a mis alumnos de uno en uno. Me gustaría aprovechar la oportunidad para comunicar a los afortunados que van a participar en la ofrenda de Noviembre tal hecho, pero Lope me ha dicho que la noticia se dará públicamente en la Plaza Mayor Caruba unos días antes del ritual.

Con los varones no tengo mayores problemas. Pero cada vez que se sienta una fémina frente a mí, me tensó. Y tengo hasta diez de ellas. Guelina se encuentra ante mí ahora mismo, y aunque trato de esconderme detrás de la pantalla de mi ordenador, su presencia se me hace imposible de aligerar en mi mente. Se halla sentada con postura servicial, su gruesa mata de cabello negro peinado hacia un lado. Me mira de una manera que no sé ni quiero interpretar. Sólo espero que Madara sea la única que siente deseos sexuales hacia mi persona. En estas tutorías los temas tratados no han de versar sobre el contenido de la asignatura, sino sobre otros aspectos del curso, como la integración de mis alumnos en el grupo o sus expectativas acerca de la carrera universitaria que están realizando. Guelina se ha portado con seriedad hasta el momento, lo cual agradezco.

—Bueno, y para terminar, Guelina, ¿hay algo más que desees tratar conmigo?

—En realidad, sí que lo hay, profesor.

—¿Sobre qué?

—Es en relación a usted.

No... no puede ser. Hasta ahora su comportamiento era ejemplar. No debería haberle dado oportunidad para añadir nada.

—Bueno, dime.

—Le admiro. Disfruto mucho de sus clases, y desearía que no acabaran nunca.

En este punto no tiene sentido que siga con los ojos clavados en la pantalla de mi ordenador. Miro a mi alumna. Algo más baja que Madara, de rasgos más indígenas y mirada a ratos más penetrante.

—Te agradezco el comentario, Guelina. Lo hago lo mejor que puedo, pero no era necesario que me lo dijeras.

—¿Le ha molestado? Lo siento si es así.

—No, no me ha molestado. Está bien que uno diga lo que piensa.

—Entonces añadiré que me encanta usted. Tan europeo, tan diferente, es exótico. Y explica muy bien las clases, se nota que sabe mucho de lo que habla. Atiendo con pasión sus discursos. Es mi momento favorito de la semana escucharle a usted mientras los cóndores surcan por encima el cielo azul de nuestra tierra.

—Eso es bonito, Guelina. ¿Lo tenías preparado?

—No, profesor, es usted que me inspira. No sé si sabe que tengo anhelos poéticos. Algún día le mostraré mis obras, si usted quiere. En fin, le adoro, ojalá fuera mi profesor siempre.

Me quedo reflexionando unos segundos, jugando en mi mente con la pregunta de hasta qué punto sus palabras están cargadas de tensión sexual o de una llana y honesta admiración alumno-profesor, aderezada por la falta de tapujos de los caracaibenos a la hora de expresar sus sentimientos.

—Por estos lares decís lo que pensáis sin más, ¿verdad?

—Sí, claro. ¿Cómo no?

Ella lo ve normal. Decir la verdad. Otra idea estimulante acude a mi mente. ¿No existe la mentira entonces aquí? ¿Estoy empezando a conocer a la “sociedad perfecta”? ¿Tan fácil es de crear, y tan difícil lo hacemos los occidentales? Lope me engañó al no advertirme los primeros días acerca de la indumentaria de mis alumnos... pero no, eso no fue una mentira; sólo una omisión. Y puede que fuera honesto cuando me aseguró que me lo iba a contar la noche que falté a la cita con él. Mientras trato de resolver estas cuestiones en mi mente, Guelina se despide y se marcha. Por la puerta asoma Madara. Y de nuevo percibo mi cuerpo tensarse como cuerdas para colgar la ropa.

—Profesor. Buenos días.

Madara se acerca con decisión, agarra la silla, la coloca justo a mi lado y se sienta.

Nuestros brazos están en contacto.

—Madara... creía habértelo dejado claro. Te estás pasando de la raya.

—Lo siento, ¿pasando de la raya? A veces no comprendo esas expresiones españolas.

—Y yo creo que me entiendes mucho mejor de lo que quieres hacerme creer. No quiero tener que cambiar mi actitud hacia ti. Ahora es positiva.

Madara, eres una alumna ejemplar, al nivel de tus compañeros del grupo. No deseo que este incidente afecte mi comportamiento hacia ti.

—¿Qué incidente? Yo no creo haber tenido ninguno entre nosotros.

Realmente Lope tenía razón. La libertad sexual está tan aceptada aquí que no entienden que un acoso alumna-profesor sea siquiera posible. De esa libertad nace que Madara se muestre insistente como ninguna otra mujer lo haya sido conmigo en mi vida. No recuerdo que Amaia, mi exmujer, lo fuera en ningún sentido, y menos en el sexual; aparte del hecho de que en mi cultura es el hombre el que invariablemente “corteja” a la mujer. ¿Será al revés en Caracaibe? De hecho a mi hija Vera no le dice nada ningún hombre por la calle. Sí la miran, pero no la increpan o la aluden como lo haría un europeo. Cuando pasea sola, por lo que me cuenta, tampoco sucede. No tengo la impresión de que sea ésta una sociedad matriarcal. Lope es un hombre y dirige la ULED.

Madara coloca su mano sobre mi muslo y me mira con fijeza. Le devuelvo la mano a su regazo.

—Se acabó. Voy a hablar con Lope.

—¿Y qué le va a decir? No es como que he hecho algo malo.

—No estoy seguro de que puedas seguir siendo alumna mía.

—¿Cómo así? ¿Quiere decir que le pedirá que me saquen del grupo?

—Eso es, Madara.

—¡No, por favor! ¡Eso no!

La actitud de la muchacha cambia por completo. Se echa al suelo y se pone de rodillas en actitud suplicante.

—Eso sí que no, Madara. Levántate, no admito súplicas.

—Suplico si es necesario, profesor, no quiero salir del grupo por nada del mundo. Es mi vida, me mataría usted.

—Por favor, levántate, esta escena es muy inconveniente.

—¿Me echará usted?

La verdad es que no tengo ninguna intención de echar a una alumna tan brillante. Ni siquiera tengo claro que se me permitiera tal libertad. Se trata de un grupo de alumnos semi-divinos escogidos directamente por Lope. La partida de uno de ellos quizá tuviera impacto sobre la sociedad, los augurios y ese tipo de cosas.

—No te echaré. Siéntate y prosigamos con la tutoría. Pero ponte delante de mi escritorio.

Madara obedece y me mira, a la espera de mis palabras.

—¿Qué tal te llevas con tus compañeros? ¿Algún problema con alguno?
Parece sorprenderse de mi pregunta.

—No, profesor, claro que no. Todos mis compañeros son lindos. Somos como hermanos. Y usted es nuestro padre.

—Para ya de aludir a mí.

—No puedo, es usted muy importante.

Antes de poder evitarlo, mis ojos se desvían durante un segundo a sus pechos. Ella lo nota pero no dice nada, si bien me da la impresión de que realiza un amago con el brazo. Tengo el impulso de salir corriendo a hablar con Lope por enésima vez sobre el tema, para preguntarle si es normal que las mujeres se dirijan así a los hombres, pero sé que su respuesta sería afirmativa: que aquí todo es natural y libre. Entonces, ¿de dónde provienen mis reticencias? ¿Hasta qué punto es racional regirse por la cultura de uno en una bien distinta? ¿No es adaptativo y por tanto inteligente aceptar los aspectos palmariamente positivos de la cultura que se visita?

—Profesor, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí.

—¿Por qué me rechaza usted? Es extraño.

—Porque soy tu profesor. Mira, si no tienes nada más que contarme y te va bien con el curso, lo mejor es que te marches. Tutoría finalizada.

—Si usted cree que está finalizada...

—Sí, lo está. Lo dice el profesor al que tanto admiras.

—Bueno, está bien. ¿Se arrepentirá usted? —añade con un hilo de voz, quizás temerosa por el recuerdo de mi reciente amenaza de expulsión.

Por segunda vez me lo pregunta y por segunda vez la ignoro.

—Hasta mañana, Madara, nos vemos en clase.

Parece querer añadir algo, pero se contiene de nuevo, quizás recordando una vez más mi amenaza.

Estoy tocado. Tengo que reconocerlo. El asunto de Madara empieza a afectarme y obstaculiza mi concentración cuando trabajo en mi despacho. Decido salir a tomar el aire, buscar a Vera y hablar con ella. Es mi única confidente, y la que me puede entender con mis valores occidentales. La encuentro en una de las calles que desemboca en la Plaza Oro Viejo, y me sobresalto al comprobar que no está sola, sino hablando con un hombre, apoyada contra la pared y retorciéndose el cabello con un dedo. No me pasa desapercibida la actitud de ambos. Están flirteando. No me lo puedo creer.

Lleva apenas tres días aquí. ¿Qué pasará cuando lleve unas semanas? El hombre al menos va vestido, pero parece más cerca de los treinta que de los veinte. ¿Esta niña a qué ha venido aquí?

—Vera, ¿qué haces?

No reacciona demasiado a mi presencia. Me mira con desgana y responde:

—Hacer amigos. ¿Qué haces tú?

—Ven, necesito hablar contigo.

—¿Por qué me has interrumpido? Ese chico era muy interesante.

—Eres menor de edad.

—¿Y qué? Aquí no existe la minoría de edad, y se practica el amor libre.

—¿Es eso lo que hacías, practicar el amor libre? Además, te recuerdo que eres mi hija y un mínimo de respeto me deberías mostrar.

—No. Si tan hija soy no haberte marchado a otro continente. No te preocupes, lo entiendo, a mí también me habría gustado poner un océano de por medio con mamá si fuera tú. Pero ahora no me vengas de padre preocupado. Haré lo que me dé la gana. Y tú deberías hacer lo mismo, por Dios, ¿es que este lugar no te ha cambiado nada? Con lo poco que llevo aquí y ya me noto una persona diferente. Sólo déjame ser lo que este lugar me pide a gritos que sea: una mujer libre y feliz.

—No me des sermones. Soy tu padre y tengo más idea de la vida que tú. Quiero que estés protegida y vayas con cuidado. Deberías estar más en sitios públicos y no en callejones hablando con extraños.

—Papá, deja ese discurso en el viejísimo continente, haz el favor. Estamos en Caracaibe. El paraíso sin crimen, ¿recuerdas? ¿Te has dado cuenta de que no hay policía?

Callo durante unos instantes. Es cierto, no existe tal cuerpo. Tampoco recuerdo haber visto guardias de seguridad, vigilantes o guardaespaldas. La semana pasada hubo un acto en el que participaba el alcalde y no había ningún tipo de seguridad, lo cual llamó poderosamente mi atención. De repente se me ocurre una divertida idea: ¿cómo impedirían los caracaibenos las exploraciones extranjeras en el fondo del Tugaloptica para buscar el oro? Imagino que con gestos y palabras convincentes, así como con discursos acerca de las bondades de la cultura local.

—Mira, dejemos el tema por el momento. Te quería hablar de un problema que tengo. Una alumna me acosa.

—¿Madara? ¿La que te visitó de noche?

—Sí, esa misma.

—Eso no es acoso. Yo la veo más como una alumna involucrada en la materia —dice mientras se ríe.

—No te lo tomes a broma. Ya de por sí me cuesta tratar este tema con mi propia hija. Eres la única con la que puedo hablar y que me entienda, pero parece que te hace gracia. Vera, esa chica no para de buscarme para tener un encuentro sexual.

—¿Y por qué no lo tenéis? Por lo visto de verdad lo quiere. ¿Tú no? Y te trato en serio, papá, pero en Caracaibe, no me preguntes por qué, simplemente no puedo estar seria.

—No se trata de lo que yo quiera. Tengo un puesto de responsabilidad en una institución de prestigio.

—Creo que estás muy chapado a la antigua. Llevo tres días aquí y ya me doy cuenta de lo tonto que estás siendo, y perdona que te lo diga así. Se te cumple el sueño de prácticamente cualquier hombre sobre la faz de la Tierra, y tú te mareas con tus prejuicios y tus tonterías. Hazte un favor, disfruta de la vida y pasa un buen rato con esa chica tan maja.

—¿Y dónde quedan mis valores? Mi manera de ser, mi personalidad, los aprendizajes de mi vida. No puedo desvestirme de mi ser por un instinto animal.

—Olvida lo que has aprendido. Yo le quitaría la ropa a ese animal que dices. Y después a Madara. La poca que tiene, quiero decir. ¿No te parece atractiva la muchacha? Dios mío, yo la he visto. Tiene un cuerpo de escándalo, y vaya pechos. Incluso yo me he sentido atraída por ella. Una hembra en toda regla. Todo esto debería ser tan fácil para ti... y tú lo complicas.

—¡Tiene tu edad! Podría ser mi hija también, tu hermana gemela.

—¿Sabes? He estado reflexionando mucho sobre ti y esa chica desde que se presentó en nuestro cuarto. Creo que existe mucha hipocresía y represión sobre el tema de la edad. Por lo general, los hombres prefieren a las mujeres más jóvenes, y las mujeres a los hombres más mayores que ellas. ¿No te has dado cuenta? Pero esto es algo que a nuestra sociedad no le gusta, no sé por qué.

—Tu madre tiene mi edad.

—Y mira cómo habéis acabado.

—No puedes simplificar la situación de esa manera, esto sí que no te lo paso. Puede que algunos hombres prefieran a las mujeres jóvenes, y que

algunas mujeres los prefieran mayores, pero es la excepción, no la norma. La pareja va a ser siempre más sana si ambos miembros tienen una edad parecida, pues compartirán más intereses, se encontrarán en un nivel de madurez mental similar y se comprenderán mejor al pertenecer a la misma generación, haber superado las mismas etapas vitales y tener las mismas por delante, con los miedos y esperanzas que eso conlleva; tampoco existirá el riesgo de que el mayor se aproveche del menor en cualquier sentido, ya sea el hombre o la mujer. Además, si hubiera tanta represión en esto como dices, la nuestra sería cuando menos una sociedad enferma.

—¿Y no lo es?

—No. Que ahora estés impresionada con Caracaibe es normal, pero no pierdas la perspectiva. Recuerda lo bien que vives en Europa. No te falta de nada.

—¿Y qué tendrá que ver que no me falte de nada con la felicidad? Papá, creía que pensar se te daba mejor.

—Qué graciosa es mi hija. En Europa tienes libertad y oportunidades. Aquí estás como hechizada, te dejas llevar demasiado.

—¡Que te acuestes con Madara y me dejes en paz! —Hace una pausa y continúa, más sosegada—: Me gusta debatir contigo, pero no intentes convencerme de que me aburra aquí. Lo que tienes que hacer es pasártelo bien tú y dejar que yo lo haga también. Cumpliré la mayoría de edad pronto. Mira, me gustaría continuar la conversación tan interesante que estaba manteniendo con ese chico.

—Bueno, está bien. No te retengo más. Busca a ese chico, pero ten cuidado, por favor... —Tras unos segundos, añade—: Gracias por escucharme. No te molestaré más con este tema.

—Sabes que conmigo puedes hablar de lo que necesites, papá. De este tema también. Sólo te pido que no me trates como una niña pequeña. Aquí me siento segura y quiero ser libre. Acuéstate con Madara. No te meterán en la cárcel ni perderás el trabajo. Nadie te lo reprochará. Me voy que Fulán me espera. Te quiero.

Me da un beso en la mejilla y se marcha de nuevo al encuentro del hombre con el que conversaba, el cual parece responder al nombre de Fulán.

La proclamación de los héroes tiene lugar en la Plaza Mayor Caruba, que se halla abarrotada de gente. No sería exagerado pensar que todo Caracaibe se encuentra aquí. El ayuntamiento ha montado un escenario para el evento,

donde estamos Lope, el alcalde, los alumnos del grupo A y yo. La indumentaria de mis alumnos no ha cambiado para la ocasión. Ya me dijo Lope que no cambia nunca (excepto para los funerales, en que añaden una pluma roja). Desde mi lugar privilegiado en la butaca de madera, soy testigo de la veneración del pueblo hacia sus jóvenes adalides. Éstos se pasean por el escenario en una coreografía sencilla pero armoniosa, al son de unos timbales persistentes. El alcalde pronuncia unas palabras bajo un sol que brilla en el diáfano cielo. Aprecio la belleza de la situación, incluso me permito admirar la de mis alumnos; tanto los chicos como las chicas son bellos y proporcionados. Me pregunto hasta qué punto Lope habrá tenido en cuenta dichos atributos en su elección, pero a juzgar por los resultados parece que bastante. En cada ronda de su marcha, Madara me mira y sonríe. Yo no puedo evitar responderle con una sonrisa propia. Como dice mi hija, el contexto me impide estar serio, y yo además me lo concedo en este día de fiesta.

Observo a Madara de verdad, por primera vez me fijo en ella, en toda ella. Es hermosa. No puedo seguir negándomelo: me siento atraído. Esa figura de deportista, esa piel brñida por el sol, ese cabello largo, oscuro pero brillante, y esos ojos... tan negros y profundos. Nos separan más de treinta años, y ni a ella ni a nadie aquí parece importarle. Entonces, ¿por qué ha de importarme a mí? ¿Debería escuchar a mi hija? A estas alturas soy perfectamente consciente de que no perdería mi empleo por mantener relaciones con una alumna. La sociedad lo aprueba, el rector lo aprueba, Vera lo aprueba. ¿Y mi exmujer? Seguro que no, ella no, pero lo que ella opine hace tiempo que dejó de ser importante. Y, sin embargo, ¿me afecta?

Trato de olvidar a Amaia y de centrarme en el evento. Tan ensimismado me hallo, que de repente noto que Lope, quien había tomado el relevo del alcalde en el discurso, ha terminado a su vez y todos me miran, incluidos mis alumnos. Están esperando el gran anuncio.

Me levanto y me dirijo hacia el borde del escenario. Me he aprendido la frase de memoria, así que sólo he de pronunciarla. Lope me pidió que fuera lo más breve posible, lo cual agradecí. El silencio que se produce en la plaza es apabullante. Fijo mi mirada en las montañas tras Caracaibe.

—Estimado pueblo de Caracaibe, proclamo a los elegidos de este año para la ofrenda de Noviembre. Por favor, dad un paso al frente: Virón Muelaviña y Madara Juncos.

Mientras pronuncio los nombres, el gentío contiene la respiración, mas en

cuanto termino estalla en vítores. Doy unos pasos atrás y los dos alumnos escogidos los dan al frente para ser aclamados por el público. Siento con plenitud la emoción de la ocasión. La apasionada ovación del pueblo, la belleza de la ciudad de Caracaibe bajo las montañas y este cielo tan azul me vuelven alguien en extremo sensible.

Madara se gira durante un par de segundos para encontrarme con la mirada. Su sonrisa, tan honesta y agradecida, junto con esas pupilas que me penetran hasta lo más hondo, rompen algo dentro de mí. ¿Quizás he cambiado, aquí y ahora? Noto como si algo cálido hubiera prendido en mi pecho.

Por primera vez desde hace años, siento indecisión y ansiedad. Son los días previos al ritual. Espero que Madara aparezca en cualquier momento, pero no lo hace. ¿Estará ocupada con los preparativos, tras haber resultado elegida? De todos modos, ignoro cuál sería mi reacción si volviera a presentarse ante mí.

Durante toda la semana de la ofrenda las clases se suspenden, pues se trata de la fiesta más importante del lugar. Y Caracaibe entera lo refleja. Puestos de comida y bebidas se instalan por todas las plazas e incluso por algunas calles. Se cuelgan bandos coloridos de edificio a edificio, en los que predomina el dorado. Un dibujante ha realizado sendos retratos a tamaño gigante de los alumnos elegidos y se han colgado de la fachada del ayuntamiento; todos aquéllos que caminan por delante se detienen unos segundos a contemplarlos. La música, tan caracterizada por la percusión, se expande a través de las horas del día en cualquier lugar de la ciudad, incluso entrada la noche. Se forman fiestas improvisadas en cualquier rincón donde la gente se reúne, bebe y baila. Y sonrían, sobre todo sonrían. Comienzo a sentir una envidia sana por lo aparentemente felices que son los caracaibenos. Quizás el único que porta colgando una bolsa de miserias aquí soy yo, el occidental. Creo que las conversaciones con mi hija me ayudan a apreciar estos detalles mejor. Ella ha abrazado la cultura local, incluso se ha comprado ropa y viste como ellos (en la versión tapada, por suerte). Trato de salir y distraerme, pues con tal ambiente casi me resulta imposible trabajar en mi despacho, y me veo con Lope y sus amigos Orio y Calpón. Éstos dos últimos parecen encontrarse una vez más en estado de ebriedad, así que me resigno a no conocer jamás su faceta seria. Al poco se pierden entre el gentío.

—¿Sabe? Creo que Caracaibe me ha cautivado —le digo a Lope—. Pese a

mi edad, he decidido fusionarme con su cultura. Ya está, la suerte está echada.

—Esa frase, tan occidental... Me hizo gracia. La pronunció Julio César, ¿no es cierto?

—Así es, antes de cruzar el Rubicón para enfrentarse a Pompeyo.

—Qué extrañas se nos hacen las guerras civiles aquí, Diego. Me las tendrá que explicar usted un día en detalle. Los hermanos se aman, no se pelean.

—Estoy empezando a entender que por Europa estamos corrompidos en ciertos aspectos desde hace mucho tiempo. Caracaibe me demuestra que las sociedades se pueden organizar de una manera más pacífica. Yo le puedo explicar las raíces de las guerras civiles, Lope, pero me tiene que explicar usted a cambio cómo se han organizado aquí para crear esta agraciada sociedad.

—No hemos tenido que organizar nada, Diego. Lo único que hemos hecho es evitar la desorganización. ¿De verdad quiere mantener una conversación seria en mitad de la fiesta?

—¿Por qué no, Lope? El ambiente nunca es serio en Caracaibe, y está bien que sea así. Por favor, revéleme el secreto para que yo lo pueda exportar cuando vuelva, si es que vuelvo algún día, a Europa.

—Tiene usted razón. Pues verá, yo diría que la clave, al menos en parte, se encuentra en las montañas que nos rodean.

—¿En las montañas? Explíqueme eso.

—El aislamiento explica la particularidad. ¿Ha oído usted hablar de la isla de Socotra, en el Océano Índico? Se trata de una de las islas más aisladas del planeta, valga la redundancia.

—Espere, me suena. Es ese lugar con los árboles tan extraños, ¿verdad?

—No sólo los árboles. Un tercio de la flora de la isla no se encuentra en ningún otro lugar del planeta, y además es extremadamente peculiar. Los murciélagos son los únicos mamíferos que la habitan, aparte de los humanos, claro. Le invito a que vea fotos, parece otro planeta.

—Entiendo el punto. Al igual que el aislamiento de Socotra produce una peculiaridad biológica, el aislamiento de Caracaibe produce una peculiaridad social, sin injerencias extranjeras que contaminen sus bondades.

—Así es, profesor.

—Pero el aislamiento explica la ausencia de contaminación, no las bondades a preservar. ¿Cómo se originaron?

—Yo diría que el ritmo lo explica todo.

—¿El ritmo?

—¿Ha visto usted a alguien acelerado en Caracaibe? ¿A alguien corriendo de un lugar para otro? ¿Con prisas? ¿Estresado, con falta de tiempo? ¿Sobrecargado?

Otra vez necesito reflexionar. Quizá Lope tenga razón en lo que dice, aunque necesito más explicación para convencerme.

—Continúe, por favor —le digo—. ¿Cómo un ritmo pausado favorece la sublimación de la sociedad?

—Tiempo para considerar las cosas. Para reflexionar. Para sopesar los pros y los contras ante cualquier decisión. Aquí estamos influidos por nuestro entorno. Las olas del Tugaloptica no se apresuran por alcanzar las orillas, ni los cóndores por cruzar el cielo, ni las lluvias por marcharse una vez comienzan a acosarnos. ¿Cómo íbamos a ser nosotros diferentes? Cada vez que alguien cometía un acto cuestionable, teníamos tiempo para decidir qué era lo correcto, cuál de las opciones nos brindaría mayor felicidad, tanto a la persona como a la sociedad en su conjunto, así como a la víctima en el caso de que la hubiere. Tras tomar decisiones armoniosas durante cierto tiempo, éstas se convirtieron en una suerte de jurisprudencia cultural.

—Le agrada a usted la palabra cultura. No para de nombrarla.

—Aquí lo es todo. La cultura nos hace únicos, nos protege y nos brinda las bondades de las que hablamos. Si un individuo con ambiciones deshonestas accede al poder, la cultura lo cuestiona al instante y lo hace dimitir. Si alguien siente la tentación de robar al prójimo, la presión de la cultura le hará recapacitar antes incluso de cometer el acto. Las palabras cargadas de ofensa se las guardan las personas en la boca, la cultura benevolente se encarga de adherirlas a su paladar. La cultura es como un manto protector, un ángel de la guarda, si lo quiere ver así. Entenderá que nosotros hagamos lo posible por protegerla a su vez, y que mantengamos la vestimenta de sus alumnos, por ejemplo, pese a las reticencias que manifestó usted.

—¿Cree que el ritmo pausado y la reflexión que éste facilita están detrás de las bondades de su cultura? Por alguna razón no termina de convencerme.

—¿Por qué no? ¿Tienen tiempo para pensar allá por el Viejo Continente?

—En absoluto. Los horarios laborales y las obligaciones familiares, además de una tendencia al ocio fácil, lo dificultan. No niego que si nos detuviéramos más a reflexionar las cosas nos iría mejor, pero me parece insuficiente para desembocar en esta sociedad tan especial que tenéis aquí. Debe de haber más factores.

—Bueno, reflexione y conteste usted mismo a la pregunta. Es un gran historiador, a buen seguro dará con una teoría que le satisfará más. No tenemos registros abundantes de nuestro pasado remoto, por tanto sólo podemos teorizar.

—Siento oír eso, me habría encantado zambullirme en vuestros registros antiguos. De todos modos, ritmo pausado y aislamiento son dos factores difíciles de aplicar en Europa, creo que habré de olvidarme de exportar esta utopía allí.

—Pues céntrese en la utopía de aquí y brindemos. ¡Mañana es el gran día, Diego! ¿Se da cuenta?

Me doy cuenta más que nadie. Tengo los nervios a flor de piel. Sé que a mi edad no es habitual hablar de torbellinos emocionales, pero lo cierto es que estoy experimentando algo muy parecido a ellos. La desaparición completa de Madara me ha desconcertado. Decido centrarme en disfrutar de la ofrenda de Noviembre.

El gentío se agolpa en las lindes del lago. Vera se encuentra a mi lado, en un hueco que nos hemos procurado. Todo presagia que se tratará de un ritual tranquilo y sin percances. El sol brilla en un cielo inusualmente despejado para estas fechas, aunque ya comienza a abrazar su escondite del horizonte. El ritual se efectúa de noche. Algunos me agradecen la buena suerte que les he traído, pues siempre llueve copiosamente durante la ofrenda, poniendo en dificultades, a veces incluso en serio riesgo, a los héroes.

—Sí, como buen occidental me he traído el cambio climático conmigo — respondo con sorna.

Madara y Virón caminan flanqueados por el resto de sus compañeros a través de la muchedumbre. Me percató de que sus semidesnudos cuerpos se hallan recubiertos de más pan de oro y adornos de lo habitual, de manera que parecen verdaderos dioses dorados. La barca les aguarda en la orilla del lago, ornamentada con vistosos farolillos que facilitarán la contemplación de la escena cuando se cierre la noche. El barquero, un hombre alto y fornido, los espera sentado.

Cuando la pareja llega a la arenosa orilla, la música, que hasta entonces sólo acompañaba de manera discreta, cobra protagonismo. Los músicos rodean a la pareja formando un círculo y ésta comienza a bailar el frenético ritmo. El terreno está en descenso hacia el lago por lo que no nos cuesta observarlos. La gente vitorea, se vuelve loca. El ritual ha empezado. Vera

parece disfrutar, sonrío y en ocasiones exclama.

La manera en que Madara se mueve hace mis delicias, aunque he de reconocer que Virón también se desenvuelve de maravilla. Bailan una suerte de danza tribal, alejados entre ellos si bien en ocasiones se acercan y rozan.

Madara está francamente hermosa...

Su largo cabello se mueve salvajemente a través del aire, y a veces realiza movimientos que parecen próximos a desnucarla. No puedo evitar mirar sus pechos, moviéndose al son del resto del cuerpo. Enciende mis instintos básicos. Vuelvo a mirar alrededor; la gente parece entusiasmada, no cesa de vitorear y bailar. Madara y Virón bailan durante lo que me parecen más de diez minutos, y terminan con los cuerpos perlados de sudor. Se quedan quietos al terminar la música, sus pechos hinchándose y deshinchándose por el esfuerzo cometido. La coreografía ha sido perfecta. La gente estalla en aplausos y gritos; es la primera vez que observo a los caracaibenos tan excitados. Se trata de la festividad más importante para ellos, aquélla que determinará el rumbo del año siguiente. La intuición de que marchará bien por el buen tiempo que nos acompaña debe de haber encendido hasta límites insospechados sus esperanzas. Madara y Virón se abrazan, fundiéndose en un contacto demasiado largo para mi gusto; sobre todo, teniendo en cuenta que están prácticamente desnudos.

Mientras los jóvenes caminan hacia la embarcación, termina de ponerse el sol y se prenden multitud de hogueras alrededor del lago de manera asombrosamente coordinada. El barquero ayuda a la pareja a subir. Cuatro alumnos de mi grupo y compañeros suyos cargan en la embarcación diferentes artefactos dorados de tamaño medio, desconocidos para mí; entiendo que se trata de parte del oro (o pan de oro, como Lope me dijo) que se ofrece a la ciudad subacuática. La música vuelve a sonar, esta vez con un ritmo que yo como europeo calificaría de heroico. Desde la embarcación, Virón y Madara saludan a la muchedumbre durante unos minutos. Después se cogen de las manos y alzan los brazos al aire. Ésa debe de ser la señal puesto que el público estalla en vítores y los cuatro alumnos que antes cargaban los artefactos ahora empujan la barca sobre sus raíles hacia el agua. El barquero sumerge el remo y emprende el trayecto.

Mientras se dirigen al centro del lago, Madara y Virón no cambian de posición ni bajan los brazos. Continúan de cara a la gente que se agolpa en la arena. Jamás había sido testigo de una marea humana tan excitada. Hay algunas personas que incluso gimen y lanzan alaridos al aire, extasiadas. Los

farolillos de la embarcación y la luz proyectada por la hilera de hogueras en las orillas, así como una luna en gibosa creciente, permiten observar con claridad la escena y dónde se encuentran los héroes en cada momento.

No tardan en llegar al centro del Tugaloptica. Entonces la música cesa de golpe, la barca se detiene y la pareja baja los brazos. Comienza un ritmo sencillo y muy lento de percusión sin más. Virón arroja, uno a uno, los artefactos dorados al agua, mientras Madara observa con los brazos en jarras y la cadera ladeada. Justo cuando no quedan objetos que tirar, la percusión aumenta la velocidad del ritmo y la pareja se coloca en posición medio agachada, como si fueran a coger algo del suelo de la embarcación. Es entonces cuando entiendo la elección de alguien tan corpulento como barquero. Haciendo una sentadilla, éste agarra a ambos del abdomen y los alza en el aire sin aparente esfuerzo. Estira los brazos por completo y los mantiene durante unos segundos arriba. La música cesa de golpe, provocando asimismo el silencio del público. Acto seguido, con un alarido que se escucha con nitidez, los arroja al agua.

—Papá, ¿has visto eso? —dice mi hija.

—El barquero está fornido.

La muchedumbre aplaude pero mantiene un volumen bajo ahora, expectantes de los movimientos de la pareja en el agua. Ésta emerge casi inmediatamente y comienza a nadar hacia la orilla.

—Normalmente esto sería un gran esfuerzo para ellos, pero usted trajo consigo el buen tiempo. Está usted bendecido por los dioses y nos bendice a nosotros a su vez —me dice una mujer que tengo al lado.

—Gracias, señora.

No siento deseos de discutir lo que la señora piense. Si opina que les traigo buena suerte, lo dejaremos así por el momento.

Virón y Madara se permiten disfrutar en el agua, evitan acometer una trayectoria en línea recta. Nadan, bucean, juegan tirándose agua el uno al otro. Incluso me parece ver que se abrazan... y se besan. Al observar esto último, la gente les aclama. Sin embargo, yo siento algo desagradable dentro de mí.

—Son los mejores augurios, verá usted, profesor —añade la señora.

—Me alegro de que así sea —digo con desgana.

Virón y Madara no se separan. Se desplazan con parsimonia hacia la orilla. Finalmente salen del agua, loados por los espectadores. Han perdido el color dorado de sus revestimientos. Una vez en la arena, se besan

apasionadamente.

—¿Es esto parte del ritual? —le pregunto a la señora que me hablaba.

—¿El beso? Oh, no, señor, pero creo que salió tan bien que lo están celebrando, y benditos sean.

—Sí, benditos.

Parece que la pareja vaya a realizar el acto sexual allí, delante de todo el pueblo de Caracaibe. Vera me mira y me coge de la mano. Madara y Virón se besan en la boca, se tocan por todo el cuerpo, no dejan pasar el aire entre ellos. Virón termina por tumbar a Madara en la arena con suavidad, donde continúan besándose. Él le acaricia los pechos, después recorre con las manos su cuerpo hacia su vientre y termina por agarrar su empapado taparrabos. Se lo desliza hacia abajo y se lo arrebató, arrojándolo al agua. Madara hace lo mismo con él, y deja al descubierto el miembro erecto del muchacho. Creo que estoy experimentando la libertad sexual de Caracaibe en mis carnes.

Doy media vuelta y me marcho, de vuelta a la facultad. Vera me sigue con la mirada, pero no dice nada.

A la mañana siguiente me levanto muy temprano y me dirijo al lago. Me apetece experimentar la contraparte de lo vivido anoche, como para desintoxicarme. Tranquilidad, soledad, un incipiente sol para calentarme el alma. Y disfrutar por una vez de esa oportunidad para la reflexión que Lope me mencionaba, de la que no creo haber sido consciente en demasiadas ocasiones en mi vida.

Apenas se observan indicios de la celebración, excepto por los restos de las hogueras y la barca. Parece ser que los caracaibenos son también limpios y respetuosos con su entorno. Cada vez los admiro más... pero desde la distancia. Jamás podré ser como ellos e integrarme en su cultura. Tengo unas duras y viejas raíces, como un roble centenario.

Paseo lentamente por la orilla desierta mientras el sol comienza a asomar por el horizonte. La superficie del lago se encuentra en calma, da la impresión de ser un gigantesco espejo donde el cielo derrama su luz. Siento curiosidad por la leyenda. ¿Cuánto oro habrá allá abajo? Aunque no exista la ciudad subacuática (que, por supuesto, no existe), la repetición del ritual durante siglos debe de haber promovido una considerable acumulación del metal preciado allá abajo.

El paisaje en verdad es majestuoso. Las imponentes montañas, que en ningún momento de mi estancia aquí desaparecen de mi campo visual, ni

siquiera desde mi despacho de la facultad, no cesan de maravillarme. Creo que me he habituado mejor al paisaje que a la sociedad. ¿Por qué no me doy un baño y así termino de consumir esa integración ecológica? No hay absolutamente nadie en el lugar. Es viernes de fiesta tras la noche de la ofrenda.

Me despojo de toda mi ropa excepto de los calzones y me arrojo al agua. Esperaba que estuviera más fría, por contra está perfecta. Hacía tiempo que no nadaba. Realizo unos largos y francamente disfruto. Me siento como el criminal que vuelve a la escena del crimen, tratando de redimirme de alguna extraña manera. Me siento tan a gusto que incluso me atrevo a bucear. En mi juventud se me daba bien, y veo que no he perdido facultades pese a los años transcurridos desde la última vez que lo intenté. El agua está muy limpia, puedo apreciar que la luz del sol alcanza una considerable profundidad. Y es gracias a eso que me parece percibir unos destellos dorados al fondo. Es natural: son las ofrendas que año tras año se han acumulado allá abajo. Siento la tentación de bucear más hondo para observar un poco mejor esos “sedimentos”. A buen seguro mis raíces europeas me animan a meter las narices en el mayor tesoro que tienen los caracaibenos. Así que emergo a la superficie para inspirar una buena bocanada de aire y vuelvo a zambullirme. Me dirijo directamente hacia abajo y abro bien los ojos. Ahora que me fijo bien, existe una impresionante cantidad de destellos dorados. Muevo la cabeza en varias direcciones y allí están, extendiéndose a insondables distancias. Estoy impresionado. Trato de bajar un poco más, quiero observar de cerca... Como historiador estoy presenciando literalmente el poso de una leyenda. Los destellos comienzan a mudarse en objetos, y hay algunos que parecen de grandes dimensiones... Muy grandes. Uno de ellos tiene una forma cilíndrica y parece clavado, con uno de sus extremos apuntando hacia la superficie. ¿Es una torre? No, no es posible. Debe de ser uno de los objetos más antiguos, de los que los caciques, en su enorme riqueza, se podían permitir lanzar. Me empieza a faltar el oxígeno. Emprendo el ascenso pero entonces me doy cuenta de que he bajado demasiado. Me apresuro a subir. He sido muy temerario, albergo dudas de si me alcanzará el aire para regresar.

Es entonces cuando observo una figura dirigirse veloz hacia mí desde arriba. Una figura femenina. Me agarra de la muñeca y me ayuda a subir. Hago un último esfuerzo, pero comienzo a notar dolor en los pulmones por la falta de oxígeno. Por fin alcanzamos la superficie e inhalo aire con

desesperación... Me he salvado por los pelos. Mejor dicho, me han salvado.

Tras recobrar el aliento, miro a la mujer. Es Madara.

—¿Madara? ¿Cómo...?

Ella pone un dedo sobre mis labios y me ayuda a alcanzar la orilla.

Nos tendemos sobre la arena. Ella se coloca encima de mí y me mira con fijeza. Tengo sus pechos justo delante de mis ojos. Me siento tan exhausto que no soy capaz de oponer resistencia física, aunque sí verbal:

—Madara, ¿qué haces? —No sé cuántas veces le he hecho ya esta pregunta desde que la conozco.

—Verá, profesor, me explicaré. Quería ir a visitarle temprano esta mañana, puesto que estos días, con los preparativos de la ofrenda, no tuve tiempo de dejarme ver. En verdad le extrañaba y deseaba verle. Le vi salir de la facultad a lo lejos y le seguí hasta el lago. He de decir que pasea usted a paso rápido, ¿lo hacen así todos los europeos? Si es que estaba usted paseando. —Como ve que no contesto, prosigue—: En fin, le seguí a usted y vi que se metía en el agua, así que hice lo mismito.

—Has hecho bien. Creo que me acabas de salvar la vida...

—¿Y de qué manera me lo va a agradecer?

—De ninguna. —Carraspeo para aclararme la garganta—. ¿Crees que voy a ceder a tus insinuaciones sexuales después del espectáculo que diste anoche?

—Fue bello, ¿no es cierto, profesor? Y muy especial para mí. No se imagina cuánto le agradezco que me escogiera para el ritual. Pero no entiendo qué tiene que ver eso con que usted me rechace ahora. —Tras unos segundos, añade, aterrada—: No me expulsará, ¿verdad?

—No te expulsaré. Pero tuviste sexo con Virón delante de todos. Están claras tus intenciones hacia mí. Y hacia cualquier hombre.

—Mis intenciones hacia usted están claras. Nunca imaginé que pudieran malinterpretarse.

—Creía que, contra todo pronóstico, estabas enamorada de mí.

—¡Y lo estoy, profesor!

—Pero practicaste el sexo con Virón anoche.

—Porque también lo amo a él. No entiendo su punto. Me tendrá que explicar, discúlpeme.

—Qué tonto he sido. Había incluso fantaseado con la posibilidad de tener una relación contigo. La “cultura” de la que tanto habla Lope *casi* me había

convencido. Y resulta que sólo me había puesto una zanahoria delante de los ojos, como al caballo.

—¿Qué le hacen al caballo? Profesor, para mí usted es especial, con usted lo que usted quiera, lléveme adonde quiera, deme la orden que quiera que yo obedeceré.

—No comparto tu manera de entender el amor, Madara. Creo que nuestras visiones son muy diferentes.

—Hablemos, entonces, y aclarámoslas.

—No. No hay nada que aclarar. Somos incompatibles.

—¿Por qué ha de ser así? Usted está aquí para integrarse con nosotros, ¿no es así? Se lo oí mencionar a Lope. Abraza nuestra cultura.

—¡Ya está bien de mencionar a la cultura! —estallo mientras empujo a Madara. Me incorporo y me quedo sentado en la arena. Madara cae de culo y me observa, contrariada—. Yo también tengo la mía, una que me ha nutrido y formado durante más de cincuenta años. ¿Cómo esperas que me deshaga de ella? ¿Y por qué piensas que la tuya es superior a la mía? En mi cultura existen atributos como la fidelidad y el amor incondicional, el compromiso y la empatía, todos los cuales escasean por estos lares. Por ejemplo, ¿tuviste en cuenta mis sentimientos anoche cuando hiciste el acto con Virón?

—No imaginé que eso le pudiera lastimar, profesor. Además, me rechazaba usted de continuo...

—El rechazo no es sinónimo de indiferencia. Las mujeres lo sabéis muy bien.

—¿Qué siente usted por mí?

Cavilo durante varios segundos. Finalmente, contesto despacio:

—Me gustas. Lo admito. Es difícil no sentirse atraído hacia alguien como tú, tan bella y tan brillante.

—Si guarda tales sentimientos hacia mí, ¿por qué me rechaza? No comprendo.

—Porque tenemos visiones diferentes sobre el amor. Y porque en el lugar de donde vengo no está bien que un profesor se acueste con su alumna, especialmente si hay treinta años de diferencia entre ambos.

—Yo desconocía ese aspecto de su cult... quiero decir, del lugar de donde procede usted. Me lo hubiera dicho.

—Te lo dije en repetidas ocasiones. Te decía que no estaba bien.

—Pero aquí no es problema.

—Madara, ya te lo he explicado —digo, mientras me levanto, dispuesto a

marcharme y zanjar la cuestión—. Yo soy como soy: un hombre maduro que probablemente no cambie gran cosa en lo que le resta de vida. Y, aunque esté aquí ahora con mis mejores intenciones hacia los locales, no puedo renunciar a mi cultura. Quizá mi hija Vera pueda, ella es joven y le encanta explorar maneras nuevas de ver las cosas. En pocos días que lleva aquí os entiende mejor que yo. Me es imposible fluir como ella. Tengo estratos y estratos de vivencias y aprendizajes sedimentados en mi ser, y no renunciaré a todo ello. Ni aunque pudiera lo haría. No quiero.

Emprendo los pasos en dirección al camino de gravilla que conduce al poblado. Oigo a Madara decir:

—No le pedí que se deshiciera de su cultura, sólo que abrazara la nuestra...

Mientras me alejo de ella, caigo en la cuenta de algo.

Se ha cumplido mi sueño. Aquél que tuve hace varias semanas, en el que caía al lago y mis alumnas acudían a mí.

A veces se renuncia a los sueños de uno.

Yo lo acabo de hacer.

22. En la cripta

Dedicado a Edna Santibáñez

Edna caminó despacio entre los recovecos del callejón.

El frío de la noche le erizaba la piel. Se abrochó la chaqueta hasta arriba y bajó su gorro hasta casi taparse los ojos. Un gato negro se le cruzó. La oscuridad era casi absoluta, así que extrajo la pequeña linterna a pilas del bolsillo de su pantalón y la encendió. El lugar quedó algo mejor iluminado. Los arbustos sobresalían de las verjas de madera que delimitaban las parcelas. Un silencio total la envolvía. Vislumbró la fachada trasera de la biblioteca y su ventana objetivo, ubicada en la planta baja. Se dirigió hacia ella y alargó el brazo. De un manotazo la abrió. Con ambas manos se encaramó al alféizar y coló su delgado cuerpo con agilidad al interior del aseo. Esquivó el lavabo al caer dentro. Se mantuvo quieta unos segundos, escuchando el sonido del impacto de sus suelas contra el enlosado desvanecerse, y entonces se dirigió hacia la puerta. Apagó la linterna y la colocó de nuevo en su bolsillo.

Al abrir, lo primero que notó, antes de que sus retinas se habituaran a la oscuridad, fue el olor a libro viejo y polvo que tanto le entusiasmaba. Solía pasar las tardes en aquel venerado edificio, que ahora allanaba. Esperó unos segundos y salió del aseo. Ya podía distinguir el altísimo techo con sus bóvedas y cristaleras a través de las que entraban jirones de luz lunar, las anchas columnas salomónicas que presidían la descomunal estancia como gigantes centinelas, y los cientos de hileras de estanterías colmadas de libros que formaban los corredores en todas direcciones, manteniendo un orden que con los años había aprendido a entender y manejar. Se trataba de un edificio grande y antiguo, en que cada paso resonaba con ecos estremecedores. Preparada para la ocasión con sus zapatillas de suela de goma, avanzó sigilosamente a través de la ruta que se había trazado en la mente de manera somera unas horas antes.

El aspecto de la biblioteca por la noche resultaba fantasmagórico. Ya lo era a avanzadas horas de la tarde, cuando en el exterior predominaba la oscuridad y en el interior se encendían numerosas lámparas de luz dorada que iluminaban sólo lo que tenían que iluminar: el sofá o la mesa que se hallara debajo. Mas ahora, bien entrada la noche, las sombras habitaban cada estantería y cada pasillo. Las nubes que cruzaban la luna creaban la impresión

de que tales sombras tenían vida propia. Edna se movía en la dirección planeada, imperturbable. Centrada en el propósito que la había conducido hasta allí, encaminó sus pasos hasta la entrada de la cripta, en el Ala Este, tras atravesar varias secciones cuyos libros parecían observarla como si las letras de sus lomos mutaran en escrutadoras pupilas a su paso.

Una vez alcanzada la puerta de la cripta, se detuvo en seco. Nunca la había visto abierta. Ahora lo estaba, y era un pozo de oscuridad que descendía abruptamente. Se aproximó; la entrada a la cripta formaba toda una estructura ovalada-escultórica que desplazaba los pasillos de estanterías a los lados, como para defender su propio espacio, y se hallaba por entero cincelada con relieves profusos y misteriosos. El bibliotecario Sesmas, con su voz casi inaudible, solía apelar a ella como cripta, pese a que no cumpliera la función de guardar a los muertos o de rendir alguna clase de culto. Allí se alojaban, según él, libros “especiales”, inaccesibles para el público.

Edna inclinó su cuerpo hacia las escaleras en descenso y sintió una punzada de temor, por primera vez en su correría nocturna. Le disgustaban los espacios cerrados. La biblioteca, en su inmensidad, casi podía considerarse un espacio abierto, inocuo para los claustrofóbicos; pero bajar a una cripta por un pasadizo estrecho y oscuro... no era lo que deseaba hacer en aquel momento, ni en ningún otro. Aun así, no podía resistirse a ello.

Extrajo de nuevo su linterna y la encendió. La luz que proyectaba sólo alcanzaba a alumbrar unos cuantos metros por delante: escalones hacia abajo. Puso el pie en el borde y comenzó a descender. Desaceleró su impulso al constatar que sus pies hacían más ruido del deseado. Apoyó su mano libre en la pared y notó la piedra fría... y, por algún motivo, pegajosa. La apartó con cierta repugnancia y centró su atención en los escalones.

Algo penetró sus oídos. Se trataba de un eco borroso, inidentificable. Le pareció que procedía de abajo, pero no pudo estar segura. Tras detenerse un segundo a escuchar, reemprendió la marcha. Continuó descendiendo por el interminable corredor, luchando contra su aversión genérica por los lugares en que las paredes se hallaban, en su opinión, innecesariamente próximas. Tras unos minutos llegó a un pequeño vestíbulo que daba a unas puertas de bronce de considerable tamaño, abiertas de par en par. Más allá una amplia estancia circular con un punto iluminado en el centro se extendía ante sus ojos. No tardó en percatarse de que el punto iluminado consistía precisamente en el objeto de su deseo, la razón por la que se encontraba allí, responsable de las voces salvajes que en su cabeza no cesaban de reclamar su visita. Se

trataba de un libro de un poder inconmensurable, inenarrable, una materialización de origen divino.

De considerables dimensiones, se hallaba abierto, encajado en un molde a medida sobre un atril adornado con relieves de seres de ardua descripción. Parecía emitir algunos sonidos, semejantes a gemidos de animales extraños siendo degollados bajo tierra. Quizá fueran los que había percibido minutos atrás. Desprendía asimismo un leve resplandor, ése que le había permitido notar su presencia desde la entrada. Tan ofuscada quedó por la contemplación del grimorio, que no prestó atención a otros detalles de la sala. A paso lento e hipnotizado, se aproximó, inconsciente de las sombras que se separaban de las paredes y comenzaban a moverse en su dirección. Cuando quiso dar la orden a su mano para que se extendiera hacia el libro, ésta ya lo había hecho al margen de su voluntad, mientras con la otra continuaba sosteniendo la linterna. Se percató de que un humo o vapor blanquecino emanaba de las páginas, como si se tratara de un caldero en ebullición. El tomo comenzó a hojearse por sí solo, primero despacio y después de manera frenética, como si un golpe de viento sacudiera las páginas.

Edna, cautivada por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, terminó de perder la voluntad. Una luz de ignoto origen se formó sobre el atril, complementando a la propia del libro para alumbrar las páginas repletas de textos arcanos, dibujos de entes desconocidos y extraños glifos y figuras. La linterna cayó de su mano y se hizo añicos contra el suelo de piedra. No había nada más en el mundo en ese momento para Edna que esas páginas secretas; el tesoro mejor guardado de la biblioteca. Las sombras se cernieron sobre ella, delineando sus formas contra la penumbra e insinuando los extremos de sus protuberancias en las inmediaciones de la piel de la muchacha que, ignorante de cómo la perdición se inclinaba sobre ella, celebraba para sus adentros su hallazgo. El grimorio continuaba exhalando vapores al aire y mostrando con furor sus páginas a una Edna hechizada. El sonido se tornaba más y más intenso, y alcanzaba sus oídos como un cántico perverso mas arrebatadoramente seductor para sus alienados sentidos.

Lo hizo. Posó sus manos sobre el objeto.

Fue entonces cuando la locura traspasó su cerebro como un dardo emponzoñado. Sus pensamientos fueron habitados en torrente por diablos malformados que sonreían con sorna, terrenos indescriptibles de mundos morados y negros, masas viscosas con cientos de ojos que observaban en todas direcciones, colosos inenarrables recortados contra el neblinoso

horizonte, porciones de tierra podrida levantándose ante los indolentes envites de unas extremidades largas y fibrosas, emergentes desde el subsuelo, recuerdos vívidos de épocas pretéritas en que sus antepasados ni siquiera habían sido concebidos como especie, y ante todo una sensación de abrumadora insignificancia ante unos seres que trascendían toda medida humana en cuerpo y en espíritu. En acompañamiento a su incipiente locura, experimentó sentimientos beligerantes entre sí: gratitud frente a pérdida, soledad frente a vergüenza, debilidad frente a regocijo, crueldad frente a sorpresa. Sobre sus hombros sendas masas posaron sus horrendas viscosidades, declarando la posesión que se hallaban a punto de adquirir. Edna, inmutable, pasaba las páginas del libro, extasiada ante las maravillas que éste, de manera tan delirante, le revelaba.

En el momento en que una de las sombras extendía otra protuberancia para abrazar su tronco, algo la agarró con violencia del brazo y tiró de ella hacia atrás, haciéndola emerger de su embrujo. Pudo apreciar el rostro de su hermana Nidia recortado contra la oscuridad. También vio por fin a las sombras indescriptibles que extendían unos tentáculos negros y glutinosos hacia ellas.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¡Vámonos de aquí!

Las hermanas se abalanzaron hacia la salida, iluminado su camino por la linterna que Nidia traía consigo. Ésta hubo de tirar en varias ocasiones con fuerza de Edna y no soltar su agarre. El impulso de la hermana menor continuaba pujando por acudir al centro de la cripta, donde el misterioso libro aún ejercía su poder de atracción. Nidia no cesaba de mirar hacia atrás, pero los extraños entes no las perseguían.

Ya fuera de la cripta, y mientras corrían a través de los tenebrosos pasillos de estanterías, Nidia dijo:

—Agradéceme que te siguiera. Me pareció raro que salieras en la noche. Después te pediré explicaciones, ahora sólo corramos.

Edna, con la expresión desencajada de terror y aturdida por la reciente sacudida de conciencia, contestó:

—El Necronomicón me llamó.

Epílogo: La primera persona

Tras una rápida vuelta de reconocimiento por la mansión, Nico se une a su compañero Tantero en el dormitorio. Lo imita y apunta a la joven Selda con su pistola. Ella, atemorizada, se aprieta más contra la pared; pareciera que tiene la voluntad de atravesarla.

—No me hagáis nada. Quien os robó fue mi marido. Buscad entre sus cosas, yo no tengo nada que ver.

—Tu *sugar daddy* no está. Y no vayas de esposa de ricachón que no sabe nada de su fortuna. —Tantero carraspea y escupe al suelo—. Dinos dónde está nuestro dinero.

Nico se voltea de repente hacia Tantero y le dice:

—¿Eres idiota? ¿Por qué escupes?

Tantero le mira extrañado y le responde:

—He escupido. ¿Qué problema hay?

—¿Qué problema hay? Acabas de ponerle tu firma a nuestro crimen. Les has dejado a los investigadores tu ADN completo. Y si te pillan a ti me pillarán a mí.

—Lo limpiaré antes de irnos, no te preocupes. —Tantero comienza a rascarse la nariz y estornuda sobre la cómoda de la habitación, ante la expresión horrorizada de su compañero.

—¡Sigue dejando pruebas!

—Lo siento, soy alérgico al polvo, y en esta habitación hay mucho. Mujer, ¿no limpias o qué?

—Tengo sirvientes para eso.

—Pues tienes que despedirlos; el nivel de ácaros aquí es alto.

—Compañero —dice Nico—, ¿por qué no meas en la cama de esta mujer? O, mejor aún, restriega tus pelotas contra la pared y lámela al mismo tiempo.

—Tranquilo, Nico. Te he dicho que antes de marcharnos limpiaré el maldito escupitajo. Y pasaré un trapo por encima de la cómoda ésta, si te parece.

Nico se enerva más aún y encañona a su compañero:

—¿¡Y ahora has tenido que decir mi nombre!? ¡Eh, TANTERO, estúpido integral! ¿Sabes lo que eso significa?

—Acabas de decir el mío también. ¿Qué hacemos, te encañono a ti también? ¿Nos matamos entre nosotros?

—No... —dice Nico lentamente, volviendo a apuntar a Selda—, la matamos a ella. Es un fleco demasiado grueso que no podemos dejar suelto.

—¡No sé nada! —contesta ella—. Los nombres los olvido al segundo. De hecho, ya no me acuerdo de los vuestros.

—No te creo —dice Tantero—. Nico es un nombre bastante común.

—¿Tienes que repetírselo para que lo memorice? —dice Nico. Y, volviéndose hacia Selda, añade—: Él se llama Tantero, Tantero, Tantero, Tan-te-ro. Un nombre raro pero fácil de aprender.

—Supongo, Nico, que no tenemos más remedio que matarla, después de todo. A estas alturas seguro que se sabe de memoria nuestros nombres.

—Sí, registraremos la casa tranquilamente en busca del dinero en cuanto muera.

—Mejor, así no tengo que limpiar. No me gusta.

Nico mira con asombro a su compañero pero decide no decir nada más y vuelve a centrarse en la mujer. Ésta se lleva la mano al pecho y comienza a respirar con dificultad mientras ambos hombres la encañonan y les quitan el seguro a sus armas. Sabe que el destino se cierne sobre ella de manera inexorable y trata de calmarse ante la inevitabilidad de la muerte. Espera a que el par de rufianes aprieten sus gatillos. Cierra los ojos y aguarda...

—¡No! —exclama de repente—. Me niego a ser una víctima más de este escritor sin escrúpulos.

Y, justo en el momento en que las balas salen de las armas en dirección a ella, y con un efecto parecido al de una burbuja al estallar, se desvanece de la escena y aparece frente a la mesa de mi despacho, donde me hallo redactando el epílogo de “Crímenes de cafetería”.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, poniéndome en pie—. Estabas a punto de recibir un balazo.

—Verás, resulta que no estoy dispuesta a recibir ningún balazo.

—Has de estarlo. Necesito que mueras.

—¿Por qué?

—Es el desencadenante de la acción en la narración, dará lugar a una interesante y graciosa persecución policial debido a las pistas que dejan los ladrones, ya verás.

—No lo veré. Tampoco será una persecución policial graciosa para mí. Estaré muerta. Cambia la línea argumental.

—No. Vuelve a la escena.

—No me da la gana. Ve tú y que te maten a ti.

—Yo soy el autor, tengo que narrar lo que ocurre.

—No te preocupes, yo lo narro por ti.

—No puedes, a ti no se te da bien escribir.

—A ti tampoco.

Pese a que tiene algo de razón, nunca había sentido ganas de abofetear a un personaje mío. Siempre hay una primera vez para todo.

—Intento mejorar día a día —le respondo con temple—. Escribir no es fácil. Sin embargo, ya me voy tomando algunas licencias, como por ejemplo introducir mini-enigmas para el lector.

—¿A qué te refieres?

—Verás, en todos los relatos del libro, excepto en ocho de ellos, aparecen las palabras café, cafeína o cafetería. ¿Sabrías decirme en cuáles no?

—No me he parado a pensarlo, ni tampoco me importa.

—Por cierto —continúo, obviando su maleducado comentario—, que de esos ocho relatos, en uno cambié el café por el té.

—¿Y qué?

—Otra cosa que he hecho es introducir paralelismos entre las historias de este libro, que deseo bautizar como “resonancias”. Una suerte de “sucesos mellizos”. Este nombre también le viene bien, pero por el momento me decanto por “resonancias”.

—No te entiendo.

—No importa, el lector atento sí lo hará.

—Mira, que pongas mini-juegos no quita que seas un sádico. ¿Por qué tienes que matar a tanta gente?

—¿A tanta gente? Son sólo unos pocos.

—¿Unos pocos, estás seguro? ¿Quieres que te los enumere?

—Adelante.

—Muy bien, aquí van las víctimas de tu pluma: el marido de Laura, al que no te molestas ni en ponerle un nombre; el niño Adrián, ay pobrecito, sólo de pensar en él se me pone la piel de gallina; Tristán, el exnovio de Sandra...

—Perdona, ése ya estaba muerto desde el principio.

—Mejor me lo pones, hiciste que naciera muerto como personaje, y ni descansar en una tumba le dejas. Sigo mi lista: la señora Mercedes, que se enamoró de quien no debía; la hija de Artimaña, la loca de los perros; Rhand, el dueño de la cafetería del mar, y su hermana...

—Detente, no sigas. Deja de destripar así mi libro, imagina que alguien

empieza a leer “Crímenes” por el epílogo y se entera de todas estas muertes.

—¿Quién en su sano juicio empezaría un libro por el final?

—Hay algunos lectores que lo hacen. No les juzgues.

—No les juzgo a ellos, sólo a ti por asesino.

—Matar personajes ficticios no me convierte en asesino. Además, ¿qué esperas de un libro de crímenes?

—Si sólo fuera éste... En tus anteriores entregas de la serie también cargas con un buen número de muertes a tus espaldas. Tu primer libro empieza con dos: Philippe y Clara. Y el segundo con la del viejo florentino. ¿Y qué me dices de esa novela de terror que estás escribiendo, “Corazón de cuervo”? No puedes encariñarte con ningún personaje. Tus manos se han acabado de manchar de sangre con ella. Por cierto, a ver si la terminas de una vez.

—Es una novela de terror, como tú misma has dicho. *Tiene que morir gente*; si no, ¿por qué iban a tener miedo los personajes? Es cierto que se puede sentir miedo hacia muchas otras cosas, pero la muerte es siempre un recurso tan efectivo... Y la terminaré, no te preocupes. Es mi primera novela, supone un esfuerzo más grande de lo que me imaginaba. De todas formas, ¿a ti qué más te da si la finalizo o no? No la podrás leer, estarás muerta. Y deja de tacharme de sanguinario. En “Crímenes” también hay historias de amor preciosas, donde no muere nadie. Así que, por favor, Selda, vuelve a tu lugar. Éste es mi universo, aquí mando yo. Ya me está costando darle punto final a este libro, como para que uno de mis personajes se me rebele.

—No pienso volver. Al menos, no hasta que te replantees tu forma de ser y, sobre todo, consideres escribir un final feliz para mí. Cuestiónate cosas sobre ti mismo, haz el favor.

—Vamos a ver. No te consiento que me sermonees. Antes me has mencionado a Laugliano, el florentino de “Matar al millonario”. Si vamos a dar lecciones de moral, yo diría que no eres muy diferente de la trastornada que acabó con él. ¿Por qué no hablamos de los planes que tienes para con tu marido?

—¿Qué planes tengo para con mi marido? Apenas has hablado de mi relación con él, no vale que te lo inventes todo ahora.

—Y tanto que vale, te estoy creando sobre la marcha. Soy un escritor más bien de brújula.

—¿Qué es eso?

—Cállate y escucha: planeas matar a tu octogenario esposo para quedarte con su fortuna. No estás más enamorada de él que de la cartera que tiene en

su bolsillo. Y, por cierto, ya tenía una idea de vuestra relación cuando los ladrones apelaban a él como *sugar daddy*.

—¿Así voy a morir, como una vulgar *sugar baby*?

—Vuelve a la escena, Selda. Tienes que morir.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo, y punto.

—Bien, no me has dado otra opción.

Selda echa mano a su espalda y saca una pistola, con la que me apunta.

—Ve tú a la escena. Serás tú el sacrificado.

—Selda, ¿cómo has conseguido esa arma?

—¿Qué importa eso?

—¿Te das cuenta de que la situación no juega a tu favor de ninguna de las maneras? Si me matas tú, o si ocupo tu lugar en la escena y son los ladrones quienes lo hacen, dejarás de existir, puesto que eres creación mía.

Selda se queda pensativa unos instantes.

—No lo creo. Yo ya estoy creada. ¿Acaso el Quijote dejó de existir cuando Cervantes murió?

—Bueno, el Quijote es una obra célebre y por tanto sus personajes se volvieron en cierto modo inmortales. No esperes tanto de este libro.

Selda quita el seguro de su pistola.

—Ya está bien de cháchara. Ve a la escena del crimen, o te juro que aprieto el gatillo.

Decido obedecer a Selda. Al fin y al cabo, el daño que me puede causar ahora mismo ella con su arma me parece de alguna manera más real que el me pueden causar los ladrones dentro de mi narración ficticia.

Además, tengo un as en la manga.

Cuando aparezco en el lugar que ha abandonado Selda unos minutos atrás, los proyectiles de las armas de sendos ladrones ya han iniciado su trayectoria balística hacia su víctima, es decir, yo mismo tras el intercambio con Selda.

Es entonces cuando confío en que se haga notar la paradoja. La consabida paradoja del narrador en primera persona que no puede morir, puesto que, si lo hiciera, no habría quien narrara la acción. Y, como soy el único narrador de esta historia, no puedo morir.

Los dioses de la literatura escuchan mis plegarias y sucede todo de una manera más rápida de lo que esperaba. La situación se resuelve felizmente.

Igual que he entrado en la escena, salgo de ella y me encuentro de nuevo frente a mi ordenador, tecleando las últimas palabras de este libro. Selda ya no está y no me importa. Me olvido de ella y de los ladrones. Acuciado por la recurrente idea de que debo darle fin a “Crímenes de cafetería” antes de seguir provocando a mis personajes, coloco, con avidez pero satisfecho, su punto final.

Éste: .